ROBERTO
FONTANARROSA

100% NEGRO

CUENTOS INÉDITOS

Biblioteca Fontanarrosa Planeta

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Crist

El dibujo pródigo

El narrador fatalista

Hortensia

¡No te enloquesá, Lalita!

Sushi

Una foto

Viejo de las latas

El “10” que no nos sacamos en otras materias

El que gana tiene razón

El símbolo auriazul de tu divisa

A veces solemos

Desde El Cairo

Así hablaba el magyar

A bordo del Fierce Toad

¡Humille, Maestro, humille!

La Ilíada

Lo que el fútbol me enseñó de la vida

Mi aparato favorito

Mi historia con Rosario Central
Si yo fuera futbolista
El pedo
Después querían
La casa oscura
Caminaba
Poema 2
Louis Armstrong
En el siglo XVIII
La mala
Sin embargo (entremeses para un relato radiofónico)
Dios es argentino (siete reflexiones sobre el Ser Nacional)
Escribir un *best seller*
La publicidad
La tarde en que los gitanos robaron a mi hermano
Esas son preguntas
Faltan cinco (aquel día fatídico)
Cosas que te deseo
Definiciones y frases
Llantollant
Un hombre de respeto
Rosario debe tener su propio torneo mundial de fútbol

Crist

El negro Crist tenía un chiste fantástico, donde se veía al General Manuel Belgrano, impecable en su uniforme, a orillas del río Paraná, estudiando dubitativamente colores y texturas en un pequeño muestrario para telas. A sus espaldas, la tropa aguardaba, paciente, que el General se decidiera por los colores definitivos. Tal vez esa situación llevó a preguntarme: ¿por qué Belgrano eligió Rosario? ¿Por qué se sintió más creativo en esta ciudad?

Por supuesto, como cuadra en todo humorista que se respete, nunca conseguí una respuesta. Y el asunto es que, cada tanto, gente de otra parte insiste con esa incógnita.

En Buenos Aires, por ejemplo. Me preguntan: "¿A qué obedece toda esa movida rosarina? ¿De dónde sale todo ese movimiento cultural?". Por supuesto, es una pregunta para sociólogos y no para dibujantes. Pero como los humoristas (al igual que algunos periodistas) siempre hacemos creer a la gente que sabemos mucho más de lo que sabemos, se impone tener una respuesta siempre a mano (Como cuando a uno le preguntan: "¿Qué es el humor?").

Y yo pienso que, en Rosario, efectivamente, la cosa pasa por la gente. Es cierto que, en los últimos años, desde el punto de vista físico, Rosario ha crecido y progresado mucho. Y no me refiero a nuevos edificios o más autos, cosas que, en definitiva, no sé si son un progreso o un retroceso. Me refiero a paseos agradables (como el Paseo del Siglo o la Rambla Cataluña), al aprovechamiento del río, a la apertura de lindos bolichitos para no hacer nada. Pero, de

cualquier forma, si uno lleva de paseo por Rosario a un amigo de otra parte, en dos o tres horas el tema se agota. Entonces, lo verdaderamente medular de la cosa, pasa por la gente, el paisaje humano. Empezando por las mujeres. Presentarle a este amigo a Fulano, salir a comer con Mengano, llevarlo a conocer a Zutano. Ahora bien, eso no contesta la pregunta. ¿Por qué Fulano se dedicó a la música, Mengano a la poesía y Zutano a la danza clásica?, se preguntará el gran público. Y ahí uno arriesga la respuesta, que reconoce, a priori, de escasa fundamentación filosófica: porque en Rosario no hay muchas otras cosas por hacer. Sí, señor. Alguien podrá decir que el asunto obedece a la corriente migratoria (la Feria de las Colectividades, sobre fin de año, reúne cerca de un millón y medio de personas frente al Monumento). Otro aducirá aquello del crisol de razas. El de más allá argumentará la modernidad de una ciudad impactada por la influencia europea (mayoritariamente itálica) frente a otras ciudades de conservador cuño hispánico. El desarrollo comercial. La cercanía con Buenos Aires, no tan promiscua como para evitar proyectos autónomos de la metrópoli. El puerto. De acuerdo. Pero a mí nadie me saca de la cabeza que es porque no hay muchas otras cosas para hacer. No hay serranías en derredor adonde retirarse a meditar, comer chivito, pasar la tarde con la familia o mojarse los pies en un arroyo. Tampoco montañas grandes, de nieves eternas donde trasladarse cargados con tablas y bastones de esquí, metidos en esos trajes de colores fluorescentes y con los labios pintados de verde. Tampoco hay mar, al cual salir con un crucero considerable, rodeado de amigos, a la pesca del pez espada y bebiendo gin–tonic como el viejo Ernest. O para hacer caza submarina, sacar centollas. Y por si todo esto fuera poco, tampoco hay juego, como en Las Vegas. Nada de casinos, lujosos hoteles con peleas internacionales de box y máquinas tragamonedas. Nada de eso. Hubo el esplendor de Pichincha, cuando Rosario era la capital

mundial de la prostitución, pero ni eso alcancé a vivir (como dijo Woody Allen, “me perdí la revolución sexual por dos meses”).

Entonces, ¿qué hace el rosarino, aparte de sentirse de Central o de Ñul o de mirar a las mujeres que lo rodean? Practica. El que le gusta tocar la guitarra, toca la guitarra. El que le gusta escribir, escribe. El que le gusta dibujar, dibuja. Tranquilo. Sabiendo que nadie va a venir a importunar para invitarlo a ir a esquiar, o a pescar pez espada o a jugarse unas fichitas en el casino. Y así salen los Baglietto, los Fito Páez, los Olmedo. O el mismo Maradona que, como todos sabemos, era rosarino. O, al menos, merecería serlo. No por nada, llegado el momento, al igual que Belgrano, eligió Rosario.

El dibujo pródigo

En el pasillo de mi casa, hay una mujer calva, corpulenta, pintándose la punta de la nariz frente a un espejo. Tiene los labios muy rojos, una sonrisa ancha, culo alto, minifalda y unas medias largas hasta arriba de las rodillas, de todos los colores.

Calza una suerte de zapato deportivo, pero de taco alto, con puntera colorada, muy brillante.

Su presencia cotidiana, permanente, es un tanto inquietante, ya que está junto a la puerta que da a la pieza de Franco. Y, a juzgar por su aspecto, no se trata de una señora de buenas costumbres.

Tampoco puede ser motivo de celos o envidia de parte de Liliana, ya que no se trata (la mujer calva, digo, ¿no?) de un dechado de belleza femenina. Es casi un bicho horripilante, como la mayoría de los dibujos del Napo. De un cierto candor, seamos justos. Algo de ternura, también podría decirse. El Napo fue siempre, para mí, desde hace ya mucho, una especie de referencia obligada, una leyenda del litoral (como la del aguará guazú), acrecentada porque él nunca estaba en Rosario, ni siquiera en la Argentina.

Antes aun de que yo empezara a dibujar humor, cuando todavía fantaseaba en los arrabales de la historieta de aventuras, cada tanto, el Negro Ielpi o el Cacho Pacher me preguntaban: "¿Lo conocés al Napo? ¿Viste las cosas del Napo?". Y se iba forjando dentro de mí un halo de misterio sobre el personaje (como con Grondona White, que solía ilustrar las tapas de la revista *Dibujantes*), porque el tipo

representaba al “dibujante rosarino que ahora trabajaba afuera”. Italia, me decían.

Pero es curioso, al Napo se lo recuerda, más que por su galería de personajes entre patéticos y horripilantes, por su voz. Es imposible que alguien recuerde alguna anécdota en la que participe el virtuoso estilista de la pluma, sin que procure reproducir la particular ronquera de la voz del Napo. Una voz profunda, baja, conseguida a fuerza de largos tragos de tinta china. Una voz que adquiere su justo grosor tras pasar por el filtro natural de los robustos bigotes. La única voz que pudo haber entonado el sentido tango que compuso con el Tano Hugo Pratt, “Barranquitas de Acassuso”, sin restarle un ápice de densidad a sus versos. Cada tanto, esa voz emerge por el tubo de un teléfono y me susurra “Negro, estoy en Rosario”.

Porque el Napo, como los malos recuerdos, vuelve siempre. Tras largos períodos de ausencia, eso sí; de donde uno se entera, siempre por referencias, que ha estado en Roma, o que lo vieron en Barcelona o en Estambul haciendo bailar un oso, o que lo cruzaron en París guiado por un perro simulando ser ciego. En esos lapsos, sin embargo, nos arroja rastros, pistas, indicios como para que sepamos que la amenaza de su presencia continúa indemne.

Alguien, por ejemplo, robó una postal con su firma en el Centro Pompidou. Otro, inadvertido, adquirió un rompecabezas suyo (convencido de que era de Chagall) en una calle non sancta de Ámsterdam. Algún nostálgico consiguió un compact disc de “Barranquitas…”, esta vez entonado a dúo con Nana Mouskouri. E, incluso, un desprevenido viandante nos indica que el Napo ha cambiado la línea de sus esperpénticos muñecos, que “ahora son blondos, menos agresivos, bucólicos, en una onda más ingenua”.

Entonces, nos azota la pregunta: ¿es que, en verdad, ha cambiado? ¿Es, por cierto, que ha morigerado su impulso revulsivo y su impronta áspera? ¿Es que se ha acercado al misticismo? ¿Es

veraz que se ha convertido en un santurrón que abraza los postulados de una creencia tibetana que le prohíbe el empleo del color fucsia en sus engendros? ¿Que ya no bebe, que ya no fuma, pero que ha caído en la devastadora pirotecnia del sexo explícito? Otro llamado anónimo, de pronto, nos alerta. En breve, ya mismo, a esta hora exactamente, el Napo no solo retorna al solar de sus primeros crímenes, sino que cuelga, además, una serie de sus últimos trabajos. En un lugar oculto de Rosario.

No puede ser, por supuesto, una galería común y silvestre, de esas con luces y paredes y canapés blancos, no. Se trata, como nos temíamos, de catacumbas, túneles recónditos de techo abovedado y ladrillos a la vista; laberintos húmedos donde pueda retumbar lo cavernoso de su voz. Se trata, como calculábamos, de pasadizos excavados en las barrancas, barrancas similares a aquellas otras, las de Acassuso, que le inspiraron las estrofas del tango que inmortalizara la grácil Mouskouri. Y supongo, por tanto, que nada ha cambiado. Que todo está igual. Que la leyenda del litoral a la que cantara don Julio Miño (“Chamarrita para Mongiello Ricci”) permanece intacta. En su regreso, a Napo no le sucederá como al bravo Aquiles, a quien solo su perro, el aguará guazú, lo reconociera. Ni tampoco como a aquel otro tanguero a quien su viejo criado tan solo por la voz supo quién era.

El narrador fatalista

“El que estaba asustado era Pepe Dinamita. Buz no, porque Buz era un hombre de acción y estaba habituado a esas cosas. Los dos caminaban por la playa de aquella isla recién tomada a los japoneses y, a cada rato, zumbaban los balazos de los francotiradores. Digo más, Buz iba con las manos en los bolsillos, pero Pepe se sobresaltaba a cada disparo, especialmente cuando hacían brincar algún pequeño surtidor de arena cerca suyo. Y los ojos de Pepe eran dos puntitos. A mí no me sorprendían los disparos. Después de todo, los nipones eran tenaces y no abandonarían aquella ardiente olla del Pacífico fácilmente. Lo que a mí me asombraba eran los ojos de Dinamita. No eran de esos ojos con párpados, pupilas y pestañas que todos habíamos aprendido con Harold Foster. No. Eran dos puntitos que, con el temor y la sorpresa, se alargaban o contraían. Y la boca de Sawyer era una raya. Digamos, no había una intención de hacer los rasgos de una cara como eran en realidad. Me acuerdo que fui a buscar papel y lápiz, puse *El Tony* delante mío y me pasé la siesta copiando prolijamente el estilo de Roy Crane”.

Así era el comienzo de un texto que escribí, en 1986, para el catálogo de una muestra mía, retrospectiva, de esas que se hacen como si uno hubiese muerto.

Es que allí comprendí (repasando material) que uno es un extracto de los demás. Especialmente si se es dibujante. O sea, un oficio que se aprende copiando a maestros que, en muchos casos, ni

se enteran de la existencia del alumno (como en el caso de Crane, concretamente. O de Frank Robbins). Tal vez, con el tiempo, el discípulo tiene la suerte de conocer personalmente a su modelo mayor (como me ocurrió a mí con Hugo Pratt), pero en poco hubiese cambiado la historia de mi estilo si yo no me hubiese contactado personalmente con el veneciano.

La cosa, entonces, es tener a quién copiar, con quién entusiasmarse. Por fortuna, la Argentina siempre ha sido un país con una gran riqueza de dibujantes e ilustradores, y así como los humoristas siguieron a Quino, Oski o Lino Palacios, los dibujantes de aventuras estudiaron los secretos de Breccia, Solano López o José Luis Salinas. Y la cosa también se transmite en la literatura.

Allá por el año 80, reuní en un librito las historietas paródicas que había hecho sobre textos clásicos como *La Ilíada* o *La Odisea*. El libro llevaba el pomposo título de *Los clásicos según Fontanarrosa*. Y en la contratapa mostraba una aclaración: "El autor agradece la colaboración de Herman Melville, Robert Stevenson, Walter Scott, Daniel Defoe, William Shakespeare, Homero, Miguel de Cervantes, Enriqueta Beecher Stowe y otros sin cuya inestimable, invalorable e involuntaria ayuda, no hubiese sido posible esta obra".

Dejé de hacer aquellas historietas paródicas por una simple y comprensible razón: tenía que leer aquellos pesadísimos libracos. Pero mi sistema de trabajo no ha cambiado considerablemente.

Cada tanto se acercan a mi estudio padres de promisorios dibujantes preocupados porque sus hijos solo atinan a copiar. Y yo les digo que recién comiencen a preocuparse cuando el pequeño cumpla 25 años. Y que, por otra parte, aún no se ha dictado la ley que obligue a un diseñador a pagar parte de sus ganancias al maestro de quien desciende. Cuando eso suceda, cuando alguien detecte en las manos que yo dibujo la herencia genética de las manos de Hugo Pratt, pues bien, recibiré lo que me corresponda de parte de algún discípulo impensado y, por mi parte, trataré de

localizar a los herederos de Roy Crane, si eso es posible. En tanto, seguiré escribiendo y dibujando lo que quisiera leer. Seguiré dibujando y escribiendo lo que copié y releí. Y seguiré afirmando que soy un escritor fatalista: todo lo que he publicado, ya estaba escrito.

Hortensia

El Gordo siempre decía que *Hortensia* debía ser como un almacén de ramos generales, que en ella cada uno debía encontrar lo que buscase.

Con eso nos explicaba el aparente caos en materia de diagramación, el amontonamiento de pequeños textos o la reducción de los dibujos a tamaños de estampillas.

El negro Crist y yo siempre reclamábamos por un mayor ordenamiento, algo más prolijo, más atildado, pero el Gordo la tenía clara. Justamente, el "ángel" de *Hortensia* residía en eso, en esa remembranza de estudiantina, de cosa no demasiado formal, alejada de las líneas de diagramación que nosotros estábamos acostumbrados a ver en las revistas europeas o, sin ir tan lejos, porteñas.

Cognigni apostaba, además, a la respuesta que podía llegar a tener el humor cordobés, un humor al que yo (como rosarino) suponía agrandado por la leyenda, pero que pude comprobar su vigencia y realidad, luego, cuando, atraído por *Hortensia*, comencé a frecuentar más la Docta. Conocí allí al Sapo Cativa, al Chuncano Villalba, al Gordo Oviedo, al Pelado Alonso, al Tanque Rojas, al mismísimo Crist y al irreproducible Cascote, un montón increíble de contadores de cuentos que no eran otra cosa que la "cabeza visible" de un humor con tonada y desenfado que circulaba entre los negros cordobeses.

“Los negros llegan a Breton”, decía el Gordo cuando quería graficar el delirio y el surrealismo que podía alcanzar ese humor local que él mismo desarrollaba quincenalmente con “Negrazón y Chaveta”. Y lo decía con esa potente voz nasal que hace que cualquiera que intente recordar alguna anécdota suya procure imitarla, como ocurre con Perón. Y todos los “chistosos” entrábamos por la puerta amplia de *Hortensia*, ya que el Gordo (o el Gringo, como también le decían) pretendía una revista abierta, sin pretensiones de cenáculo.

Grandote, corpulento, risueño, sentencioso, solía ser, eso sí, a veces demasiado paternalista para nosotros. “El Mandrú y el Fon están en busca de sus anecdotarios”, deducía, cuando con el Crist nos íbamos por ahí, de viaje, lejos de su control personal. Y tenía razón de vernos (o, al menos, de verme a mí) como productos de su semillero. Porque tanto él como Sarita fueron, desde *Hortensia*, un paso fundamental en mi trabajo y en mi relación personal.

Gracias a esa ya mítica revista, que demostró que también se pueden hacer cosas exitosas fuera de Buenos Aires, yo comencé a publicar con regularidad y aprendí a querer entrañablemente a Córdoba y conocí a mis más admirados colegas: Quino, Sábat, Caloi, Bróccoli, el maestro Breccia, el Lolo Amengual, Ortiz, Aldo Cuel.

A todos ellos y a muchos más los conocí en el primer salón del Humor y la Historieta el año 1972 en Córdoba. El empecinamiento organizativo del Gordo junto con el Turco Salomón lo hizo posible, como hizo posible que se repitiese tres veces más hasta alcanzar dimensión internacional. De allí en adelante, se pusieron de moda los salones de dibujo y en todos era infaltable la presencia del Gordo. Permanente generador de energía, charlatán hasta el cansancio, agarraba la manija y no la largaba. Es más, se la cedíamos de inmediato nosotros (no somos muy extrovertidos los dibujantes) cuando en las aperturas de los salones había que agradecer las

palabras alusivas al acto de intendentes o gobernadores. Allí iba el Gordo y, canchero y socarrón, salía con elegancia del trance.

Polémico, propenso a la trascendencia, era también el contendiente exacto para entrar en bromas o supuestos argumentos encontrados que, generalmente, urdían Trillo y Saccomanno.

Ese es el Cognigni que quiero recordar. El Gordo vital, activo, enormemente generoso. El anfitrión a veces más cálido que previsor, el entusiasta impulsor de cuanto proyecto le gustase. El "Caballo de lona", como le decían en Córdoba, porque parecía un cuerpo armado por dos personas, capaz de encontrar todo el tiempo necesario para dibujar Negrazones y Chavetas a sus seguidores entre el esfuerzo que le demandaba su condición de propulsor de salones y encuentros. El que, sin hacerse rogar, subía a un escenario a contar chistes con la eficacia de un profesional, el que se enojaba hasta la indignación por las críticas malintencionadas del que ningún tipo que haga cosas está exento. El que me pasaba por los hombros uno de sus brazos de oso y me decía: "Son cuestionadores de boliche, Fon". El grandote de temperamento italiano que engranaba hoy y se olvidaba mañana.

Ese es el Cognigni que voy a recordar siempre.

Un pedazo muy grande de mí se murió con el Gordo.

¡No te enloquesá, Lalita!

Para una sociedad adicta a las relaciones públicas, como la nuestra, no hay nada tan desmitificador como el cruel rito de la elección de jugadores en un picado. No hablemos ya de la pisada para ver quién empieza a elegir porque me parece que ha caído un poco en el olvido o sigue siendo privativo de los más pendejos. O quizás porque, para los veteranos terminales (donde uno milita), el hecho de tener que caminar más de cuatro pasos equilibrando la panza, apoyando un pie delante del otro, en línea recta, puede llegar a configurar una prueba de alta competencia. Dicho test de destreza ha sido suplantado por el de sacar la pajita más corta o recurrir a la caballerosidad o grandeza de espíritu de uno de los electores que dirá: “Empezá vos”.

Pero, ojo, el primer quilombo es encontrar dos tipos que accedan a elegir. Nunca falta el que diga “yo no los conozco a todos”. O el que simplemente argumenta, dejando de lado todo principio solidario, “¡No me rompas las bolas!”. Finalmente, hastiados del peloteo inconducente, siempre habrá un par de ciudadanos probos que aceptará elegir.

Con el “empezá vos” se resuelve el asunto. De última, en todo grupo siempre hay un par de tipos que la rompen y se sabe que irá uno para cada lado. O el que elige en segundo término tiene la ventaja de elegir dos de un saque para emparejar. Por otra parte, nunca faltarán los que, ya empezado el escrutinio, sigan pateando al

arco, hablando al pedo, cambiando de posición, lo que confunde el acto eleccionario.

Será infaltable también que alguno se ligue un terrible pelotazo en los riñones mientras observa distraído la repartija de valores. La calma propicia sobrevendrá recién cuando alguien con autoridad moral grite: "¡Che, traigan esa pelota para acá así elegimos porque, sino, no empezamos más!".

El "parala, parala, carajo" se hará imprescindible.

Comenzada la elección, la preferencia futbolera queda a la luz, descarnada, manifiesta, a la vista de todos. Allí no hay cuarto oscuro, ni voto secreto ni distribución "a la bolsa". Allí se paran los dos que eligen y uno dice "Ñaqui". "El Preso", dice el otro. "El Gallego", retoma el primero. Y van quedando rezagados los más chotos, los indios de chusma, los parias, los despreciados. Siempre hay algún desconocido al que, al tanteo, se le pregunta "¿vos jugás arriba o abajo, flaco?". Y se lo incorpora. Salvo que uno lo haya visto patearse un pie contra el otro en el peloteo previo. O pisar el fulbo y caerse. O tratar de pararla y golpearse los huevos. Entonces quedará para lo último. Para la escoria futbolística. El gerente de banco, el secuestrador de nota, el financista exitoso, el *yuppie* del BMW, no importa quién sea, quedará solo, el último orejón del tarro. El choto entre los chotos.

Al final, quedan dos, apenas. Dos a quienes casi ni importa quién los elija. Da lo mismo, podrían no jugar incluso. "Bueno, llevate al Mochila y me quedo con el rubio", cerrará la transacción uno de los que eligen. Y así se dividirán ese remanente humano, con la celeridad de quien se reparte monedas de aluminio que quedaron de algún vuelto mínimo.

Idéntica bestialidad sincera corre para los lesionados. Con la misma falta de solidaridad con que las gallinas pasan picoteando granos en torno a la batataza descogotada, los jugadores del picado prestarán poca atención al gordo infame que se dobló un tobillo, al

veterano que se desgarró antes de los cuatro minutos o al flaco que pisó un pozo y se sacó la rodilla. Lo rodearán primero, curiosos; alguno amagará alguna indicación; correrá un estudiante de Medicina, pero si la cosa se prolonga ya empiezan los gritos de los arqueros. “¡Sacalo, sacalo!”, “¡que entre otro!”, ¡entrá, Colora!”. Y la premura por continuar borrará la desgracia del malogrado mediocampista que se revuelca en el piso con la boca llena de pasto.

Y está bien que así sea. El fútbol es sagrado. La función debe continuar. El verde césped suele requerir de sacrificios humanos.

El escritor forjado literariamente en los potreros, debe a estos más aportes a su lenguaje que a la sección “Enriquezca su vocabulario” del inefable *Selecciones del Reader’s Digest*.

Siempre pienso que debo escribir un cuento con alguno de estos tres títulos: “¡No te enloquesá, Lalita!”, “Guarda el choro!” y “¡Por la misma, Cotur!”. Los tres son hermosos.

El “no te enloquesá” es más universal, con reminiscencias de Lope de Vega y se lo escuché gritar al Melena (aquel día, afuera de la cancha) al Lalita, quien, sin duda, había perdido el escaso resto de cordura que le quedaba ante el toque rival en la mitad de cancha.

“Guarda el choro” es más críptica y menos difundida, pero se trata de una recomendación fraternal a los integrantes de la línea de cuatro que se la van pasando unos a otros hasta encontrar un mediocampista comprensivo que la venga a buscar y son hostigados por la constancia terca y abnegada de un punta que se come el loco. Sabe que se come el loco, sí, pero es un “choro”, un eventual ladrón que quiere pellizcar esa pelota aprovechando la canchereada del más hábil de los defensores. Nunca falta un dos que se hace el otario, mirando para arriba como para cruzarla larga, y lo viene relojeando al nueve para hacerlo pasar de una pisada o, de máxima, meterle un caño. “¡Guarda el choro!” le gritan los muchachos al dos, avisándole que hay un nueve hijo de remil putas que se viene al humo para ver si se la chorea.

El “por la misma” es junada, una recurrencia idiomática de los números nueve que se tiran a la punta y le gritan al cuatro o al tres, a quien carajo esté por su mismo lado, que se la pongan paralela a la línea de toque, sin cambiarla.

Otra linda, más rara, perlita de la semántica, es el “tomá” cuando un tipo se ofrece al compañero dándole salida. O sea: el seis tiene la globa y está tapado, entonces viene el ocho, se la pide y le dice “¡tomá, tomá!”, dándole una opción, una salida.

Gloriosa es la de los nombres y los apodos. En un papi fóbal conocí a un tipo al que le decían “Pasarella”, y no porque su juego se pareciera al del Gran Capitán del 78, sino porque pasaba quiniela. A otro le decían “El Preguntón” porque siempre venía con Juan, joda referida a aquellos dos lindos personajes del querido gordo Bróccoli. A una dupla de morochones que llegaban siempre juntos los llamaban “Tita y Rodhesia”. Y me acuerdo del Soplete, el Cachola, el Manubrio, el Galera, el Pantufla, el Fantasma, el Papita, la Pioja, la Vieja, el Bachacha, el Valija, el Mandinga, el Carita, el Papi, el Huevo, el Gato, el Pacú. Y ahí uno entiende por qué el fútbol es un reducto de tradición: casi no hay apodos ingleses. Mientras en todas las otras actividades de la vida nos invade una catarata de palabras y nombres ingleses; mientras en el *paddle* y en el tenis brotan los Willis, los Tonis y los Eddies, en el fútbol siguen siendo el Lolo, el Cacho, el Gallego, el Sapo, el Pichicuá, el Perita, eso. Apenas, desde hace un tiempito, algún Charlie, por García. Por lo demás, todo barrial, criollo. Y, obligadamente, conciso. Instantáneo. Porque un apodo debe ser, antes que nada, cortito. Cuando alguien le diga que los muchachos del fulbito le dicen “Pestaña’ e mula” o “Cara de pollo mirando un bicho” o “Van Basten” o “Maradona”, es mentira. Le dirán en joda, antes del partido o después del mismo. Pero, durante el juego, la cosa no da como para más de dos sílabas. Cuando le están diciendo el “do” de “Maradona” ya se la chorearon, o lo taparon, o la tiró a la mismísima mierda.

El apodo sumario, veloz, inmediato, es imprescindible en los picados porque uno no sabe cómo se llama el coso que entró y de alguna manera hay que pararlo cuando se pira arriba como un poseso y nadie se queda para aguantar el contraataque. “¡Verde, bajá, verde!”, se le dirá respetuosamente al que entró con la de Ferro, ese flaco ignoto que se piró al ataque a la primera de cambio. “¿No dijiste que ibas a jugar de cuatro, vos?”.

Como la síntesis gráfica propia del gaucho, el recién llegado siempre ofrecerá un rasgo distintivo emergente. Que será siempre cuidadoso al principio. Y luego desbarranca. El “Barba” terminará siendo “Chiva”. El “Gordo” devendrá en “Culón” y el “Tío” podrá derivar en “Dolape” si el tipo no tiene pinta de enojarse. A veces, un “Viejo” usado en mal momento (por no llegar a un “Nono”) desata el fastidio del veterano de refresco. Incluso hay zagueros de fina sensibilidad que llegan a decirle “tocala, rubio” a un negro espantoso para no herirlo con la siempre odiosa discriminación racial.

Te cuento que nunca me gustó lo de los bolsos. Hacer los arcos con bolsos es de cuarta, deprimente. Revela que vinieron muchos menos de los que se esperaban y que hay que marcar la cancha cruzada. O que no hay arcos, directamente, y hay que resignarse a que cuando la pelota pasa por arriba del bolso se arme el consabido quilombo de que si entró o no entró. Casi prefiero jugar en un solo arco grande, compartir el arquero y que el equipo que se hace de la pelota tenga que salir del área para volver a empezar. Así, al menos, cuando uno hace un gol, aun sin red, se imagina que está en el Monumental y no en un baldío rasposo, lleno de yuyos, cruzado por las huellas de los carros y con perros que solo se espantan cuando se ligan un pelotazo.

Creo que un gran porcentaje de la inestabilidad argentina se debe a lo precario que es el programa de los picados. ¡Nunca hay una seguridad de que se juega, mi viejo! Nunca se sabe si va a estar la cancha. Si la pidieron, si la reservaron. Si el Galleta fue antes a

hablar con el canchero. Por ahí uno llega y hay otros monos jugando. Ahí cagamos.

En una de esas, los muchachos se morfaron un asado bajo los árboles y ahora acaban de empezar un nueve contra catorce. Y hay un par de grones con unas caras que no invitan a sugerirles nada. De esos que juegan en patas, con pantalones largos beige de salir y el cinturón que apenas se les ve debajo de la zapán marrón, tirante y lustrosa. De esos grones de pelo mota, muchos dientes, ojos achinados que juegan riéndose y gritan: "¡Te vamo' a cagar matando, Cuajada!". Y que siempre algo saben. O saben mucho.

Después, está el asunto de la globa. El fulbo. ¿Quién tenía que traer el fulbo? Nunca falta el boludo que se la olvida. O que pensó que la llevaba Chiquito. O que cuando llega la trae desinflada, un bofe, y hay que empezar a buscar un inflador. Primero, encontrar un inflador. Después, un pico. Y después tener el cuidado de no hacerla cagar porque es la única que tenemos. Lo del gallo en el agujero es folclórico. Y casi nunca es un gallo, diría un bioquímico. Es un esputo de saliva blanca y espumosa que siempre cae lejos del orificio. Siempre queda un poco más arriba de la marquita esa hecha en el cuero, la flechita, que no se ve ni por puta y que para encontrarla hay que darle mil vueltas a la pelota. Allí se mete la escupida que lubrica el paso del pico hacia la cámara. Ahí se juega el destino del picado. Más de una vez la globa caga, la pinchamos y andá a cantarle a Gardel. Será el momento de putearlo al purista que decía que "así como está no se puede jugar al fútbol".

La inseguridad, por otra parte, ya comenzó la noche anterior. Si llovió, si no llovió, o si llovió mucho pero no lo suficiente como para que la vieja te niegue la cancha, porque la cuidan ni que fuera para la Libertadores. Si "yo me desperté a eso de las cuatro porque caían soretes de punta, pero a eso de las seis salí al patio y se había levantado un viento que te la seca". O "sí, llovió un poco, pero la zona de los arcos está hecha una laguna y hay que buscar pasto de al

lado de la vía para afirmar el terreno". Si vienen o no vienen Pochi y el Pitufo, que nunca se sabe si aportan o te cagan. Si viene la contra o se borraron. Que por lo menos vengan cuatro de ellos así hacemos un mezclado y salvamos la tarde. Si juntamos gente como para hacer un siete y siete. Etcétera, etcétera, etcétera.

Por eso, cuando al final se juntaron los muchachos, cuando uno mira a los dos arqueros haciendo señas de que están listos, cuando uno ve que no hay ninguna amenaza rondando y se da cuenta de que ya no hay poder humano que impida el comienzo del partido, una enorme sensación de gozo nos invade.

Y somos felices. Definitivamente felices.

Sushi

Que vaya quedando claro: me rompe las pelotas la comida sushi. Como dice el Gordo Oviedo, ahora resulta que los chinos, que se han cagado de hambre toda la vida, nos van a venir a enseñar a comer a nosotros. Se morían siempre de hambre los hijos de puta, comían ratones, gatos, hormigas. Monos comían, raíces, y resulta que ahora son los reyes de la comida universal. Pero, ¿por qué no se van a la concha de su madre?

Y toda su sabiduría consiste en que se comen los pescados crudos. Mirá vos el esfuerzo. Se estrujaron el bocho por hacer eso. Agarran un pescado y se lo comen crudo. Y acá todos aplaudimos como pelotudos. "Vamos a comer sushi, vamos a comer sushi". Pero, ¿por qué no se van a hacerse romper bien el orto?

Es como si a mí me pidieran que les recomiende una comida rápida y les digo "papa con cáscara". ¡Qué joda! Sacás una papa de bajo tierra y te la morfás, así nomás, sin pelarla ni nada. ¿Querés algo más rápido que eso? Pum y al buche.

Estos chinos, igual. La comida sushi, la comida sushi, qué espectacular. Sacás un pescado del agua y te lo morfás. De pedo esperan a que se muera, por respeto al bicho. No te extrañe que ahí en Cantón, en Manchuria, en alguno de esos lugares donde ellos viven, se los comen vivos, ¡no solo crudos! ¡Vivos! Si están muertos de hambre y no pueden aguantar a que se cocinen, hermano, no pueden aguantar.

Y para nosotros, pobres boludos, es la gran sabiduría oriental, la comida alternativa, no te sentís pesado después de comerla. ¿Y cómo te vas a sentir pesado si no comés un sorete? Ni pan te ponen. ¿O no sabés que ni pan te ponen? Te ponen arroz, arroz blanco te ponen. Ni siquiera con un poquito de salsa, de azafrán, de tártara. Por lo menos de tártara, querido, ya que viven por ahí. Y lo que pasa es que no tienen, no tienen ni pan, mi viejo. Mao les dijo "les va a tocar un pan felipe a cada uno cada catorce años", y los tipos se la bancan. "Qué bien, qué bien la revolución cultural de este tipo", dicen y levantan el librito rojo que tienen y se conforman, se conforman con un miñoncito por dinastía.

Mirá qué aporte, pescado crudo. Yo también me voy mañana a La Florida, saco un bagre, uno viejo del agua, lo sirvo crudo y les hago a todos el verso de que es comida sushi. Qué vivos, qué vivos son estos orientales para vendértela cambiada, mi viejo. Nosotros siempre nos hemos considerado unos pelotudos porque les vendemos vacas a los europeos a dos mangos y después los europeos nos venden carteras hechas con el cuero de estas vacas a 40.000 dólares. Estos chinos, con esa cara de boludos, agarran un pescado, le ponen limón encima y te lo enchufan como la quintaesencia de la gastronomía fina.

¡Y qué sé yo si el sushi es chino o japonés! O chino, o japonés o coreano, son todos lo mismo.

¡Cómo nos rompió el culo Kung Fu con el verso de la sabiduría milenaria! Ahora resulta que lo refinado es comer con palitos como los japoneses. ¡Porque no conocían el tenedor, mi querido! Así como cuando se inventó la pólvora se acabaron los guapos, cuando se inventó el tenedor se acabaron los palitos. Verso, viejo, puro verso. Se manchaban todo, se llenaban de arroz hasta las verijas. Yo no he comido sushi nunca ni lo voy a comer, descuidate. Lo único que faltaba, que encima que me rompe las pelotas el pescado lo tenga que comer crudo.

“No sabés lo sano que es”, te dicen. Claro, ven o los tiburones, que regalan salud, y piensan que es para todos.

Una foto

Las fechas nunca han sido mi fuerte. Me cuesta recordar, por ejemplo, cuándo lo mataron a Dorrego, o cuándo se encontraron a charlar San Martín y Bolívar. Me acuerdo, sí, el año en que murió mi viejo (el 71), pero no recuerdo el mes ni el día. Ni siquiera si hacía frío o si hacía calor. Me acuerdo del cumpleaños de mi vieja, el 28 de diciembre, por la simple razón de que coincide con el día de los Santos Inocentes. O el de mi hijo, o el de mi mujer porque, de este, más vale no olvidarme. Pero después, nada más.

Entonces, divido las cosas, los períodos, en base a hechos que han sido importantes para mí, sucesos que me han marcado. Alguien dijo (un dramaturgo, seguramente, los dramaturgos siempre dicen esas cosas) que la vida no se separa por datos cronológicos, por días en el calendario, sino que está señalada por las grandes catástrofes espirituales. La mía, al menos, no tan intensa, no tan categórica ni grandilocuente, se mide, apenas, en relación a eventos más mundanos, menos drásticos. Paso a detallarlos. A saber: algún viaje, los Mundiales de Fútbol, los campeonatos ganados por Central y los Salones de Córdoba. “Eso fue antes de la Segunda Bienal”, informo, a veces. “Aquello fue bastante después del Mundial de México”, me digo, en otras.

Es por eso que guardo bien guardado en mi memoria, el primer Salón del Humor y la Historieta, en el año 1972. Yo hacía muy poco

que publicaba en *Hortensia* y tenía una escasísima relación con los dibujantes, salvo como lector. Venía del artificioso mundo de la publicidad y recuerdo que, antes de viajar desde Rosario, le dije al Pelado Galimberti: “Voy a ver qué pasa. Si me hincho, me vuelvo”.

Pese a la invitación de Cognigni, supongo que me sentía como un colado a la fiesta, un poco marginal, un sapo de otro pozo. Y es curioso porque, a pesar de que he aprendido a desconfiar largamente de mi memoria, hubiese jurado que, en aquel primer encuentro, éramos muy pocos.

Tengo una imagen fija en la cabeza: la de estar todos charlando, amontonados, en el departamento del Crist (departamento al que llamábamos “el submarino” por la economía con que había distribuido sus espacios), con el Negro Caloi, el Bróccoli, el Lolo Amengual, el Menchi Sábat, el Viejo Breccia, Quino, Cognigni, el Cascote. Y nadie más. Hubiese firmado ante escribano público que, en aquel primer encuentro, no había nadie más, no había más gente.

“Vos te equivocás, Fon”, me aclararía los tantos, hace no mucho, el Turco Salomón, vía telefónica. “¿O no te acordás de aquella famosa foto con el Kalondi riéndose, levantando los brazos, adonde estamos todos?”.

“Eso fue en el segundo Salón, Turco –insistí, porfiado–. Tengo la foto”. Entonces el Turco me dio datos, suministró fechas, agregó nombres y me refrescó la memoria con respecto a aquella época en que, bajo gobiernos militares, ya muchos comenzábamos a practicar, levantando los brazos, para los años duros que vendrían.

Y tenía razón, nomás, el Turco. Volví a esa foto, que ahora tengo enmarcada en el estudio. Y es un grupo grande. Somos muchos. Estamos en un parque o algo así. Y seguramente el fotógrafo aprovechó el final del almuerzo para agarrarnos juntos, antes del desbande. Empezando, de izquierda a derecha (como quien inicia el curso normal de una lectura), en la fila de atrás, de los parados, está el maestro Oesterheld, de pelo blanco, narigón, sin el birrete de Ernie

Pike aquella tarde. Después el Quino, mirando hacia el centro del grupo (hacia Kalondi), o atendiendo tal vez a un chiste del Cognigni. Algo detrás, Caloi, más flaco a pesar de tener casi siempre el mismo peso (es notable observar esa ilusión óptica en las viejas fotos). Cristina, arreglándose el cabello (debía de haber un viento bárbaro). Por atrás, asoma Nené. Después, el Turco Salomón, el Lolo, Oscar Steimberg, Lino Palacio (de chaqueta beige) fumando con cierta distinción, siempre elegante. El Gordo Cognigni, diciendo algo hacia la fila de los sentados. Yo, sin barba y con bigote. Coquito Feldman, algo encorvado, como para empezar a correr. Después Kalondi, en la antedicha postura rendicional, de entrega, los brazos en alto y las palmas de las manos hacia el frente. Después Alberto Breccia, en pose de tanguero, una mano en la cintura y el faso en la otra. Cierra (arriba) el negro Crist, también fumando, más delgadito, sosteniendo una de las tantas servilletas que fueran dibujadas con saña. Y sustraídas (guardo una, aún, con dibujo y firmas). Abajo, sentado sobre el césped, el pibe mayor de los Sábat (es un ropero, ahora). Alicia Quino, también prestándole atención al Cognigni. Alberto Bróccoli, Loli, el Menchi Sábat con el más chico de los chicos (el que después dibujó para *Clarín* y *La Nación*, Alfredo). Blanca y Ester, de lentes negros. Y la Pequeña, lidiando con una nena ajena cuya filiación escapa a mi memoria. Hay dos o tres rostros, además, que no sé precisar, admítanme el olvido. Son muchos años. ¿Era Parroti el que está a lado de Oesterheld?

En la foto sobrevuela un clima de jolgorio, de joda reposada, de amiguismo. Se ve que estaba fresco. Uno nomás en mangas de camisa, el Kalondi que, tal vez, ya había entregado munición y equipo a sus captores. Con el abrigo puesto apenas sobre los hombros está el Crist. Pero se ve mucho saco, mucho pulóver de cuello alto, y hasta un poncho (el Turco Salomón). Hay dos o tres (el Quino, Oesterheld, el Turco) que todavía tienen en las manos la cucharita y la copa con el postre (helado, a juzgar por la veladura

sutil que nubla el vidrio). Y otros esgrimen cigarros de hoja (como en las fotos de nuestros abuelos) que alguien distribuyó en la sobremesa. El sol todavía pega de arriba, algo escorado. Deben ser las tres de la tarde, quizás las cuatro. Atrás hay árboles y todo es parque. Blanco y negro la foto, por supuesto.

Cuando llegué al Genaro Pérez, aún recuerdo, no conocía a nadie. Solamente al Crist (ya éramos amigos), a la Pequeña, al Gordo Cognigni y a Sarita. Al grupo de *Hortensia*, en suma. Allí, entonces, conocí al Quino. Y al Menchi Sábat. Y me decían que Quino y el Menchi se conocieron también allí en Córdoba, porque nunca se habían visto en Buenos Aires. Y, a pesar de que yo no vengo de la escuela del humor (copié a Roy Crane, a Robbins, a Hugo Pratt), estar frente al Quino era lo mismo, para mí, que estar frente al Papa, al Santo Padre. Crecí leyendo a Breccia, a Oesterheld, a Quino, a Lino Palacios. Crecí con ellos, y hay que consignar eso para entender la cosa. Mucho tiempo después iba a leer que Cassius Clay (veterano ya, Muhammad Ali), al enfrentarse a un joven desafiante al que doblaba en edad, y en tanto el árbitro recitaba el reglamento, le susurraba al muchacho, mirándolo a los ojos: “Desde el momento mismo en que naciste, oíste hablar de mí. Ahora estás frente a mí. Soy el más grande”. Y pese a que Quino no me dobla en edad, pese a que su juego de piernas no se parecía en nada al de Muhammad, pese a que su afabilidad y amistosa sencillez distaban en mucho de la magnífica soberbia del negro, así me sentía yo frente a él. Me parecía mentira, en fechas posteriores, en Buenos Aires, llamarlo por teléfono, al número que él me diera y que atendiera él, personalmente. Yo pensaba que me iría a atender una secretaria, un mayordomo, alguien que me pasaría a su vez con otro tipo, quien me daría una nueva fecha, un horario correcto, un día oportuno para hablar con el Quino. Pero no. Atendía él, lo más campante. Lo mismo me pasó (en rigor de verdad) con el Negro Caloi, con el Bróccoli, el Lolo Amengual, el Menchi Sábat.

Cuando nos fuimos separando del grupo de esa foto, cuando se puso de pie Alicia, cuando el Menchi ayudó a pararse a Alfredo, cuando el Crist se quitó el abrigo de sobre los hombros para ponérselo bien, cuando el Turco fue a depositar su copa vacía en una mesa, cuando Kalondi bajó los brazos, cuando yo me volví para Rosario, tomamos varios caminos diferentes. Pero no muy opuestos o distantes. Siempre nos mantuvimos mirándonos, oyéndonos, leyéndonos, bastante pendientes los unos de los otros. Y con muchos de aquellos de la foto, a través de los años me he visto muy seguido, o hemos hablado, nos hemos escrito. Con el Negro Crist, el Negro Caloi, o con el Quino, siento la ligazón que se puede sentir con los hermanos. Con otros, por ejemplo, el Menchi; por ejemplo, el Breccia; por ejemplo, el Lolo, me veo menos (no hay que olvidar que vivo en Rosario), pero el afecto es el mismo. Me basta saber que están, es suficiente. "¡Mirá si no ibas!", me retó el Pelado Galimberti a mi regreso. ¡Mirá si no iba! ¡Qué distintos que hubieran sido para mí estos 20 años!

Después volvimos varias veces a las Bienales siguientes. Pero, en cada ocasión, tenía sabor a aniversario. Hicimos otras fotos, muchas fotos. De aquella original, había un puñado que ya no estaba. No sé si es natural, no sé si es lógico. No. Seguramente no es así en este caso. Toda foto de grupo encierra una tragedia. Pero hubo otras fotos, distintas, iguales. Estaban, eso sí, sin duda alguna, el Bróccoli, el Gordo Cognigni, Sarita, Lino, Ester, Oesterheld y todos aquellos que íbamos. Había otra gente también. Dibujantes nuevos, además. Tal vez al Turco ya no tuviera el poncho. Quizás al Crist no le cerraba demasiado bien el saco. En una de esas sería Alfredo el que lo tuviera al Menchi alzado. Yo, donde tenía el pelo, devolvería un reflejo inoportuno. Y quizás Kalondi volviera a levantar los brazos. Pero siempre volvimos a hacerla. Y era divertido. Porque es así. Así es la cosa. Y es la única reflexión que se me ocurre.

Viejo de las latas

Algunos le decían el “Viejo de las latas”, pero otros le decían Pataquenó. Su figura oscura deambulaba por las calles de nuestro barrio oscilante y lenta, balanceándose como un barco indeciso a veces, como si no supiera qué rumbo tomar. Llevaba un bastón rústico en la mano derecha y en la otra sostenía por sus asas cinco o seis tarros donde, seguramente, calentaba su magra comida. Lo seguían siempre siete u ocho perros, tan sucios e hirsutos como él mismo.

“No se acerquen al Viejo de las latas”, advertía mi madre. “No se acerquen a Pataquenó”, recomendaban las vecinas. “Escapen de ese viejo”, me decía Julio, mi primo, un muchacho adolescente, grueso y corpulento, que había asumido mi custodia. Y el aspecto de Pataqueno justificaba los temores. Alto, de larga y enredada cabellera negra, su rostro estaba casi totalmente oculto por una barba tupida y entrecana, que apenas dejaba entrever una boca de rictus despectiva, carnosa y violácea. Se cubría la cabeza con un sombrero de ala ancha raído y, bajo su sombra, relucía el brillo feroz de una mirada impía, exagerada por el borbollón agreste de sus cejas enormes.

“Parece que mató a su hermano”, dijo una vez mi padre, en el almuerzo, en la única oportunidad en que se refirió al mendigo. “Y purgó una larga condena en el presidio de Ushuaia”. “Ha estado loco”, informo, otro día, susurrando, un vecino que lucía preocupado. “Encerrado en el manicomio de la calle Suipacha”. “Perdió a toda su

familia en la Gran Guerra", comentó una tarde Modesta, la almacenera, que presumía de informada. "Es polaco".

"Era un hombre de infinita fortuna –dijo alguien–, y lo perdió todo por una enfermedad venérea". "Por si acaso, no se acerquen", repetía mi madre, cuya piedad cristiana se diluía ante el peligro. "Te puede contagiar algo malo", insistió Julio, mi primo, mientras hacía sus ejercicios con una mancuerna para fortalecer sus bíceps ya expandidos.

Pero nosotros éramos una pandilla de chiquillos audaces e indomables. Corríamos por las calles como el viento y nos solazábamos perpetuando mil y unas travesuras. Robábamos naranjas de las verdulerías, tocábamos los timbres a la siesta y arrojábamos piedras al Viejo de las latas. Desde una prudente distancia, irresponsables con nuestros diez u once años, le lanzábamos cascotes, tuercas y pedazos de baldosa, cuando lo sorprendíamos descansando en la plaza o en el umbral de alguna casa.

Sabíamos que Pataquenó, lento y pesado, tardaría una eternidad en incorporarse y correrno. "Hay que aprovechar la lentitud del enemigo", repetía Julio, en tanto hacia *rounds* de sombra en la pequeñez del altillo de la casa de mi tío. Y Pataquenó se limitaba a insultarnos en un idioma indefinido, levantando el puño torpe bajo los innumerables abrigos que llevaba puesto siempre, aun bajo el calor insoportable del estío. Sus perros, incluso, amigos ocasionales, tal vez animales abandonados en busca de calor y compañía, tampoco reaccionaban. Solo retrocedían y escapaban ante la lluvia de piedrazos.

Pero no nos animábamos a acercarnos a ese viejo. Solo una vez, Raulito, el hijo de la Graciela, quizás el más audaz y atrevido de toda nuestra barrita de diablillos, intentó prenderle fuego con una tea que le acercó de atrás, procurando encenderle las faldas de un sacón sin mayor éxito. No podíamos adivinar la edad de aquel mendigo, de ese

pordiosero o “croto”, como usualmente se lo calificaba, porque la densa mugre que patinaba sus mejillas ocultaba las reales condiciones de su cutis. Quizás había arrugas muy profundas tras lo sucio. Solo podíamos advertir, desde tan lejos, que no tenía todos sus dientes. Y los que tenía, lucían amarillos y negros, como la piel de una hiena.

Aquel día terrible fue un domingo, y a la siesta, que es cuando ocurren las cosas terribles en los barrios. Andábamos por las calles del barrio, los purretes, cazando tórtolas, persiguiendo gatos, robando moras de la casa quinta de los Frígola.

Bajamos por calle Mitre hacia la plaza y allí lo vimos al Viejo de las latas, junto al surtidor de agua al que nosotros solíamos encaramarnos para saciar nuestra sed inagotable. Se había quitado algunos de sus sacos y camisas dejando ver un tono peludo como el de un simio y una barriga abultada y rosácea, casi obscena, mientras se refrescaba las axilas con un trapo. “¡Pataquenó! ¡Pataquenó!”, le gritamos, gozosos, mientras buscamos piedras para tirarle. Habrán sido dos o tres piedrazos los que le arrojamos, sin acertarle, cuando se volvió hacia nosotros, hecho una fiera. Más ágil de lo que suponíamos, inesperadamente intolerante en este caso, lanzaba bastonazos a troche y moche, mientras rezongaba con su extraña lengua. Su agilidad, no obstante, no podía con nuestra velocidad y nuestra infancia. Casi divertidos, huimos en distintas direcciones gritando exageradamente.

Yo corrí por Mitre, varios metros, en sentido contrario al que lo habían hecho la mayoría de los niños. Me detuve. No quería apartarme demasiado de ellos y perderlos, resignando la diversión de nuestras correrías de la siesta. Me oculté, entonces, en el zaguán umbrío de una casa y allí esperé. Supuse que Pataquenó ya habría regresado a algún sitio semioculto bajo los árboles de la plaza donde mitigar los rigores del verano. Habré estado allí diez minutos sin asomarme a la calle. Me senté en un escalón de mármol y fue

entonces que vi, detrás de una de las puertas altas y metálicas de la calle, un par de latas arrinconadas. Comprendí con horror que ese era el lugar que había elegido Pataquenó para descansar antes de ir en procura de la frescura del agua. Me paré, de un salto, con el corazón latiendo en el pecho como un émbolo. Y allí escuché. Escuché, afuera, acercándose, los pasos arrastrados de ese viejo, las suelas desgastadas de aquellos zapatos toscos, atados con hilos de bramante, raspando la acera al caminar, con aquel paso desigual y trabajoso. Me aterroricé. Vi, incluso, en el piso, frente a la puerta del zaguán donde me ocultaba, la sombra proyectada del mendigo, ya inminente. Pegué un salto hacia la vereda, desesperado, procurando escapar antes de que el cuerpo enorme del pordiosero me bloqueara la salida. Pero una mano rápida y peluda, dura como un garfio, me prendió del brazo y me detuvo. Me retorcí como un zorro en la trampera, pero aquella garra me contenía con una fuerza extraordinaria. Sentí también, en las narices, un ramalazo penetrante a olor a sucio, a sudor ya reseco, un tufo a orines. Otra mano me atrapó por el otro brazo y el Viejo de las latas me hizo girar hasta que mi cara quedó a escaso medio metro de la suya. Se había arrodillado frente a mí. Pude ver sus brillantes ojos claros enrojecidos, su nariz grotesca, sus mejillas protuberantes tiznadas por el hollín. Y entonces ese hombre, ese hombre temido y marginado, ese hombre aborrecido y supuestamente feroz, sonrió. Sonrió dulcemente y musitó, en un muy comprensible castellano: “Esto quiero hacerte. Solamente esto”. Y con su mano derecha, tiernamente, me acarició la cabeza. Y me soltó, me dejó ir. Yo caminé, lentamente, unos pocos pasos hacia la plaza, aún aturdido y temeroso, cuando escuché el alarido desorbitado de mi primo: “¡Lo manoseó, manoseó a mi primo! ¡Ese viejo sucio lo tocó!”.

Julio fue el primero en pegarle a Pataquenó una patada. Luego fueron los chicos de la barra, enardecidos y animados por la actitud de Julio. Y después los vecinos quienes, ante el griterío, salieron a la

calle munidos de palos, cachiporras y tridentes. Hasta yo, tomando conciencia de que ese viejo se había propasado, alcancé a propinarle alguna patada, algún trompazo, entre toda la turba que se reunió en un minuto para pegarle.

Nunca más se supo del viejo Pataquenó. Dicen que quedó tirado en el medio de la calle casi un día. Que sus perros, uno a uno, se fueron alejando. Que una ambulancia se lo llevó después. A mí, mis padres me mandaron por dos años al psicólogo. Y en verdad no recuerdo ya con exactitud si aquel hombre tan solo me acarició la cabeza o sus caricias se hicieron luego más y más atrevidas.

Es una parte de la historia que el subconsciente niega, dijo el psicólogo, cubriéndola con el solo recuerdo de la sonrisa bondadosa y el olor a vino.

Lo cierto es que ahora estoy bien, puedo contarlo, y al Viejo de las latas no se lo vio nunca más por las calles del barrio. “Volvió a Polonia”, cuentan que dijo don Valentín, el farmacéutico, que fue uno de los que más le pegó, con un puntero. Pero yo no estoy muy seguro.

El “10” que no nos sacamos en otras materias

En las épocas de la revista *Rico Tipo*, cuando algún humorista quería graficar la escena de un golazo, dibujaba a un tipo metiéndose en el arco con pelota y todo, después de haber gambeteado a los once rivales. Detrás del goleador, una multitud de adversarios, muy mareados (solía decirse “marear” por “gambetear”) aparecían despatarrados sobre una línea sinuosa que señalaba el trayecto de la gambeta.

Tal vez por eso no me sorprendió tanto el gol que les hizo Maradona a los ingleses en el Mundial de México del 86. Yo ya lo había visto en *Rico Tipo*, o tal vez en el *Patoruz*ú. O quizás, incluso, en algún antiquísimo gráfico (hoy se diría “infografía”) explicativo de aquel gol que le hizo “Capote” De la Mata a River en lo que, por ese entonces, era la Herradura Monumental de Núñez.

Digamos, entonces, que Maradona no aparece por generación espontánea. Maradona aparece como un fenómeno celeste anunciado, como un cometa Halley ya previsto, para convertirse, por cierto, en un rasgo distintivo de los argentinos –como puede serlo la sonrisa de Gardel o la cadencia tanguera de Piazzolla–, porque, ubicuo, ya estaba en nuestra memoria popular aun antes de calzarse los primeros botines de fútbol. Es la continuidad optimizada (diría un *yuppie*) del Charro Moreno, de Adolfo Pedernera, de Alfredo Di Stefano, del Cabezón Sívori, entre muchos, muchos otros. Y llevó a

niveles de excelencia las virtudes más reconocidas del jugador argentino: la habilidad, el talento, la técnica, la fantasía. Históricamente, se destacaron también en el fútbol, por supuesto, los vigorosos, los combativos, los incansables, los "leoncitos", los "hacha brava", los que pateaban como unas bestias. Pero, pero, el jugador emblemático, el que en cualquier parte del mundo se reconocía como argentino (o rioplatense) siempre fue el de gran manejo, el imaginativo, el mágico, el fantasioso. Y Maradona nos trajo la versión más acabada de ese jugador, la más perfecta, la de última generación. Batistuta es grande, y ya algunos taxistas avispados de New York suelen asociar "¿Argentina?... ¡Batistuta!". Pero, si un marciano llegara a ver jugar a Batistuta y no supiera su nacionalidad, bien podría pensar que el Bati es italiano, o inglés, o bien germano. No solo por ser rubio y de ojos claros, o corpulento. Sino por ser fuerte, noble, potente y empecinado. Pero, si el mismo marciano llegara a ver jugar a Maradona y (por su misma índole marciana) no conociera a qué país pertenece, diría, sin duda alguna: "Este muchacho es argentino". Podría llegar a confundirse, tal vez, con un uruguayo, o con un brasileño. Pero no mucho más. Por eso, en un país como el nuestro, donde la globalización nos va dejando sin rasgos identificatorios, ese sello de identidad es un orgullo que nos hincha el pecho del mismo modo en que lo hinchaba Diego cuando, sacando la lengua, arrancaba hacia adelante con la pelota integrada al pie como si fuera un sobrehueso.

En un mundo donde el capitalismo está logrando alcanzar los objetivos del comunismo con aquello de que "todos los hombres son iguales", visten la misma ropa, usan la misma gorra con la visera para atrás, comen la misma hamburguesa, beben la misma gaseosa y, de última, se mueren de hambre de la misma forma, los argentinos tuvimos un modelo de corte y colores propios. Y aceptado mundialmente.

Un viejo chiste cuenta que un tipo anuncia: “Acabo de firmar un contrato fabuloso con Hollywood. Ahora solo falta que lo firmen ellos”. Nosotros alardeamos siempre de tener la mejor carne, la mejor Policía Federal, la calle más larga y la avenida más ancha del mundo. Solo faltaba que, a ese alarde, lo firmaran ellos, los del resto del mundo. Y eso ocurrió, finalmente, con Maradona. Diego fue el “10” que no nos sacamos en las otras materias. Aquí, sí, apareció el reconocimiento general, la aceptación unánime a un zurdo que simbolizaba una escuela de fútbol y una manera de sentir y expresar esa escuela de fútbol. Ahora estamos viviendo, como diría Passarella, la era post–maradona. Nos hemos quedado sin el ancho de espadas, sin la espada de He–Man, sin la varita mágica. Nos queda, que no es poco, la leyenda. Y permanece intacto, por supuesto, el orgullo, la satisfacción de haber contado con el mejor jugador del mundo. Y el motivo, esta vez sí justificado, para agrandar el ya enorme y remanido ego de los argentinos, motivo de tantos chistes fuera de nuestras fronteras.

Dirá algún diccionario: “Ego. Argentinismo. Terminación exagerada del nombre Diego”. Nos queda, también, a veces, el reflejo luminoso de esa sonrisa ancha desde el palco alto de la Bombonera. Y la discusión de café, permanente, por algún chisporroteo verbal del 10 en una radio. Las controversias sobre ciertas conductas opinables. Las polémicas sobre supuestas actitudes extemporáneas. Sin embargo, a menudo, cuando no encuentro la definición acertada de algún personaje muy complejo, suelo recurrir a la síntesis de las enciclopedias. Y me pregunto: “¿Qué diría una enciclopedia, dentro de cien años, sobre esta persona?”.

En el caso de Diego, supongo que esa enciclopedia dirá, con la austera severidad de las enciclopedias y prescindiendo de chusmeríos, escándalos o escandaletes: “Maradona (Diego

Armando). Genial futbolista argentino que regaló felicidad a todo un pueblo”.

El que gana tiene razón

Es sabido que la mejor manera de ganar un clásico es de forma injusta. Con un gol sobre la hora, viciado de nulidad y después de haber sido peloteados todo el partido. Pero, dejando de lado los clásicos, donde el fanatismo conspira malamente contra el buen gusto, alegrarse por ganar de cualquier manera es como ponerse contento cuando uno va al cine a ver una película que resulta horrible pero donde, finalmente, gana el muchachito.

Yo recuerdo que una vez, un plateísta que estaba detrás de mí en la oficial de Central, le decía a su acompañante: “A mí me gustaba el Central de Griguol, porque nosotros no hacíamos goles, pero ellos tampoco los hacían”. Aparte de lo inexacto del aserto (hubo un Central de Griguol, con Bóveda, Cabral y Kempes, que se cansó de hacer goles) la frase me llevaba a preguntarme: “¿A qué carajo viene este tipo a la cancha?”.

Porque los ingleses diseñaron el campo con dos arcos en cada extremo, y para algo están esas estructuras. El fútbol se nutre de goles o, al menos (dadas las mezquinas épocas en que nos toca vivir), de situaciones de gol. Ocurre que nos hemos convertido en una raza pusilánime, donde el temor al sufrimiento nos hace rehuir de la emoción. Devenimos en seres endebles que anhelan 90 minutos sin sobresaltos de ninguna especie para, finalmente, llevarnos el halago de un puntito a nuestra casa (seamos locales o visitantes). Y hay técnicos que interpretan ese sentir. Trabajan para quitarle trabajo a Favaloro. Ningún respingo para el corazón, ningún

susto para las coronarias. Se amparan en los recovecos de un reglamento que no estipula en ningún lado que está prohibido poner nueve tipos adentro del área propia. Para colmo, en una de esas, después aciertan con un contraataque feliz, capitalizan un rebote afortunado y terminan llevándose los tres puntos. “Inteligente planteo”, dirá la prensa. “Ellos saben lo que vienen a hacer”, llorará el hincha perdidoso. En tanto, el equipo que salió al frente, que fue a buscar el resultado, el que arriesgó para defender el espectáculo y devolverle la guita de la entrada a la gente será “apenas voluntad” y “deshilachados esfuerzos”.

“Solo interesa el resultado”, dirán los que se llevaron el pozo de arrebato. Y, de ser así, ¿para qué se juegan los partidos? Si solo interesa el resultado, ¿por qué la AFA no los sortea? Que la AFA los sortee, ya está. Que se tire una moneda al aire. Si sale cara y gana Central, yo salgo con el auto a tocar bocina por el centro. Por otra parte, cuando el equipo gana jugando mal y uno dice “ganamos, pero jugamos mal”, no lo hace por quejumbroso, o por ser un exagerado de apetito estético sino porque, por lógica, lo más probable es que, jugando así, al domingo siguiente perdamos.

“La gente solo recuerda a los ganadores”, afirman los pseudo–*yuppies* que se rigen por el consejo yanqui de “pisa fuerte y escupe lejos”. Y es mentira. Hay otro valor que pesa en el mercado: lo que queda en el recuerdo de los pueblos. ¿Por qué, aún hoy, la gente se acuerda de Eduardo Lausse, si nunca llegó a campeón mundial? ¿Por qué nos acordamos de Canceco, Pando, Carceo, González y Sciarra, si aquellos “bichos colorados” no alcanzaron la vuelta olímpica? ¿O acaso Holanda del 74 fue campeón mundial? ¿O Camerún, en Italia? ¿Por qué ellos tienen el privilegio de ser rescatados en cualquier conversación sobre el tema mientras que, de otros equipos (Argentina, subcampeón del 90, por ejemplo) ya es difícil, incluso, acordarse cómo formaba?

Por suerte, el fútbol es un negocio. Y, habiendo plata de por medio, los dueños del show saben que (para que dé dinero) un espectáculo puede ser cualquier cosa menos aburrido. El fútbol es, hasta ahora, el único negocio del espectáculo que se permite autodestruirse. Cuando todo el mundo esperaba apreciar el arte de Maradona, su marcador (Gentile, por ejemplo) tenía permiso para pegarle 47 patadas en un mismo partido. Es como contratar a Mercedes Sosa y admitir que se le corte el micrófono, se le quemen las luces y se le hunda el escenario. Pero, para esperanza de aquellos que amamos el fútbol, hoy la FIFA parece tomar medidas para salvar a la gallina de los huevos de oro. Tres puntos al ganador, sanciones a los violentos, prohibición de entregar permanentemente la pelota al arquero. Por otra parte, los equipos modelo, el San Pablo, el Barcelona, el Milan, salen mirando el arco de enfrente, toman riesgos, apuestan fuerte, saltan a la cancha con audacia y autoridad, como dicen los españoles. Y ganan jugando el fútbol que le gusta a la gente. Porque la gente sabe distinguir entre fútbol bien jugado y fútbol meramente lindo. Entre el jugador en serio y el jugador calesitero. Nadie supone que tirar un caño, hacer un sombrero o tener la pelota sobre el empeine catorce minutos sin crear ni una sola opción de gol en el arco contrario sea jugar bien. De ser así, todos los pibes que acortan el tedio de los entretiempos haciendo jueguito con la pelota llegarían a figuras. Y no lo consiguen.

“El que gana tiene razón”. No sé quién dijo esa frase. Pero la podría haber dicho Hitler luego de invadir Polonia.

El símbolo auriazul de tu divisa

Azul y amarillo. A franjas finas verticales.

Un azul oscuro, pero sin ser tan oscuro como para confundirse con la de Peñarol. Y las franjas angostas, como para no confundirse con la de Atlanta.

Cuello y puños azules. Cuello redondo, generalmente. Y la franja del medio, la que pasa sobre el esternón, la franja donde se duerme la pelota cuando viene de aire, amarilla.

Estoy hablando de la camiseta clásica, por supuesto. La histórica. La que yo vi y que me mostró de cerca Marito, porque se la había regalado el Kily González.

Chiquita, si se quiere. Y de un amarillo que, con el sudor, se ponía naranja. Y no tenía tanta porquería encima. Ni marcas de empresas, ni escuditos, ni tramas ni jaspeados. El número, apenas. Y más bien chico. Tal vez demasiado ascética, para mi gusto, casi japonesa.

Hay camisetas que, como dirían los cordobeses, parecen “basura de corso”. De cerca, uno aprecia miles de detalles, de elementos: vivos, ribetes, fileteados, impresos y degradé. De lejos, queda un gris informe, sucio, ilegible. “Es para evitar las imitaciones”, dicen los responsables. Pronto, las camisetas se confeccionarán en la Casa de la Moneda.

Central tuvo algunas sofisticaciones. En la época de Menotti, solía salir con una camiseta en tono amarillo mostaza, con finísimas rayitas verticales azul oscuro. Eran delicadísimas, pero para ir al cine, no para jugar al fútbol. Cada tanto, en algún que otro

campeonato, el azul se torna más celeste, más brillante, y la casaca luce más vistosa. O sufre ataques de revisionismo, y aparece con una camiseta de cuello en “V”, cerrado no por botones, sino por cordones, como los que usaba Fogel. Pero, en materia de audacias, nada como la del diseñador técnico ítalo–argentino Miguel Ignomiriello, quien lanzó a su equipo al campo, una soleada tarde de hace una punta de años atrás, con la auriazul clásica, pantaloncitos azules de raso, medias grises y sobre la casaca, un saco azul cerrado al medio con dos botones. El Negro Néstor Lucas Cardozo, recio marcador de punta de la época, aún conserva aquella foto, y la muestra orgulloso a quien quiera verla, diciendo que es la de su Primera Comunión.

A veces solemos

A veces solemos comentarlo entre nosotros, en familia. Nunca lo contamos a nadie, conscientes de que nadie lo puede llegar a creer o, de creerlo, se nos tornaría trabajoso y desagradable, en realidad desagradable, relatarlo.

Incluso dentro de la familia, apenas si somos cuatro los que estamos al tanto de lo de la cara de Juan. De lo de la carita de tío Juan. Lo curioso es que él pudiera vivir tantos años en casa ocultándolo. Y que, de no mediar lo de aquel ataque (una suerte de hemiplejia), tal vez nunca nos hubiéramos enterado.

Juan tendría, calculo, ya cerca de sesenta años la tarde en que tomando su sempiterno mate cocido con galletitas Express cubiertas de membrillo, se inclinó pesadamente sobre la mesita de la cocina, crispados los puños y los ojos cristalizados. Cuando con Mari y Quica lo llevamos hacia la cama con la torpeza propia de las familias sanas, Juan se vomitó todo encima. Allí, mientras Quica invocaba la ayuda celestial, porque el teléfono del doctor Grossia (el Negro Grossia) estaba ocupado, Mari, con todo el asco tironeándole la comisura de los labios, emprendió la tarea de cambiar de ropa a Juan, hediondo de vómito y de Omanol.

Me acuerdo que cuando quedó en camiseta vimos, casi debajo de la axila derecha, algo que levantaba la tela transpirada. “Un sobrehueso”, creo que dijo Mari, solivió el cuerpo magro de Juan y le sacó también la camiseta. Tenía, casi a seis o siete centímetros del sobaco, una cara, una carita como acartonada, tiesa, como una

máscara. El promontorio que se marcara en la camiseta era la nariz, apenas respingona; los ojos estaban cerrados, no tenían pestañas y un ralo vello amarillento marcaba las cejas. La boca, cerrada y pequeña, se notaba que no podía abrirse, que era como las bocas de las muñecas, parecía pintada, pero en color natural nomás, no con el rojo chillón de los malcriados. Toda la cara rezumaba una especie de placidez tonta, una tranquilidad ingenua y a mí me pareció que tenía cierta resignación trágica.

Como Juan reaccionaba ya con los efectos de un licor de huevo generosamente administrado, decidimos no llamar a Grossia que, a pesar de ser el médico de la familia (atendió a Quica cuando tuvo tifus a los cuatro años), no sabíamos cómo podía reaccionar ante la anormalidad de Juan, extrañamente espantosa.

Comprendimos entonces, recuerdo que después charlamos con Mari, por qué Juan nunca andaba en cueros por casa. Incluso en tardes de verano en que parecía que el toldo se venía abajo hinchado de sol, él salía al patio con su saco pijama celeste y un pañuelo de seda al cuello que arreglaba minuciosa y reiteradamente con sus manos blancas y finas. “De violinista”, decía Quica, que estoy seguro que nunca vio ninguno.

Nosotros siempre atribuimos tal recato a la falta de confianza que aún frenaba a Juan en nuestra presencia (él vino a casa ya grande, cuando murió papá). A pesar de que lo instamos a ponerse cómodo, siempre nos contestaba que no, que así se transpiraba menos y que se sentía bien (tío Adalberto solía decir lo mismo).

Por otra parte, rememorando, reconocimos que Juan nunca había estado enfermo antes ni había sido necesario revisarlo. Él vivía en el altillo del fondo, muy lejos de cualquier curiosidad, curiosidad que, al menos de nuestro parte, ya había desaparecido con la adolescencia.

Cuando Juan mejoró, y fue pronto, le comentamos el descubrimiento.

Casi no acusó el impacto. Trató de restarle importancia al asunto. Dijo que siempre lo había tenido, que no le molestaba más que una rodilla o, si se quiere, una oreja, por ejemplo.

Lógicamente, siempre lo había ocultado porque no quería convertirse en objeto de estudio o de circo, pero las privaciones no habían ido más allá de no ir a la pileta o al río, cuando joven.

Le manifesté mi extrañeza por la expresión de la carita, un rostro juvenil, ajeno a la edad del mismo.

Juan me dijo, y confieso que me estremecí, que, en una oportunidad, no hacía mucho, revolviendo fotos viejas, halló una de cuando él iba al secundario, donde advirtió que en esa época él era idéntico al rostro de su flanco.

Nos tranquilizó, luego, considerando que había que tomar tal fenómeno como una dureza callosa o algo así.

A pesar de que nunca pudimos olvidar esa cara, la vida siguió su curso normal, y Juan, ya recuperado, jamás volvió a tocar el tema.

Cuando murió, el año pasado, lo vestimos con el mismo traje azul marino que tenía cuando era jefe del Correo y lo pusimos en el cajón. Yo no sé, no quiero fantasear, y sé que puedo equivocarme o tal vez estaba algo impresionado, pero cuando lo desnudamos con Quica por última vez, cuando ya Quica le ponía la camiseta de frisa limpia y le levantaba los brazos para bajársela, no sé, puede haber sido transpiración de Quica o algo así, pero me pareció que se le caía una lágrima, en serio, a la carita, aún joven.

Desde El Cairo

Muchos, pero muchos años después, en un lujoso libro de fotos sobre el convulsionado mundo anterior a la Segunda Guerra, encontré una foto a doble página, hermosa, de un grupo de oficiales ingleses tomando el té en la terraza del hotel Shepheard, el mismo donde yo había parado con Liliana, en El Cairo, a comienzos de los años 80. El Shepheard, tal vez, no contaba con algunas ventajas confortables como las que ofrecen los hoteles de las grandes cadenas americanas (aire acondicionado, por ejemplo, bingo), pero tenía (supongo que aún tiene) un clima, una atmósfera, un tono, de ventiladores de techo y puertas acanaladas, tipo persiana, que daba la impresión de que uno podía encontrarse, en cualquier momento, con Humphrey Bogart tomando un whisky en la cafetería de la planta baja.

Viejo ladrón de papelería, aún conservo hojas de papel carta del Shepheard, destinadas para alguna ocasión especial como ser escribir mi demorada declaración de amor a Sandra Bullock.

Cuando Serrat –volviendo al tema– canta aquello de “no me siento extranjero en ningún lugar”, tal vez lo haga porque no estuvo en El Cairo. En cualquier sitio de Europa uno detecta, más o menos, rasgos de sí mismo. En El Cairo me sentí extranjero, realmente, aun cautivado por la cosa árabe. Nos costó darnos cuenta –a mí y a Liliana– que, cuando los egipcios se gritan en la calle, gesticulan y parecen estar a punto de agarrarse a trompadas, se encuentran, simplemente, conversando o intercambiando trivialidades. O

habituarnos al coro constante de bocinazos, estruendoso, como cuando en la Argentina se gana un Mundial.

El tráfico es caótico y es frecuente recorrer calles repletas de talleres de chapería y pintura, servicio lógicamente provechoso ante tanta confrontación automovilística. Entre los autos, circulan, además, pastores con sus majadas de ovejas y parejas de hombres maduros tomados cándidamente de la mano, como niños.

Por todas partes nos seguían chicos ofreciendo "Alabaster, alabaster", piedras que, supongo, tendrán algún valor especial aparte de pesar como ladrillos en las valijas. Pero lo que no hay que perderse, bajo ninguna circunstancia, es el mercado, el zoco, al que llamaré "mercado persa" con arbitrariedad étnica. Cientos de callecitas, callejas y callejuelas, cubiertas del sol por toldos o unidas en lo alto por arcadas, túneles por momentos, donde se encuentran miles de negocios diferentes.

Es difícil para el ojo humano procesar todo lo que se está viendo al mismo tiempo, como sucedía con aquel famoso Aleph, de Borges, antecesor notorio del televisor. En un mismo salón pequeño puede haber, aquí, un puesto de especias aromáticas; allá, un carnicero trozando un cabrito sobre su mostrador de ventas; atrás, una tapicería, y, al fondo, una puerta contigua que da a una peluquería o a una escalera que sube hacia un negocio de lámparas. Todo junto, todo abigarrado, lleno de detalles y, lógico, de arabescos.

Y los bares, en habitaciones minúsculas o sobre la calle, con egipcios tomando bebidas de colores raros o fumando narguiles que enfrían su humo en un líquido verde. Y la música, rápida, machacante, enrevesada, permanente y árabe. Nada de Aerosmith, nada de Michael Jackson, nada de la Mona Giménez.

En el hermosísimo mercado de la ciudad vieja de Jerusalén, en cambio, o en el Gran Bazar de Estambul, por ejemplo, había ya filtraciones globalizantes. Uno podía escuchar música (Dios sea loado) de Julio Iglesias o emocionarse ante camisetas con la

respetada imagen de Los Tres Chiflados. Pero en El Cairo no. En El Cairo, uno se mete en el laberinto del mercado y vuelve a los viejos, auténticos y románticos tiempos de *Su alteza el ladrón*, con Tony Curtis y Piper Laurie.

Por eso, si usted viaja a El Cairo ("La Ciudad", en no sé qué idioma) vaya antes que nada al mercado. Aun antes de ir a visitar las pirámides, que siempre han estado allí y lo seguirán estando, tan invariables, eternas e imperturbables como la Esfinge (tengo, por supuesto, una foto allí mismo, trepado sobre un camello, con un aspecto de Lawrence de Arabia de cine clase D, hecha para la televisión).

Y ruegue, eso sí, con no encontrarse, hoy por hoy, con que al mercado lo ha comprado George Soros o que el barcito donde se fumaba narguile es ahora un Hard Rock Café donde usted podrá apreciar la guitarra que tocaba Elvis Presley en *Amor en Hawai*.

Así hablaba el magyar

La que yo digo era en blanco y negro, se llamaba *Match en el infierno* y la dieron hace mil años. Era una época en que íbamos siempre al cine, especialmente con Fernando y, muchas veces, veíamos tres películas seguidas, entrando al cine a la siesta y saliendo cuando ya era de noche.

Nadie podía imaginar ir al cine a ver una sola película, como ahora, o ir a ver la película principal y no la de complemento. Eso era como tirar la guita, como estafarse a sí mismo. Por esa razón vimos tres veces, con Fernando, *El rubí sangriento*, una película de pistoleros en Centroamérica, con ventiladores de techo y un malo que masticaba cacahuetes, andaba en silla de ruedas y terminaba haciéndose pelota al venirse en banda por un precipicio. La única virtud, quizás, de *El rubí sangriento*, era que siempre, no sé por qué misteriosa lealtad, iba de complemento con las de Jerry Lewis. Y nosotros éramos fanáticos de Jerry Lewis.

Lo cierto es que, apenas nos enteramos de que *Match en el infierno* era de fútbol, nos fuimos con Fernando de cabeza al Monumental. Creo, incluso, que fuimos mucho más temprano, creyendo que había preliminar de reserva. Y era polaca, o checa (tendría que preguntarle a Daniel). Una película seria, de esas con poca música, como *Kanal*, y que terminaba para la mierda, como deben terminar las películas serias. Nada que ver con la fantochada esa de *Escape a la victoria*, que dieron hace poco, como segunda

versión en tecnicolor y cinemascope de aquella digna *Match en el infierno*.

Por supuesto, por respeto a la memoria de la primera, no fui a ver esta otra, máxime cuando me enteré que atajaba Sylvester Stallone. Me pareció bien que, en un film donde laburaban Ardiles y el negro Pelé, entre otros, lo mandaran al arco al troncazo de Rambo pero, así y todo, juré no volver al cine mientras atajara ese tipo. De cualquier manera, después, me enteré del resultado de la película por la radio y por los diarios: por supuesto, todo había sucedido como yo lo temía. En lugar del final amargo y lógico de la versión antigua, acá los prisioneros del campo de concentración no solo ganaban el partido contra los guardianes nazis, sino que, en medio de la euforia entendible de su sufrida parcialidad, aprovechaban el festejo y se piraban del cautiverio aumentando la decepción del Tercer Reich. No podía esperarse otra cosa de Stallone. Si no había considerado un producto comercialmente vendedor la derrota norteamericana en Vietnam, al punto de trocarla en victoria en su delirante colección de Rambos, ¿cómo podía esperarse que aceptara el áspero epílogo de *Match en el infierno*? Sylvester es de los que no se aguantan esas cosas, como no se aguantó el final de *Primera sangre*, el atrapante librito de David Morrell, de donde sacara a John Rambo. En *Primera sangre*, el ex combatiente de Vietnam termina recagado, pero bien recagado a balazos, como muy lógico corolario para cualquier tipo que le pegue a la policía, mate a varios de ellos y, por si todo esto fuera poco, destruya un pueblo de punta a punta. Sylvester consideró que no era constructivo deprimir así a sus compatriotas y, en su película, si bien Rambo termina llorando como un mariquita, queda lo suficientemente vivo como para enfrentar los futuros riesgos de varias superproducciones más. No tengo dudas de que si, el día de mañana, Stallone decide poner de nuevo en la pantalla *El extranjero*, la de Camus, no terminaría muriendo en una pestilente cárcel árabe como le pasó a Marcello

Mastroianni. Sylvester encabezaría un motín para escaparse con el resto de aquellos desdichados y se casaría por fin con la hija del jeque tras poner entre rejas a Yasser Arafat, al Comandante Carlos y a un centenar de fedayines de “Septiembre Negro”.

Pero a lo que voy es a esto, retornando al tema de la remota *Match en el infierno*: esa película me dejó una frase reveladora, un mensaje para la posteridad. Presten atención. Porque muchas veces uno va a ver infinidad de películas que se promocionan y anuncian como verdaderos reservorios de mensajes fundamentales: “Una película que cambiará su vida”, dicen los anuncios; “Una revelación que lo acercará a la verdad como una luz cegadora”, prometen. Y pese a que uno es reacio a ilusionarse pensando que por la exigua cantidad de dinero que insume una entrada de cine alguien puede revelarle el recóndito secreto de la existencia, esos clarines publicitarios suelen atraerlo. Por supuesto, luego, dichos mensajes no son para uno, sino para la dama o el caballero que está sentado al lado y, en la mayoría de los casos, la película no se entiende un carajo. A veces sí, un destello extraño parte de la pantalla como si un rayo perdido del haz de luz escapado del proyector rebotara en ella y se nos clavara entre los dos ojos como una astilla de plata. Me pasó una vez a mí, en una película que agarré empezada, de complemento, y me dejó completamente pelotudo. La película se llamaba *Cleo de 5 a 7* y, aún hoy, no he podido explicarme el porqué de tamaño impacto. Tampoco han podido explicármelo los psicólogos, quizás porque de 5 a 7 sea una sesión demasiado prolongada para ellos.

Pero retomemos a *Match en el infierno*, que es a lo que quiero referirme, y a esa frase que conjuga el mensaje pleno de sabiduría y realismo. Pero vayamos por parte.

Primer tiempo

Voy a refrescar un tanto la línea argumental de aquella película para explicar al lector inadvertido, más o menos, por dónde va la cosa.

La acción transcurre en un campo de concentración alemán, en la Segunda Guerra. Para celebrar ya no recuerdo qué, una celebración que convocaba a varios líderes nazis, los capos del campo deciden hacer un partido de fútbol entre los guardianes y los presos. Los presos aceptan, a pesar de que no se los veía ni con el mejor ánimo ni con un excelente estado físico. Pero tenían una carta en la manga: entre ellos había un húngaro que era jugador profesional, que la rompía, la hacía trapo. Supongo que había allí una resonancia ligada a la realidad, no sé si Ferenc Puskas, o Sándor Kocsis o József Bozsik, alguno de aquellos integrantes de esa formidable línea delantera húngara. La cuestión es que este tipo, el húngaro que la hacía de goma, se llamaba, o le decían, Jo (¿sería ese el nombre? ¿por qué me viene a la memoria, si no? Muy bien, no importa). Los prisioneros, una multinacional de harapientos, comenzaban entonces un duro período de entrenamiento bajo el permiso alemán, para enfrentar a la fuerte escuadra de la Cruz Gamada. Jo estaba muy animado ante la posibilidad de volver a ponerse los cortos, pero, ¿qué ocurre? ¡La verdadera intención del grupo de prisioneros era escaparse! Huir del campo de concentración aprovechando las relativas libertades que les daban sus captores. Cuando le comunican eso a Jo, este se chiva realmente. ¡Él quería jugar el partido! ¡A él que no le vinieran con el asunto de pirarse cuando ya se veía de nuevo pisando el verde césped y había atesorado en sus oídos el embriagador repique del balón sobre la grama! ¡El partido estaba hecho y nadie de ley, nadie que sea verdaderamente futbolero, sea chorro o vigilante, deja de lado un desafío para escapar de un campo de concentración por más fulera que sea la comida! Los otros muchachos, la contra, habían conseguido camisetas para todos, tenían la pelota, habían alquilado la cancha, habían hablado con el referí, hasta les habían puesto redes a los

arcos. ¡Y ellos se iban a pirar antes del partido como unos maulas! ¿Quién iba a querer, después, hacerles un partido a los prisioneros? Por supuesto, cuando se lo dijeron, Jo se puso para la mierda. Y fue ahí, ahí mismo, cuando pronunció esa frase que para mí se inscribe entre los grandes *speeches* del cine mundial, comparable al discurso de Marlon Brando ante el cadáver de Julio César, o a los argumentos de Spencer Tracy en *Heredarás el viento*. Jo agarró la pelota, la tiró para arriba, la durmió en el empeine cuando caía y dijo: "El fútbol es sagrado".

Aunque sea difícil de creer, pese a la magnificencia del pensamiento, el resto del plantel no le dio bola, no se impresionó ante su retórica, no advirtió que estaban ante una sentencia que cortaba de un tajo la historia del más popular de los deportes.

Le contestaron que ganando o perdiendo eran boleta, que había que huir antes.

Jo, de mala gana, lo acepta. Intentan escapar, entonces, y los atrapan. Ante esa falta de espíritu competitivo, los alemanes, respetuosos del programa ya impreso, atentos a un público que saboreaba de antemano el encontronazo deportivo, pero sin olvidar los requisitos disciplinarios exigidos por la FIFA, emiten un fallo: la lista de buena fe del equipo de prisioneros, completa, será fusilada luego del encuentro, fuera cual fuera el resultado.

Segundo tiempo

Para hacerla corta: juegan y, en el primer tiempo, los germanos los pasan por arriba. En base a sus virtudes históricamente reconocidas, empuje, velocidad y pases largos, el *team* de los teutones, donde militaban un par de rubios que sabían, se va a los vestuarios con una nítida y justa ventaja, hay que reconocerlo. Colaboró con ese resultado, por cierto, el prácticamente nulo aporte de Jo para su equipo. El húngaro no había podido superar, era notorio, el duro

impacto emocional que significa, para cualquier volante creativo, saber que será fusilado luego de las duchas. Debemos recordar, también, que los magyares son algo latinos y, por ende, más propensos a sufrir anímicamente las presiones del entorno.

Pero algo ocurre al comienzo del segundo período que transforma a Jo. No lo recuerdo muy bien. Tal vez lo que varía su conducta es que se veía venir una goleada memorable y un toque de novela ante el "ole" enfervorizado de la parcialidad germana. Yo creo que eso fue lo que tocó la fibra del jugador internacional. Ese relajo, es "tomala vos y dásela a Hans" desató el tigre dormido que habita en el orgullo de todo jugador que se precie. "La puta madre que lo reparió –habrá pensado Jo, por más caído que estuviese– ¿Cómo me van a venir a dar un toque, a mí, estos troncos?".

Porque, convengamos, el equipo alemán era bueno, pero bueno para jugar entre los giles. Jugando con algún rejuntado de oficina la podían pisar más o menos, pero no eran ni Beckenbauer ni Gerd Müller ni Bonhof ni ninguno de esos. Y el otro, el Jo, había sido internacional de los magyares, mi querido. De los magyares que, con Ferenc Puskás a la cabeza, darían la izquierda más esclarecida del comunismo y en el 53 les harían la fiesta a los ingleses por 6 a 3 en el mismísimo estadio de Wembley.

Tercer tiempo

La cuestión es que Jo se enojó, cazó la globa, la puso bajo la suela y andá a cantarle a Gardel. En treinta minutos dio vuelta el partido, hizo tres pepas y hasta le puso la pelota del gol del triunfo al narigoncito judío que jugaba de once y que tuvo la mala ocurrencia de ir a gritárselo a la tribuna alemana, adonde estaba la barra brava de los nazis. Los alemanes se enojaron y no esperaron hasta la pitada final. Ahí nomás los cagaron a tiros a todos, certificando que es muy difícil ganar de visitantes.

Abandonamos el cine, aquella tarde inolvidable, convencidos de que, si bien finales violentos como aquel le hacían mucho mal al fútbol, habíamos acuñado una frase rectora para toda la vida.

Desde aquella revelación hasta nuestros días, nunca me he sentido solo en el inquietante sendero de la existencia.

Cuando algún irresponsable, algún advenedizo o inimputable me invita a una tertulia literaria un sábado por la tarde, o insiste en convidarme a cenar una noche en que se televisa un partido de fútbol en directo, las sabias palabras del talentoso volante creativo húngaro vuelven a mis labios para abofetear al atrevido. Y este ya no reitera su afrentosa oferta. Sabe que no hay razones, ni argumentos, ni sobornos, que tuerzan el soberano designio de lo sagrado.

A bordo del Fierce Toad

Poca gente conoce ese capítulo de mi vida, y en esa gente incluyo a familiares y relaciones muy cercanas. Me estoy refiriendo a los dos meses en que fui piloto de combate a bordo del portaaviones americano Fierce Toad, en aguas del océano Índico. Admito que aquellos que me conocen a través de mis ensayos, mis relatos, mi enérgico aporte como pensador o, incluso, mi desempeño como duelista, pueden asombrarse al descubrir este perfil, tal vez inesperado, de mi vida.

Pero confieso que ya escribí sobre el tema, cambiando nombres, lugares y fechas, en aquel cuento memorable llamado “Aterrizaje nocturno”, incluido en mi exitoso libro *Uno nunca sabe*. Obviamente, la alteración de datos respondió a un expreso pedido del almirante Gilbert F. Durrance, por elementales razones de seguridad de la Sexta Flota.

¿Qué pudo empujar a un intelectual como yo, poco dado a los eventos riesgosos, más propenso a las largas cavilaciones sedentarias que a la acción pura, decidirse a pilotear uno de esos rugientes monstruos voladores que surcan el espacio a velocidades de vértigo? Pues bien, debo confesar que, en ese entonces, yo estaba un tanto aburrido de la fama. Algo harto, también, del acoso femenino luego de que la revista *Cardigan* me considerara el metrosexual más impúdico de Latinoamérica. Y abatido, lo reconozco, por el desafortunado duelo con Lord Irving Wetmore debido al enojoso tema de las islas.

Resulta que unos vecinos de Rosario y yo habíamos enviado una tajante carta a la Cámara de los Comunes exigiendo que, si Gran Bretaña persistía en su dominio sobre las Islas Malvinas, la Argentina, a cambio, debía quedarse con Irlanda. Lord Wetmore se sintió ofendido y me retó a duelo, sabiendo que no soy hombre de rechazar esos lances. Acepté el reto aun sabiendo que Wetmore había sido seleccionado por el director de cine Ridley Scott para filmar *Los duelistas*, papel que no aceptó por razones de edad, ya que superaba los 86 años. Nuestros padrinos acordaron un duelo a sable, a segunda sangre, en territorio neutral. Suiza, por supuesto.

Yo jamás había empuñado un arma blanca ya que todos mis duelos previos fueron a pistola. Lo cierto es que Wetmore precipitó la primera sangre hiriéndome malamente en una oreja. Allí fluyó mi sangre italiana, festiva y rumorosa, descendiente de Susana Fontanarrosa, madre de Colón, nacida en Génova. En la segunda sangre, brotada de un tajo artero en la nalga diestra, afloró mi sangre francesa de rama materna, los orgullosos Lac Prugent, mezcla de corsos y sefardíes. Wetmore, entonces, previendo quizás mi enfurecida reacción, adujo enfrentarse en desigual combate con una alianza de nacionalidades. Arrojó el sable y se marchó, dejándome confuso y sin revancha.

Deprimido, escribí entonces a la marina norteamericana, solicitando que me aceptaran como piloto de jet. Yo tenía cierta experiencia, detalle que remarqué en mi carta al almirante Durrance. De adolescente me apasionaba el aeromodelismo y tengo aún en mi estudio un par de maquetas de aviones a hélice. Leí, asimismo, *Elegidos para la gloria*, el apasionante libro de Tom Wolfe sobre los astronautas, marcando, incluso, algunos párrafos con bolígrafo azul.

¿Qué empujó, de todos modos, al Alto Mando Aeronaval con base en la isla italiana de la Magdalena, a confiarme el control de un formidable Tomcat F27–N, cuyo valor se calcula en más de 758 millones de dólares, en su versión sencilla, sin consola luminosa ni

butaca reclinable? Muy sencillo: históricamente, los yanquis han preferido mandar al combate a los negros, a los hispanoparlantes u otras minorías étnicas, no sajonas, dispuestas a cualquier cosa en procura de hacerse de la mágica *green card*. Ya no quedan hondureños en Yonkers, lo sabemos. Y hay más salvadoreños en Irak que en Chalatenango.

Lo cierto, lo real, lo concreto es que, tres meses después de haber enviado la carta, surcaba yo la noche sobre el océano Índico, piloteando mi Tomcat a dos veces la velocidad del sonido, pertrechado con más armamento sobre mis alas que el que pudiera almacenar cualquier país soberano de los llamados "emergentes".

Despegar y aterrizar sobre un portaaviones es el ejercicio más riesgoso y difícil del mundo, cualquiera lo sabe. Depositar una bestia metálica de más de 476 toneladas, a velocidades de Match 1 sobre la oblicua, corta y angosta pista de una nave en marcha que se sacude de izquierda a derecha y de arriba a abajo, no es para cualquiera, lo juro. Para colmo, de pronto, a poco de alistar mi avión para el descenso, me llegó el mensaje fatídico desde el Fierce Toad.

–Franela Uno –reconocí la voz del capitán Wakelin–. Se nos ha cortado la luz a bordo, no hay energía eléctrica en el portaaviones. Nos estamos comunicando gracias al equipo electrónico de emergencia. Confío en que lo solucionaremos a la brevedad. Manténgase sobrevolando la zona.

Controlé mi combustible. No me quedaba casi nada. Siempre prefiero volar liviano, a tanques semivacíos, costumbre que me quedó de mi paso por la Fórmula Uno.

–Franela Uno a Moño Cero –contesté–, intentaré bajar de todos modos.

Pero aquella no era mi noche. Otra vez escuché la voz del capitán Wakelin, algo alterada.

–Franela Uno –dijo–. Llega un informe meteorológico desde Djakarta. Ya tenemos encima al tifón Ana, que acaba de arrasar la

ciudad de Padang, en Sumatra.

Me mordí los labios. No era poco para un vuelo de bautismo. Un rayo, zigzagueante y rojo, certificó lo anunciado por el capitán, reventando contra el fuselaje de mi avión como una bomba. Creí perder el control de mi nave. Logré estabilizarla e hice un recuento de los daños. El vidrio de la carlinga se había partido como un melón y ahora el agua de la tempestad entraba como catarata sobre mi cuerpo. Los dos alerones posteriores se habían desprendido, el ala derecha solo estaba sostenida por un perno y escuchaba un gorgoteo en una de las toberas que no me gustaba nada. Para colmo, un pedazo de palmera traído por el tifón de quién sabe dónde, había pegado contra la panza del Tomcat trabándome el tren de aterrizaje que, obviamente, no bajaba.

–Intentaré aterrizar sin ruedas –advertí al Fierce Toad, procurando dominar mi avión que se sacudía como entre las fauces de un depredador gigante.

–Franela Uno –me reconfortó de nuevo la voz de Wakelin en los auriculares–. Toda la tripulación del Fierce Toad subirá a cubierta con antorchas, para guiar su aterrizaje.

Me conmovió el mensaje. En aquel momento dramático afloraba el viejo sentido de cuerpo de la US Navy, como en Saipán, Guam, Guadalcanal, *Apocalypse Now* o *Regreso del infierno*.

Me pareció extraño que cesaran, de pronto, los rayos y relámpagos que iluminaban la noche como de día, ya que persistía el ulular del viento y el traqueteo ensordecedor de los truenos. Fue cuando descubrí la horrible verdad.

–Franela Uno a Moño Cero –comuniqué, en verdad, contrito–. Me he quedado ciego. Posiblemente un trozo de tejado arrancado por el meteoro en la ciudad de Padang me golpeó el cráneo. Tengo rajado el casco. Me sangra una ceja. Intentaré aterrizar guiándome tan solo por el sonido del choque de las olas contra los flancos del portaaviones y el silbido del tifón entre los cables.

–Haces bien, muchacho –oí a Wakelin–, porque lamento decirte que aquellos que subieron a cubierta portando antorchas fueron barridos por una ola formidable y ahora son pasto de los feroces escualos.

–Recen por mí –pedí, pese a mi acendrado descreimiento, y recordando aquel libro de Pierre Closterman, *En el cielo no hay ateos*.

No sé cómo lo hice. Juro que no lo sé. Hoy puedo contar todo esto completando el relato gracias al aporte de Naomi Fogle, una enfermera que siguió la trayectoria de mi descontrolada nave desde el puente de telemetría a la luz de los relámpagos, los rayos, las centellas y las llamas que provenían del arsenal de popa del Fierce Toad donde una colilla de cigarrillo había desatado un voraz incendio.

Al parecer, mi Tomcat, gracias a mi aproximación acústica, encaró la cubierta del portaaviones más de una vez, fallando el contacto. Naomi Fogle jura que creyó, en repetidas ocasiones, que mi avión se estrellaría contra el barco o que se pulverizaría sobre el mar. Pero, al vigésimo intento, ya sin combustible y perdida parte de la trompa por la borrasca, atropelló como una exhalación sobre la cubierta, exacto y preciso, arrancando millones de chispas de la superficie empapada. Hubo un rugido insoportable cuando apliqué la reversa de las turbinas para frenar mi impulso supersónico.

–Pensé –solloza Naomi al recordar– que lo había logrado, que Bob lo había hecho, que había conseguido el milagro de aterrizar en medio de la tempestad, la oscuridad absoluta y el caos instrumental. Fue cuando sucedió.

Y lo que sucedió fue el choque. El choque y la explosión aterradora. El calor abrasador. Y la nada.

Retomé la conciencia tres días después, en una camilla de la enfermería del Fierce Toad, que navegaba calmo, como si nada hubiera sucedido.

–Has vuelto a ver –se complació, a mi lado, el capitán Wakelin.

–Fue solo un golpe –dije, tocándome la ceja–, que me afectó la vista momentáneamente.

–Lo tuyo apuntaba a ser un aterrizaje histórico, muchacho –reconoció Wakelin–. Como nunca yo había visto bajo condiciones tan adversas. Lograste alinear al Tomcat perfectamente para detenerse...

–Y... ¿qué... qué sucedió? –pregunté, confuso.

–Atropellaste una vaca.

–¿Una vaca?

Wakelin asintió con la cabeza.

–¿Viva?

Otra vez Wakelin aprobó con la cabeza.

–¿Se cruzó en la pista?

–Sí.

–¿Y cómo llegó hasta allí?

–No lo sabemos. El almirante Durrance ha ordenado una investigación. Es un caso grave de desidia.

Ocho días después, ya repuesto de mis fracturas expuestas, pedí la baja. El episodio de la vaca colmó mi paciencia. Conservo aún una de sus astas, que hallé dentro de uno de los retorcidos lanzamisiles de mi avión.

Hoy por hoy, retomada mi actividad de ensayista, pienso en aquella aventura y encuentro todo un poco loco. Por cierto, sigo pagando, mes a mes, obedeciendo a un plan de pagos que ellos me ofrecieron, el costo total del destrozado Tomcat, porque el seguro no cubría ese tipo de accidentes. El almirante Durrance me dice que, si lo de la vaca se resuelve favorablemente, me reintegrarán el dinero. Pero, sinceramente, a esta altura de los acontecimientos, ya no lo creo.

¡Humille, Maestro, humille!

Yo siempre digo, en mis frecuentes ataques de megalomanía, que si algún día se filma la película sobre mi vida (una comedia ligera) la música de fondo deberá ser la transmisión de un partido de fútbol (aparte de que el protagonista fuera Brad Pitt).

La transmisión radial de los partidos ha sido la música que me ha acompañado toda la vida. Desde que era chico, en mi casa, en la casa de mis tíos, los domingos a la tarde, mientras yo jugaba con otra cosa, sin prestarle demasiada atención, sin saber, casi, de qué se trataba, estaba siempre esa musiquita lejana y machacante, casi un rap de palabras apretujadas, monocorde a veces y que solía elevar imprevistamente su volumen. Cuando escucho esa música, entonces, cerca o lejos, siento como que todo está bien, que todo funciona, que el mundo sigue andando.

Mi viejo no era muy entusiasta del fútbol, pero sí un apasionado del básquet. Estaba más cerca sentimentalmente de Rosario Central que de Newell's Old Boys porque era un peronista emocional y siempre Central ha sido el equipo popular, "verdulero y peronista", mientras que Ñuls era el equipo de los "oligarcas". No iba mucho a la cancha, pero cuando iba, solía hacerlo con los amigos y se negaba a llevarme porque, sin duda, debía cuidarme de los apretujones en la popular o, en su defecto, comprar plateas, lo que le significaba un gasto desequilibrante.

Por fin me llevó a ver un partido de Central y Tigre, que ganó Central por goleada, a la popular nomás, una tarde en que llovía. Allí

comprendí –lo constataría luego con mi hijo Franco– que uno debuta como espectador en partidos poco importantes, donde no haya multitudes, nunca en un clásico o en un encuentro con Boca o con River. No solo por proteger al hijo de las avalanchas sino porque a nadie le gusta llevar a hacer pis a un niño mientras se ejecuta un córner angustioso.

De todas formas, los que encendieron definitivamente mi pasión por el fútbol y por Rosario Central fueron mis amigos Fernando y Alejandro Gutiérrez. Fernando era mi compañero de banco en tercer grado de la primaria y ya era muy "canalla" (mote que se le brinda a los hinchas de Central). Su padre, el Rafa, los llevaba a él y a su hermano, Alejandro, cada quince días a la cancha y le resultó sencillo llevarme con ellos. Nació allí un sentimiento que se lleva luego con uno para toda la vida, como una cicatriz, y genera una lealtad que no se tiene ni con la esposa, ni con la madre, ni con la patria.

Paralelamente, comencé a jugar al fútbol. Y allí uno descubre algunas de las causas por las cuales el fútbol gusta tanto. Una de esas causas, tal vez la principal, es esta: es un juego muy lindo. Así de simple. Cada tanto, y sospechosamente cerca de los Mundiales, suelen aparecer ensayos cuestionando (con razón) el fútbol profesional y su arrasador mercantilismo. Y pienso, entonces, que se toca tan solo la punta de un enorme iceberg. Debajo del pequeño triángulo emergente existen (al menos en la Argentina) miles y miles de niños, jóvenes, no tan jóvenes y casi viejos ("superveteranos") que juegan al fútbol tenaz y encarnizadamente y que también son profesionales porque siempre han tenido que pagar para jugar: pagar por el alquiler de la cancha, pagar para comprar las camisetas, pagar para contratar a un árbitro. Gente que se levanta los sábados más temprano que los días de trabajo, sin protestar, sin insultar, animosa, porque se va a jugar al fútbol. Creo que la pasión nace del gusto por jugar. Después uno se hace hincha de un equipo. Casi

todo hincha ha jugado (bien, mal, regular o pésimo) o juega al fútbol, lo que lo convierte en un espectador muy exigente y crítico. Sabe cuándo se le pega bien a la pelota, cuándo se le entra mal pisado, cuándo se salta a destiempo o cuándo al jugador lo tocaron en el aire. Desconfía, por lo tanto –y esto no es machismo, sino lógica–, de las señoritas que aparecen hoy por hoy en televisión comentando fútbol porque intuye que ellas no lo han jugado nunca.

Ahora bien, comprendemos que se disfrute tanto del juego porque es muy lindo, un tanto salvaje y animaloide. No sé si será, como dicen los ingleses, "el juego más lindo del mundo" pero por ahí anda, aun admitiendo que los ingleses lo dicen porque lo inventaron ellos. Si lo hubiesen inventado los africanos lo habrían calificado como "un ameno pasatiempo primitivo".

Se corre al aire libre, se salta, se grita, se insulta, se descarga, se percibe el olor al pasto, se transpira, es intuitivo y es un juego de fricción, donde emerge el rito del valor personal y, ahora sí, del machismo. No es solitario, sino grupal, y allí uno aprende a conocer al egoísta, al generoso, al obcecado, al criterioso, al necio. Y es complejo, requiere atención, divierte, lo que permite borrar de la cabeza, durante 90 minutos al menos, el acoso de problemas de trabajo o familiares. Permite también jugar a los enanos y bajitos, a diferencia del básquet, que se ha convertido en un juego para gigantes. Lo que no se comprende muy bien es por qué los argentinos tomamos de los ingleses el fútbol y no alguno de los otros juegos con pelota, que hay cientos. Podríamos habernos inclinado por el baseball (derivado del cricket) y ser hoy una potencia mundial y atacar a Irak, como los Estados Unidos. Tal vez la elección sea otra muestra, digamos, de nuestra inveterada costumbre de complicarnos la vida, ejemplificada por el "mate", donde se bebe una infusión de una calabaza mediante un tubito en lugar de hacerlo directamente de un vaso. ¿Por qué empecinarse en manejar un balón con los pies cuando todo lo demás lo manejamos con las manos? Nadie tiene la

respuesta. Tal vez la cosa parte de la tan zarandeada egolatría argentina. “No hay argentino pequeño”, dice un personaje de historieta. El regate, la gambeta, la moña (como le dicen los uruguayos) desaira, inferioriza, engaña, ridiculiza. “Humille, Maestro, humille”, brama la hinchada, pidiendo al habilidoso, al fantasista de turno que meta un “caño”, que “tire un sombrero”, que pise la pelota y haga pasar de largo a alguno, que lo haga arrastrar el culo por el piso, que se estrelle contra el alambrado sin haber encontrado ni al rival ni a la pelota.

Por eso, la técnica, la habilidad, ha sido siempre un rasgo del jugador argentino, más que la fuerza o el empuje. Incluso la gambeta, ese quiebre intuitivo de la gravedad y la inercia que no se enseña, aparece. Aunque los gambeteadores, en realidad, como Orteguita, por ejemplo, no son ni siquiera argentinos. Son alienígenas. Pero, sin duda, el mayor emblema del jugador argentino ha sido Maradona. Si (volviendo al tema) un extraterrestre llegaba a la tierra y lo veía jugar, decía: “Ese es argentino”.
Podría arriesgar, tal vez, con esa inseguridad tan marciana: “O puede ser uruguayo. O brasileño”. Pero no mucho más. Y no lo hubiera dicho por verle los rulos, la piel oscura o escucharlo decir “¿qué hacés, fiera?”, sino por verlo manejar la pelota como si fuera un sobrehueso de su propio cuerpo, un satélite atraído por la masa muscular.

Si uno ve jugar a Batistuta, en cambio, puede decir: “es alemán, o inglés”. No solo por ser rubio, corpulento y de ojos azules, sino por su juego: potente, empecinado, noble. Cosa que no pasaría con Diego Armando. Y viendo a Maradona uno entiende que no obedece a una generación espontánea.

No conozco toda la literatura colombiana, pero intuyo que si dio un García Márquez es porque existe una enorme pirámide debajo de él. “Difícilmente aparezca un Maradona en el principado de Mónaco”, bromeó Menotti. Por lo tanto, en Maradona uno adivina la herencia

genética del “Cabezón” Sívori, de Onega, de Di Stéfano, de Pedernera, del “Charro” Moreno. Productos genuinos de un pueblo que encontraba una diversión formidable en rellenar una media con papel y trapos para hacer un balón y jugaba con ella en las calles casi sin autos hasta que se iba la luz del sol, aprendiendo a manejarla en lo desparejo del empedrado o lo agreste de los campitos. No había muchos otros entretenimientos, como ahora, con los videos, las Barbies, los bares temáticos o la Internet. Ahora –dicen los que saben (Carlos Bianchi, entre ellos)– los chicos llegan con menos horas de manejo y se quedan menos tiempo dándole a la pelota. De todos modos, si bien el terror a perder ha generado el advenimiento de jugadores utilitarios, rústicos, torpes y persistentes que aseguran el cero en el arco propio, y si la globalización nos trae ejemplos de jugadores extranjeros que por su manejo de pelota “parecen argentinos” (Fran, Raúl, Revivo, Chiessa, Del Piero, etc.) entiendo que los argentinos sigamos prefiriendo que nuestros jugadores tengan esa marca en el orillo y esa manito que llevan en el pie tipos como Riquelme, el “Burrito” Ortega, Alessandro o Walter Gaitán. Más que nada, porque el fútbol es uno de los pocos motivos de orgullo del ser argentino, junto a la carne de vaca, el tango y el dulce de leche.

Es en el único predio donde nos sentimos del Primer Mundo. Ningún argentino cree tener una economía, un nivel de vida o una educación propia del Primer Mundo. Pero con respecto al fútbol, sí. Se nota en los apodos. En un país tan permeable a la avalancha de información extranjera, especialmente norteamericana –en un país donde se redactan avisos en inglés y en negocios que se llaman Nebraska Store, Indian Summer o Alligators cuelgan carteles donde dice “Sale” o “Coming Soon”–, los pibes que juegan al fútbol no se gritan unos a otros “Jerry”, “Michael” o “John”, sino que se llaman “Bati”, “Bruja” o “Cholo”. Detalle que, además, respeta una tradición futbolera, porque Juan Sebastián Verón es la “Brujita” por la “Bruja” Verón, su padre. Y

porque Simeone es el “Cholo” por el Carmelo “Cholo” Simeone que jugara en Boca, décadas atrás.

Hay un entroncamiento que viene del pasado, un conocimiento que parte de lo que nos han contado los padres, los tíos o los abuelos. No es un invento como “Halloween”, celebración que algunos negocios argentinos intentan imponer con la sana intención de venderle zapallos a la gente para que se los pongan en la cabeza.

El fútbol es en la Argentina un motivo de orgullo. Y donde hay orgullo no hay copia. Será, tal vez, por todo esto que, hoy por hoy, hombre grande ya, mi capacidad de raciocinio, mi poder de reflexión, no me han alcanzado para adquirir el nivel de paz, sosiego y armónica sabiduría de aquel viejito oriental que instruía a John Carradine en la serie *Kung Fu*. Por el contrario, cada vez que voy a la cancha a ver a Central sufro como sufría a los doce años cuando iba a verlo con Fernando o salto y me abrazo con los que me rodean para festejar un gol como no podría hacerlo por ningún otro estímulo de mi vida.

La Ilíada

Lo primero que aprendí leyendo *La Ilíada*, amigo lector de la audaz pupila, es que hay que abrazar la fe de las religiones monoteístas, si es que tenemos suficiente fe y no hay otra cosa más excitante para abrazar.

Es verdad que las religiones monoteístas ofrecen dioses únicos, omnipresentes, siempre cuestionados por aquello de que "quien mucho abarca, poco aprieta" o "el que desea estar en todos lados, en definitiva, no está en ninguno". Pero ese dios siempre será mejor que la pandilla de dioses impresentables, corruptos, entrometidos y poco serios que participaron en el conflicto de la bien amurallada Troya, sin permitir que mirmidones, carios, légeles, caucones, pelasgos y troyanos, por un lado, y licios, misios, frigios y meonios, por el otro, tuvieran su guerra en paz. Una banda de deidades de corte mafioso que azuzaban, interferían, desalentaban y disponían la suerte de los ejércitos enfrentados. A saber: Hera, Atenea, Poseidón, Hermes y Hefesto, con los aqueos. Ares, Apolo, Artemisa, Leto, el Janto y Afrodita, con los troyanos.

Por cierto, la ausencia de un dios absoluto, multipropósito, todoterreno, que solucionara los problemas más diversos, obligaba a las especializaciones por áreas. Del amor se ocupaba Afrodita. Ares estaba a cargo de la guerra. Hades manejaba el mundo subterráneo, posiblemente, el petróleo. Zeus era, según Homero, "el que amontona las nubes", calificación ni negativa ni positiva sobre una actividad un tanto vaga, que abre dudas sobre si Zeus no era, en

definitiva, un inútil. Hefesto era el dios de la metalurgia, cargo que lo emparentaba con la cuestionada condición de un sindicalista.

De todas maneras, algunos, al menos, descubrían sus propósitos con la sola mención de sus nombres, como la diosa Discordia. De más está decir que hasta el menos avispado de los mortales se daba cuenta de que, cuando esta deidad aparecía, traía consigo problemas, complicaciones, peleas y, como dirían los mirmidones y los argentinos, todo tipo de quilombos.

Otra cosa que aprendí, lector del ardiente iris, al leer ese libro, cuando la adolescencia me cubría con su azafranado velo, es que las mujeres siempre traen problemas y dolores de cabeza. La bella Helena, seducida por Paris, desata una guerra que dura diez años. Y agradezcamos a que dio resultado el tonto ardid del caballo porque, de lo contrario, se hubiera prolongado hasta el aburrimiento y su final hubiese hallado a una Helena vieja, ajada, gorda y reumática que haría preguntarse a los vencedores "¿y por este despojo peleamos tanto?".

¿Cuánto hubiese tenido que alargar, me pregunto, su show unipersonal el no vidente Homero para cantar la historia de Troya, considerando que ya, con diez años de combate, el público se le dormía al tercer año, detalle del cual él no se percataba porque, afortunadamente, era ciego?

Otra cosa que aprendí, lector del lagrimal arduo, es cómo han cambiado los conceptos de belleza. Antes eran otras las cualidades que se exaltaban en una mujer. Criseida era "la de las hermosas mejillas". Andrómaca, "la de los blancos brazos". Iris, "la de los pies ligeros", eufemismo, tal vez, para no decirle "la ligera de cascos". Y Tetis, nombre que quizás ocultaba el vulgar apodo de "la Tetas", era "la de las hermosas trenzas". Ninguna era "la de las nalgas rozagantes" o "la de los pechos tiesos", lo que revelaba otros valores en el gusto masculino.

Aprendí también que “icor” era el nombre de la sangre que corría por las venas de los dioses. Posiblemente la traducción registró “icor” y no “licor”. Porque algunos comportamientos de los dioses eran, absolutamente, propios de borrachos.

Poseidón, por ejemplo, se disfraza de Calcante, el adivino, para incitar a los aqueos. Lo hacía tan mal, debido al alto contenido alcohólico en su sangre, que Ayax, simple mortal, le comentó a su hermano: “Vino Poseidón disfrazado de adivino”. Juro que cuando leí eso, lector del cristalino cóncavo, dejé la bebida. Y eso que no había cumplido yo los 13 años.

También aprendí de *La Ilíada* que incluso una madre puede cometer errores irreparables. Tetis acude a Hefesto, dios de la metalurgia, para pedirle una armadura para Aquiles, su hijo, “el de los pies veloces”. Le encarga un escudo con triple cenefa con abrazaderas de plata, una coraza, un casco y un par de grebas, protectores que cubrían las piernas desde las rodillas a los pies. Pero luego manda a Aquiles a pelear en sandalias, como si fuera verano, desprotegiendo su vital talón. Allí acierta la flecha de Paris y muere Aquiles, el de los pies tan veloces como desnudos.

Y por último aprendí, amigo lector del pesado párpado, que no hay que leer un libro con tantos personajes como *La Ilíada* en la temprana adolescencia. Porque si, mucho tiempo después, uno debe recordarlo, ya la memoria se habrá evaporado, como se evaporaba la negra sangre de los guerreros sobre las sinuosas riberas del Escamandro.

Lo que el fútbol me enseñó de la vida

Mi tía Aurelita le comenta a una amiga: “A mí no me gusta el fútbol, pero yo insisto en acompañar a mi esposo al estadio porque, en una de esas, hay un gol y él me abraza”. El fútbol, estimados amigos, también me enseñó cuál es el verdadero amor. No, por cierto, el del marido de tía Aurelita hacia a ella, sino hacia la divisa de sus desvelos.

“Un hombre –anunció, ya en las postrimerías del Renacimiento, el filósofo y diseñador de ropa para atletas, Príamo di Rapallo (cocreador del uniforme de la Guardia Suiza del Vaticano, a bastones verticales azul y oro)– será más fiel a los colores de su club de fútbol que a su propia esposa”. Hay quienes desafían esta creencia y las consecuencias suelen ser penosas. Un conocido hincha argentino, a quien por su seguridad llamaremos N.N., tras ser durante muchos años hincha de Rosario Central, comenzó a experimentar, de pronto, una enfermiza atracción hacia Chacarita Juniors. Mintiendo a su familia, oculto de sus amigos, marchó un domingo hasta el reducto funebrero. Y tuvo su castigo. No solo Chacarita perdió cuatro a cero, sino que los propios partidarios locales le propinaron una paliza al considerarlo un pájaro de mal agüero.

Otra cosa que me enseñó el viril deporte del balompié es que el ser humano busca, casi demencialmente, las dificultades. “El hombre –ha dicho el pensador proustiano Arthur Mc Gulliver– es el único animal que para cada solución tiene un problema”. Eso es lo que explica que, en el fútbol, se haya reglamentado que el balón deba ser

conducido con los pies y no con las manos, que es como manejamos el resto de las cosas. Con las manos yo activo esta computadora, amigos lectores, y usted sostiene esta revista.

–Y esta idea antojadiza –clama Ezequiel Villagra, rubio defensor central de Deportivo Rafaela– surge cuando ya los seres humanos, debido a la evolución de las especies, hemos perdido los atributos del mono. Manteniéndonos como cuando éramos cuadrumanos tendríamos, hoy en día, una destreza prensil enorme en las extremidades inferiores.

Villagra es reconocido por su manifiesta torpeza en el manejo del balón.

Mi padre solía decir, contemplando al lucero: “Nunca dejes de alumbrar la vuelta del guitarrero”. Pero, además de esos entusiastas arranques folclóricos, agregaba: “No hay nada que eduque más que los deportes de conjunto. En el juego de equipo uno puede reconocer al noble y al egoísta, al valiente y al temeroso, al esforzado y al holgazán, enseñanzas que no podrás obtener en las disciplinas individuales”.

Mi padre no solo destacaba la posibilidad de adquirir ese exhaustivo conocimiento ético y moral, enorme base de datos gratuita que el equipo brinda sobre cada uno de sus integrantes, sino que, asimismo, sumaba un concepto rígido, cuasi samurái. Él, recio *full back* de básquet en épocas donde tras cada tanto se sacaba del medio, inscripto en la filosofía griguoliana (de Carlos Timoteo Griguol) del “reciba y pegue callado”, tendía a preservar, en un juego de fricción como el fútbol, la reconocida bravura del gaucho argentino. “Si te pegan una patada en un tobillo –pontificaba mi padre–, le pegás una patada en la rodilla. Si te pegan en la rodilla, le pegás en los huevos. Si te pegan en los huevos, le pegás en la cabeza y si hay que irse de la cancha, hay que irse de la cancha”.

Nada, entonces, de “si te pegan en una mejilla pon la otra”. No. Ojo por ojo y menisco por menisco.

–Si ves que vas a chocar con un rival –continuaba Berto, mi padre–, acelerá en los últimos metros. El rival debe chocar contra algo duro, huesudo y punzante. Si él encuentra algo blando, la próxima vez te entrará más fuerte y mucho más la tercera. En cambio, si se estrella contra un codo, una rodilla rocosa o una cadera de cemento, la próxima vez lo pensará dos veces. Y, no olvides nunca esto, hijo mío, a los grandotes les duele tanto como a los chiquitos, y una plancha a la altura de la ingle mortifica tanto al enano como al gigante.

Adviertan, estimados futboleros, la enseñanza fundacional. La humanidad se iguala en el dolor y el rico puede sufrir tanto como el menesteroso.

Del fútbol también aprendí que aquella fantasía popular de que la sabiduría viene con los años es tan solo una mentira más. Esos ancianos inmóviles y meditabundos, suspendidos en la gracia y la reflexión pura –cuando no en la levitación– que, con la misma facilidad con que atrapan una mosca en el aire, derraman, las pocas veces que hablan, verdades absolutas, solo existen en las series de televisión sobre artes marciales.

Cuando debí abandonar la Liga de Fútbol "25 de Mayo", ya que no podía competir con los más jóvenes, pasé, primero, a una liga de veteranos que estaban entre los 40 y 50 años y luego a otra de superveteranos que estaban entre los 50 y la muerte. Pensé, entonces, que allí sería todo más tranquilo, más calmo y más relajado. Gran error, compañeros. Nunca presencié tantas peleas ni escuché tantos insultos ni vi tantos golpes malintencionados como en esa etapa. Con lo que pude comprobar algo desalentador: los años no traen la sabiduría sino, más bien, el agudizarse de las manías, los vicios y las fobias. A lo que hay que sumar, también, la inevitable torpeza física que llega con la tercera edad, trayendo la bronca y la frustración por la impotencia.

Ese tumulto de hombres ya mayores en el cual yo me encontraba, procuraba, ingenuamente, amaestrar a una pelota. Y hay pocas cosas más caprichosas, casquivanas e imprevisibles que una pelota de fútbol. El científico inglés Edward J. Tydfil, titular adjunto del laboratorio terreno de Morai Firth, al norte de Escocia, especializado en el estudio y la investigación espacial, lo reveló el mes pasado.

–Se ha descubierto –dijo, inquietante– que, al igual que dentro de los peligrosos cúmulus nimbus, dentro de una pelota de fútbol bien inflada circulan vientos a velocidades escalofriantes. Hemos detectado ciclones, tifones y huracanes de increíble magnitud en pelotas de fútbol aparentemente mansas e inofensivas. Por fuera, la apariencia es normal, pero, gracias a nuestro instrumental de última generación, supimos que en su interior se registran tales meteoros. Es por eso que los balones suelen adoptar rumbos y comportamientos caprichosos y no debido a impulsos externos, como pueden ser puntapiés y cabezazos, sino por urgencias internas incontenibles.

Tal grado de imprevisibilidad ya fue advertido por el crítico deportivo Dante Panzeri, quien definió al fútbol como “la dinámica de lo impensado”. Este juego suele someter a los espectadores a presiones y sorpresas insoportables al punto de que, muchos de ellos, pueden llegar a perder la vida durante el espectáculo. Como el partidario de Rosario Central que, ubicado en la platea a mis espaldas, allí nomás se quedó muerto, como el marino americano que –según contaba Nicolás Guillén– en un restaurante del puerto, le quiso dar con la mano. Y ahí nomás se quedó muerto. El marino americano, repito, que en un restaurante de puerto le quiso dar con la mano. El hincha de Rosario Central, por su parte, creyó que el árbitro había sancionado una mano dentro de nuestra propia área y allí nomás se quedó muerto.

El fútbol, en su pragmática crueldad, nos somete a un entrenamiento riguroso propio de Boinas Verdes u otras fuerzas especiales. Los partidarios, por ejemplo, que hemos asistido en vivo y en directo, a través de la pantalla de la televisión, a la definición por penales que permitirá a nuestro equipo favorito seguir en la Copa Libertadores o quedar fuera de ella, creyendo morir en cada disparo desde los doce pasos, debemos tomar conciencia de que, si hemos sobrevivido a ello, tenemos asegurado un futuro de fortaleza física y mental inapelable. Como las cucarachas, que sobrevivieron incluso a explosiones atómicas, nosotros estamos creando una raza mejor y más fuerte.

No son experiencias inocuas, por supuesto. Dejan secuelas imposibles de borrar. Yo, por ejemplo, en cada partido clásico de Rosario Central contra Newell's envejezco cinco años. De allí que, aún joven, luzco como un anciano centenario. Pero ya no hay definición por penales ni goles en contra sobre la hora que puedan doblegarme.

El fútbol me explicó, asimismo, el formidable proceso de la adaptación de las especies, puesto a consideración general por el maestro Charles Darwin. Mientras en el básquet la exigente altura del tablero obliga a reclutar atletas cada vez más altos, el fútbol, afortunadamente, se convirtió en un reservorio natural de individuos amenazados. Los pequeños, los enanos, los diminutos encontraron en el fútbol, mediante la habilidad y el talento, la posibilidad de crecer y reproducirse. Con el centro de gravedad muy bajo, favorable entonces a la estabilidad, y la pelota casi al nivel de sus ojos, los bajitos continúan siendo joyas valiosas a nivel mundial. Y basta mencionar a Maradona, Messi y Ronaldo cuando se agacha. Veloces, escurridizos, zigzagueantes como ratones, siempre encuentran el mínimo espacio necesario dentro de las pobladas áreas para perfilarse y rematar al marco. Livianos, acrobáticos, espectaculares, se escabullen por debajo de las axilas de sus rivales,

localizando los espacios abiertos donde pueden sortear a sus pesados contrarios sin ser golpeados o encerrados por ellos.

El fútbol me dejó claro, asimismo, que el estadio suele ser una suerte de zona liberada.

–El hincha tiene derecho a protestar e insultar, porque para eso paga su entrada –suelen declarar a la prensa apesadumbrados futbolistas tras un partido perdido.

Pero si ustedes leen lo que dice en su entrada, amigos lectores, no encontrará ningún párrafo que especifique el derecho al insulto. A nadie, por ejemplo, se le ocurrirá levantarse en medio de una obra de teatro e insultar a la primera actriz porque no le satisface su interpretación. Y mucho menos le arrojará una botella, la batería de una radio portátil, la radio portátil o un zapato. A lo sumo –lo han inmortalizado los chistes gráficos sobre ese tema– caerá sobre las tablas un tomate en extremo maduro. Pero el fútbol permite al espectador estos desbordes, como insultar a la madre de un policía que permanece allí, impávido, tan solo a tres metros, separado apenas por el alambrado olímpico.

El niño que va por primera vez al estadio portando la bandera con sus colores favoritos se sorprenderá alegremente al escuchar cómo el vecino de platea de su padre descarga con total libertad una infinidad apabullante de malas palabras, novedosas, imaginativas, sonoras, que abren al pequeño un nuevo mundo de expresión y posibilidades. Y el precio que se debe pagar para disfrutar tanto desmadre es, apenas, la obligatoriedad de concurrir a un baño público pestilente que a cualquier espectador motivaría a escribir una carta abierta en el periódico de su ciudad si tuviera que usarlo en una sala de cine porno de una estación de ómnibus de pueblo chico.

El fútbol, por último, abnegado hincha, me enseñó a no estar seguro de nada, a dudar de todo. A dudar, por ejemplo, de si la sabiduría que le habían conferido los años a mi padre cuando me dio sus consejos, no sería tan endeble y falsa como la sabiduría de

aquellos orientales a los que el tiempo solo había pertrechado de manías y caprichos. Cada vez que regreso del estadio tras haber visto perder a Rosario Central contra un equipo al que, *a priori*, deberíamos superar por una goleada vergonzante; cada vez que veo a los poderosos River o Boca caer en su propia cancha contra un rival entusiasta, pero primitivo; luego de presenciar cómo Camerún venció a la Argentina en el comienzo de un Mundial, me convenzo más de que el fútbol, como las mujeres, es, en principio, inexplicable. Por fortuna, Dios, en su infinita sabiduría, mantiene a las mujeres algo alejadas del más popular de los deportes. Sería extenuante, indudablemente, procurar entender ambos fenómenos al mismo tiempo. Porque, el fútbol, apasionados amantes del balompié, ya lo dijo el Dante, es la dinámica de lo impensado.

Mi aparato favorito

Cuando mi hijo era pequeño, veía por televisión a uno de esos superhéroes fisicoculturistas que se llamaba He–man.
He–man, con unos músculos producto del exceso de anabólicos, solía elevar sobre su cabeza rubia una espada gigantesca y gritar, falto de humildad: “¡Yo tengo el poder!”.

Y yo me pregunto, estimado amigo, hermano latinoamericano: ¿qué pasa cuando uno descubre que allí, al alcance de la mano, en nuestra propia casa, sorpresiva e inesperadamente, tiene el secreto mismo del Poder, tiene el acceso directo al Poder? Y no me estoy refiriendo a la descomunal espada de He–man, ni a la Piedra Filosofal, ni siquiera, incluso, a una benemérita pastilla de Viagra. No. Tampoco a los extraños poderes que obtenía el tímido Clark Kent (casi un imbécil) cuando se ponía las ropas de Superman dentro de una cabina telefónica, que le permitían, Dios sea loado, atravesar con su mirada biónica las vestimentas de las mujeres. No. Nada de eso. El secreto del Poder al que hago mención no es otro que el doméstico y prosaico control remoto del televisor. Por supuesto, como todo recurso que nos transforme y agigante, este control remoto genera dependencia.
¿Cómo podíamos vivir sin él cuando no existía?, nos preguntamos. ¿Cómo podía la humanidad seguir adelante cuando había que levantarse del sofá cada vez que teníamos que cambiar el canal con el agotamiento que eso conlleva? Ni un día podría enfrentar yo, hoy por hoy, sin la asistencia de este adminículo maravilloso.

Como primera ventaja, nos permite domesticar a la pantalla boba, es como la silla para el domador de circo. “El televisor invade nuestra privacidad”, ha bramado algún apocalíptico estudioso de los medios masivos. “Se mete en nuestras casas”. Mentiras. Burdas mentiras propias de pusilánimes. El televisor no se mete en nuestras casas como un bicho de la luz, un saltamontes o una vulgar cucaracha que aparece por la rejilla del baño. Al televisor lo vamos a buscar nosotros a un negocio de electrodomésticos, lo elegimos, peleamos el precio con el comerciante y luego, por si fuera poco, lo pagamos. Y si, tiempo atrás, la ausencia de control remoto, unida a una natural indolencia, forzaba a nuestros hijos a estupidizarse largamente frente a las aventuras de He–man, ahora, con la magia del cambiador a baterías, ellos ya pueden saltar a otros canales donde les enseñen la crítica superviviencia de los lemúridos de Madagascar o el rescate de momias desagradables en el desierto de Abisinia.

Pero el poder formidable que nos concede el control remoto del televisor no es ese, mi estimado amigo. Por supuesto que no.

Pongámonos en escena, si no le es molestia. Ocurre, entonces, que yo estoy despatarrado en el sofá de mi casa, tomando un vaso de cerveza o comiendo un yogur frutado, da lo mismo. Y aparece en pantalla, por ejemplo, el mismísimo presidente Bush, usted lo conoce. El mismo, el hijo del padre, el texano que habla recio y escupe lejos, el que tiene los dos ojitos pegados a ambos lados de la nariz, frontales, como todos los grandes depredadores. Y Bush habla para el mundo entero desde su condición de líder absoluto de la potencia más poderosa de la Tierra. Y nos advierte que está muy tentado de meter mano en ciertas regiones del globo donde la gente no se está comportando muy bien y que prestemos atención porque va a decirnos algo fundamental y que no piensa repetirlo más de dos veces. Y entonces yo, el oscuro, el hijo de la América morena, el subdesarrollado, el que bebe cerveza indolentemente en el sofá de su casa, el que nunca llegará a *yuppie* ni aparecerá en la tapa de la

revista *Forbes* entre los mayores millonarios del mundo, sin levantarme, sin agitarme, con un solo movimiento de mi mano derecha, digo, anuncio, proclamo: “¡Basta ya, muñeco! ¡Me importa un carajo todo lo que puedas decirme! ¡Mirá lo que hago contigo, pequeño!”. Y lo saco, lo echo, lo quito, lo vuelo de la pantalla. Lo elimino, lo borro, lo atomizo, lo hago desaparecer. Yo. A George W. Bush, presidente de los Estados Unidos de América. Y pongo al *Chavo del 8*. O a *Los Simpsons*. O a *Utilísima*, un programa argentino que nos enseña a pintar una maceta con flores o preparar una tarta de acelgas. O, mejor que mejor, pongo el partido por el torneo del ascenso entre Talleres de Remedios de Escalada y Defensores de Cambaceres. Y me siento, gracias al pequeño y negro control remoto, tan enorme, invulnerable y poderoso como He–man, el estentóreo consumidor de anabólicos.

Mi historia con Rosario Central

“Te aplaude y te saluda jubilosa / la hinchada deportiva que te admira, / campeón de cien jornadas victoriosas, / valiente triunfador que orgullo inspira”. Así empieza, señores, la vibrante Marcha de Rosario Central, fruto del genio inmarcesible del rapsoda rosarino Laerte Carroli, pieza musical comparable, según historiadores y melómanos, a la exultante *La Marsellesa* francesa.

“El símbolo auriazul de tu divisa / florece y resplandece como un sol / cada vez que la cancha se electriza / al estallar de la victoria el gol”. Y así palmea, salta y canta, acompañando esos compases, la hinchada canalla cuando el bravío primer equipo auriazul pisa la grama del Gigante de Arroyito, estadio mundialista que se empina, intimidante, a orillas del río Paraná, un río tan largo que nunca termina de pasar.

Hace algún tiempo escribí, en una pieza literaria sinceramente inmortal: “Rosario Central no tiene historia. Tiene mitología”. Y esto es así porque sus orígenes, sus avatares y sus formidables campañas están siempre fluctuando entre la realidad y la fantasía, lo palpable y la ficción, lo comprensible y lo inexplicable. ¿Cómo no ser hincha, entonces, de un equipo así? ¿Acaso puede evitar, un intelectual sólido y sensible como quien esto escribe, ser captado, atrapado y seducido por una divisa que desde la realidad más palmaria y comprobable se dispara hacia la exageración y la desmesura? Todo es increíble, todo es sospechoso, mis amigos, en

los relatos partidarios de hechos inusitados, de hazañas que rozan lo inconcebible, lo fantasioso y la imaginación pura.

Se dice, se cuenta, se afirma, que Central es uno de los equipos más antiguos del fútbol argentino, fundado en el lejanísimo 24 de diciembre de 1889, uno de los más longevos de vida institucional.

Se dice, se cuenta, se afirma y se asegura que sus orígenes fueron los talleres del ferrocarril y, por tanto, sus primeros partidarios eran humildes operarios del riel, miserables pordioseros hallados bajo los puentes ferroviarios, nobles verduleros, cochambrosas prostitutas, laburantes del puerto y marginales. Y que, por eso, el indómito rosarino Ernesto Che Guevara es su hincha más reconocido. Porque simpatizaba, obviamente con la causa del pueblo, confrontando con el origen oligarca del otro club de la ciudad, rival eterno, nacido en un colegio privado inglés.

Pero también se ha escrito que los fundadores de Rosario Central fueron navegantes fenicios que llegaron a estas costas remontando el Paraná a comienzos del 1400. Y que le dieron a la camiseta los colores azul oscuro por el proceloso mar, y amarillo patito por una epidemia de hepatitis que terminó con todos ellos. ¿Cuánto hay de verdad y cuánto de mitología, por ejemplo, en la narración de los viejos seguidores cuando relatan el legendario gol de Aldo Pedro Poy en aquel también lejano diciembre de 1971, gol que abriría las puertas al primer Campeonato Nacional obtenido por Rosario Central? ¿Es verdad o es mentira que Aldo convirtió ese gol contra el rival de todos los tiempos, volando en palomita o en plancha, o como quiera usted llamarla, para asestar con su cabeza, testuz alado, el frentazo goleador? ¿Es verdad o es mentira que, como afirman algunos, Aldo ya venía volando desde San Nicolás, localidad sita a mitad de camino entre Rosario y Buenos Aires, dado que el partido se jugó en el Monumental de River Plate, puesto que era una semifinal? ¿Es falso o es cierto que, como juran y perjuran muchos

otros, se veían en las espaldas del Aldo dos alas enormes y doradas que lo impulsaban por el aire?

Pocos pueden entender, asimismo, mis amigos, que, desde aquella fecha patria, año a año, puntualmente, hasta nuestros días, todos los 19 de diciembre se realice en Rosario, en Los Ángeles, en Barcelona, en Santiago de Chile o en donde sea, la reconstrucción del gol, escenificada y teatralizada por centenares de hinchas canallas que se reúnen a ver cómo Poy, hombre grande ya y respetable, vuelve a volar hacia ese balón para impactar con su parietal, hoy calvo, y repetir el gol de aquella tarde, arriesgando su cuerpo, en la actualidad un tanto endeble, al caer sobre la dura superficie del planeta, que se ha solidificado en demasía desde entonces.

¿Alguien habrá de aceptar, a pie juntillas, la versión oficial del apodo de "canalla" para el hincha centralista? Conspicuos ciudadanos, hombres probos, fuerzas vivas en general, no llegan a perdonar cómo, tantos años atrás, Rosario Central se negó a disputar un partido a beneficio de un leprosario propuesto por su clásico rival, el Ñuls Old Boys. De allí quedó, señores, el mote denigrante de "canallas" para nosotros y el más vinculante de "leprosos" para los rojinegros. Pocos entendieron que esa actitud negativa no fue por falta de sensibilidad social o sanitaria sino, tan solo, para no hacerse cómplice, la institución, de una maniobra quizás demagógica, sensiblera y populista.

¿Es fácil explicarle a un ser racional y criterioso, que un hincha puede saltar al césped, perforando la alambrada, desde atrás de uno de los arcos, para impedir un gol en contra de su equipo? En el Gigante de Arroyito sucedió eso, mis amigos. El Turco Spil fue aquel valiente, el hincha que atravesó la alambrada perimetral para ingresar como una exhalación, interceptando ese balón insidioso que, tras sobrevolar la cabeza del mítico portero Edgardo "Gato" Andrada, se anidaba en las redes, sellando la segura derrota de los

locales. Y el Turco no despejó esa pelota a cualquier parte, no la tomó con sus manos para correr con ella como una criatura. No, señores, nada de eso. Fiel a una escuela, leal a una estirpe, la pisó y se la tocó corta al Coco Pascuttini para salir jugando ante la mirada atribulada de los jueces.

¿Cómo no se va a sentir dominado como por una atracción fatal a esa divisa de franjas verticales azules y amarillas, un ensayista, un aspirante mayor al Premio Nobel, como quien esto escribe, cuando le ha tocado vivir otra jornada de estupefacción en la final de la copa Conmebol de 1995? Allá, en el inconmensurable estadio Mineirão de Brasil, el irrespetuoso Mineiro, sacando ventaja arteramente de una lluvia que llevaba cayendo tres meses con sus noches, sometía al enjundioso equipo rosarino por 4 a 0. Cuenta la imaginería popular que hubo macumbas brasileñas ancestrales, presiones misteriosas de Orixá y otros dioses umbanda, que convirtieron las piernas de nuestros jugadores en piedras leñosas y pesadas. Tenue era la esperanza para el desquite. No obstante, las deidades del fútbol condujeron esa noche de la revancha a 45.000 canallas hasta el Gigante de Arroyito. Y Central ganó 4 a 0, para luego imponerse en los penales. Juran, testigos presenciales, que, cuando el Petaco Carbonari convirtió el cuarto gol a cinco minutos del final, su cabeza de titán refulgía cubierta por un casco de oro y marfilina que le había entregado la mismísima Némesis, Diosa de la Venganza.

¿Cómo no se va a sentir cautivado un estadista, un sociólogo, un arqueólogo, un cosmetólogo como quien esto firma si, además, le toca estremecerse ante otro acontecimiento inexplicable vivido por la escuadra canalla, ni más ni menos que en el hostil estadio del América de Cali, reducto del Diablo y sus demonios? En el primer partido por Copa Libertadores, Central había triunfado en Rosario con un gol marcado por su coloso invencible, Juan José Pizzi. Escasa ventaja para volar a Cali, mis lectores, exigua diferencia para enfrentar al Rojo en su reducto. Frente a la magia de la televisión

vimos, defraudados, cómo a cinco minutos del final, cinco minutos digo, cinco apenas, Central perdía por 3 a 0, con un hombre menos, jugando espantosamente mal y con el ánimo deportivo por el suelo, aguardando tan solo el piadoso pitazo definitivo. Ya los jugadores suplantados en el equipo local, aun antes de finalizar el encuentro, sopesaban livianamente a qué rival preferían enfrentar en la siguiente ronda, la de semifinales. Ya, en Rosario, ante las pantallas de televisión y en la calle, los partidarios del clásico rival rojinegro hacían explotar bombas de estruendo, celebrando la segura eliminación de los canallas. Se pegaban ya en las paredes y muros de la ciudad, carteles ofensivos con bromas sangrientas sobre el indigno caído. Fue entonces, cuenta la leyenda, que Fortuna, diosa de la suerte casquivana, se apoderó del alma del balón, hizo que este se escurriese de las manos del portero caleño y otra vez Juan José Pizzi lo empujó a la red. Dos minutos mínimos restaban para el final y fue allí que, en un contragolpe, tres, ocho, catorce, veintisiete, mil quinientos hombres del equipo rojo quedaron solos frente a las manos desvalidas del portero Tombolini. Y el Tombo saltó y brincó como un demonio, ofrendó su rostro y su pecho a los disparos salvando una vez más su portería. Y ya en tiempo de descuento, Vespa, el bravo indio charrúa, se hizo luz, relampagueo y centella sobre el flanco derecho de la cancha, envió un centro y, en ese instante, la diosa Justicia se quitó la venda que cubre sus ojos y la colocó tapando los ojos del portero, que manoteó el aire vanamente y otra vez el coloso, el rubio Pizzi, cabeceó la pelota a los piolines. 2–3 que, con el 1–0 de ida, ponía todo como al principio. Éxtasis e infarto. Festejo y gloria. Central ganaría luego en los penales. La mitología quedaba corta ante el misterio.

¿Quedará alguien, me pregunto, que se siga preguntando qué motivos o razones o argumentos conducen a un hombre sabio y biempensante a convertirse en un fanático seguidor de los colores auriazules? ¿Quedará alguien, me pregunto? Y si aún quedan, si aún

persisten unos pocos descreídos aferrados a su escéptica, abrumadora necedad, restará simplemente invitarlos a que concurran alguna vez al Gigante de Arroyito. Y conste, lo aseguro, que ya no hay fanatismo en mis conceptos. Ahora, cuando las nieves del tiempo blanquean mis sienes, adquirida con el paso de los años la cordura, algo distante de estallidos partidarios, con alguna lejana frialdad de observador imparcial, simplemente convoco al forastero para que, acompañando a su equipo favorito pise en un buen día el cemento formidable del Gigante. Para que compruebe, en persona, la leyenda. Y allí escuchará cómo el pueblo canalla recibe a un invitado. Allí sabrá del saludo que la parcialidad auriazul dedica a la visita.

"¡Ya todos saben que Rosario está de fiesta, / ya todos saben que en Rosario es carnaval. / Ya todos saben que La Boca está de luto, / que son todos negros putos de Bolivia y Paraguay!". Vengan, atrévanse, a vivir lo mitológico en el Gigante de Arroyito, reducto de los canallas. Ya van a ver cómo los cagamos a goles y les rompemos el culo.

Si yo fuera futbolista

No me asusta la ciencia–ficción, caballero. Y eso que he visto monstruos horribles en el cine. Y soy una persona impresionable. Cuando dieron la primera de *Alien*, me pasé tres semanas con un dolorcito en el tórax, esperando que se me rompiera el pecho y saltara de allí un bicho tremebundo.

Admito, eso sí, que me deja un tanto impávido esa ciencia–ficción que arranca ubicándonos en el año 14.517 de la galaxia Vandelinus, tiempo y espacio un tanto ajenos como para identificarme, como para imaginarme involucrado en esa trama.

Pero ahora, el desafío, pese a ser un tanto fantasioso, no suena tan lejano. ¿Cómo alguien, sin pagar por su atrevimiento, puede proponerme escribir un artículo titulado "Si yo fuera futbolista"? ¡Yo soy futbolista, caballero! ¡He sido, soy y seré un futbolista que ha gozado de todos los infortunios del fútbol y ninguna de sus ventajas! Tengo un menisco de plástico, una cadera de teflón y una cara de piedra que me han permitido seguir jugando.

Partamos de una realidad irrebatible: soy argentino. Y el argentino tipo, el Ser Nacional, el nativo de las pampas australes juega al fútbol, baila tango y hace asado. Como para que quede claro, caballero. Todo eso le brinda al gaucho ese particular rostro de preocupación extrema ya que no son actividades simples, mi estimado.

Civilizaciones menos arrogantes, poco ambiciosas, optaron, por ejemplo, por las danzas intuitivas. Los sajones, sin ir más lejos.

Inventaron el rock y se acabó el esquema, murió la disciplina. Basta de los cuatro pasitos hacia el frente, los dos hacia atrás y la reverencia. Basta del medio giro hacia la derecha, el balanceo suave y el retorno a base.

El rock liberó la posibilidad de saltar, sacudirse, enrollarse, rodar por el piso y treparse salvajemente a las mesas. Cualquier imbécil envalentonado pudo, entonces, lanzarse a las pistas simulando bailar bajo las luces restallantes de las discotecas.

Pero el argentino no, caballero. Porque el argentino tiene una misión en la vida, ha sido puesto con un objetivo sobre la Tierra. El argentino baila tango y eso no es fácil. Torvos profesores enseñan por televisión el ritmo del 2x4, con expresión severa y énfasis religioso, lejos de esas ridículas clases de aerobismo dictadas por señoras con calzas elásticas sobre la cubierta de un portaaviones.

En el tango, un mínimo error en el paso, una imperceptible falla en la quebrada puede precipitar la puñalada, el cuchillazo recordatorio, la cicatriz en la cara. La gente de Medellín lo sabe.

Y tampoco es sencillo hacer asado, convengamos. Echar la carne sobre las brasas y vigilarla en su tránsito a la inmortalidad no es tan complejo. Pero primero hay que tener una vaca. Y a la vaca argentina hay que seguirla ya que es criada “a campo”, suelta en la pampa, caminando como loca en busca de sus pasturas. No como las mariconas vacas europeas que se crían dentro de sus establos, alimentadas en la boca por sus propios dueños, presas de la molicie y la más pura holganza.

Y así, siguiendo las vacas, aprende el argentino a caminar la cancha, de área a área, de lateral a lateral. Y así me hice yo futbolista. Amador, por no caer en extranjerismos y decir “amateur”, que es poco macho. Y, en cierta forma, profesional también, porque siempre he tenido que pagar para jugar. Pagar el alquiler de la cancha, el costo del árbitro, las medias, las camisetas. Pero, si acepto la propuesta, caballero, tal como está redactada, bajo la duda

del condicional, le digo que yo sé qué clase de futbolista sería de ser rentado, aunque esto suena a ciencia–ficción, o a ese género inclasificable del cine americano donde el protagonista muere y vuelve a la tierra convertido en perro, en ángel o en su propio padre.

Yo sería un jugador veterano, caballero, virtud que se haría notoria no solo por mi sabiduría para caminar la cancha sino, más bien, por mi calvicie, el paso un tanto remiso y la curvatura de mi pierna derecha, propietaria de una comba ósea que ya querría adquirir el balón en un tiro libre. El público, siempre deseoso de comunicarse con sus ídolos, me gritaría: "¡Ladrón! ¡Dejá de robar y andá a cuidar tus nietos!". Y yo deambularía por el medio campo, amparado por esa ambigua figura jurídica que representa el "cuarto volante", que le permite a uno justificar su ausencia tanto en ataque como en defensa. Y terminaría como una víctima más de la violencia, me temo, cuando algún inadaptado, el Patrón Bermúdez, por ejemplo, me atropellara en un córner sin compasión ni piedad, arrojándome fuera de los límites de la cancha, del estadio, de la ciudad y del fútbol mismo, el juego "más bello del mundo", como bien lo calificaran los piratas ingleses.

Por eso, entonces…

Si yo fuera futbolista…

... cada pase mío, cada asistencia de gol mía, valdría mil dólares. Y se los cobraría al compañero goleador asistido.

... celebraría mis goles de una manera particular: para prolongar el delirio público, bajo mi camiseta tendría otra, con foto de Sharon Stone totalmente desnuda.

... llevaría en mi camiseta el número 14… médium.

... le dedicaría mi mejor gol al Papa, porque sería un milagro.

... desarrollaría una curiosa adicción al control antidoping, que me obligaría a llevar siempre conmigo un frasquito. Caería, así mismo, en las garras de la droga, en este caso, dada mi edad, opio.

... en mi retiro me convertiría en modelo masculino *top*, de colecciones de moda, para continuar siendo, ya fuera de la cancha, una figura decorativa.

... habría jugado en el glorioso Bucaramanga, declarando a la prensa, en mi debut, que desde pequeño fui hincha fanático de ese club.

... y para hablar de técnicos me llevaría bien con todo técnico obsesivo, que anule la creatividad del jugador para que, así, no se note que carezco de ella.

El pedo

Pese a la irrebatible riqueza verbal, literaria e intelectual que ha aportado el pedo, sigue siendo discriminado y mal visto. Tal vez sea el momento de abandonar la hipocresía y admitir la resonancia de una palabra de cuatro letras y miles de implicancias.

Al pedo, pero temprano –dijo el General Perón. Y no solo remarcó la tendencia militar de levantarse al alba, para no hacer nada, sino que, además, profundizó el permanente sentido peyorativo que rodea a la palabra “pedo”. Sentido peyorativo marcadamente injusto, señores, si observamos el significativo aporte que esta palabra, con sus diversas acepciones y aplicaciones ha hecho a la lengua castellana o, al menos, a la argentina. En la Argentina, el país de Borges y de Cortázar, “estar al pedo” significa estar sin hacer nada. El “alpedismo” significa dejar pasar el tiempo sin practicar actividad alguna, aunque puede disimularse como germen de la filosofía o de la reflexión. “Hacer algo al pedo” es hacerlo inútilmente, en vano. La expresión incluye una variante aumentativa y casi poética: “Hacer algo al divino pedo” o “al reverendo pedo”. Sin alternativas que certifican lo inconducente del esfuerzo, “al pedo como bocina de avión” o “al pedo como timbre de panteón” son dos metáforas populares que también sacan partido de la potencia y el grafismo del zarandeado pedo. “Estar en pedo” es, en la Argentina, estar borracho, e incluye figuras literarias de gran audacia y cierto grado de absurdo. “Tenía un pedo que flameaba” suele decirse de algún respetado amigo a quien el alcohol lo hace ondular como una

bandera. El pedo, no obstante, esa palabra pequeña, concisa, fácil de pronunciar este acierto fonético, sonoro como suele ser sonoro su origen fisiológico, despreciada entre las clases cultas como es despreciada la mandarina entre las frutas, se brinda, pese a todo, generosa a figuras poéticas dignas del André Breton. “Qué grande ha sido nuestro amor –debería decir el tango “Los mareados”– y, sin embargo, ¡ay!, mirá lo que duró”. Cuánto más mágica, cuanto más sutil, cuanto más sugerente, señores, es la frase popular, refiriéndose a algo efímero, fugaz, “duró lo que un pedo en la mano”. Hay otra semejanza metafísica, casi rayana con la química o el ilusionismo que dice “duró lo que un pedo en una canasta”.

No todos emplearon la dúctil palabra como apoyatura de la vulgaridad o el escarnio.

Amílcar de Esporcedro, poeta de la corte de Luis XIII, pasó a la posteridad cuando escribió, tierno y sensual, refiriéndose a la controvertida ventosidad. “Entre dos paredes blandas sale un títere, y canta”, descripción bella, producto, sin duda, de una observación cercana. Pero, ¿por qué el agravio, por qué el desmedro hacia un acto natural y entendible para todo aquel que entiende el aparato digestivo? Hay algunas teorías que, si bien no convencen del todo, acercan una explicación más o menos lógica.

“La flatulencia –aporta la psicóloga Ernestina Fay– nos sume, generalmente, en la vergüenza y la humillación. Por fortuna, aún no hay un examen de ADN que pruebe, inequívocamente que tales sones y aromas pertenecen a tales personas, transformando a sospechosos en culpables”.

No es equivalente la satisfacción física con la repulsa del entorno. Fue Emmanuel Carit, fisiatra y ambientalista alemán del siglo XVIII, quien acuñó la frase “más vale perder un buen amigo que perder un buen pedo”. Pero el consejo, lanzado en épocas en que el meteorito socavaba el Primer Reich, perdió vigencia con los años, cuando creció el concepto de amistad y la perfumería fue eliminando aromas

amargos. “Amargo como pedo de perro”, dice el criollo cuando rememora momentos difíciles.

Hoy por hoy, solo a los ancianos parece permitírseles el desliz, cuando al reclinarse sugestivo de su torso, se admite “se alivió el abuelo”.

El mismo Ernesto Sabato describe con pluma elocuente el incómodo momento cuando entre los pasajeros de un ascensor empieza a infiltrarse “el olor insidioso de un pedo silencioso”. El mundo de los sonidos se enriquece con el gas orgánico.

“Un pedo –escribe el dramaturgo venezolano Jourdan Aviba– estalló en la noche con el sonido prolongado de una tela que se desgarra”.

También presente aquí el ámbito de las sensaciones. “Ese extremo derecho –califica el cronista deportivo– es un pedo líquido”, haciendo una referencia de respeto y de temor hacia la especie más temida entre las flatulencias, la acuosa, la traicionera, la instantánea, la fulmínea incontenible. “El chijete”, como la definió Einstein.

El fútbol también acuñó otros aciertos. Un remate débil será “un pedo de vieja” y un fuera de juego dudoso será “finito, como pedo de oveja”.

“En la época victoriana –ilustra Ferdinand Ojostrosa, astrónomo y físicoculturista paraguayo– la ventosidad gástrica era confundida con el ectoplasma. Se suponía que era el hálito vital que se desprendía del cuerpo al sobrevenir la muerte”. De allí, tal vez, la conclusión vulgar al referirse al deceso de alguien. “Cagó fuego”, se dice.

Es notable, señores, cómo, pese a la irrebatible riqueza verbal, literaria e intelectual que ha aportado el pedo, sigue siendo discriminado y mal visto. “Es más digno sangrar que desgraciarse” nos ha dicho, dolido, Majaraishi IV en su libro *¿Qué fue eso?*

El sistema, tan flexible con otros temas, parece inflexible con este. Carl Fleming, joven dibujante de cómics estadounidense, creó un superhéroe que volaba a velocidades supersónicas pulsado por

sus propias flatulencias. Flats Cooper se llamaba, y su vigencia fue corta. Pero, ahora, un tema inquietante amenaza la existencia misma de la humanidad y aparece como clara revancha de esta práctica tan antigua y natural como vilipendiada. Científicos de todo el mundo coinciden en que las ventosidades despedidas por miles de vacas en todo el planeta debilitan la capa de ozono poniendo en riesgo nuestra existencia. Tal vez sea el momento de abandonar la hipocresía y admitir la resonancia de una palabra de cuatro letras y miles de implicancias.

Elogio, entonces, al soplo dorsal, al suspiro de la retaguardia.

Después querían

Hay días en que uno no puede despertarse. Hay días en que uno no debería despertarse. Hay días en que uno debería seguir durmiendo indefinidamente hasta olvidarse de todo, o bien que al despertarse ya nadie se acordara de nada, o no hubiera pasado absolutamente nada. Que nada fuera cierto. Como la mañana del sábado.

¿Cuántas veces me había despertado antes de que aclarara? Cuatro veces, tal vez cinco. Y hacía un frío de cagarse, era una noche ideal para apoliyar de un tirón y quedarse en el sobre hasta las doce de la matina. Aprovechar de una vez por todas el tiempo y el frío para dormir la venganza de levantarse todas las mañanas a las siete para ir a esa escuela hija de puta.

Pero no solo me había despertado cuatro o cinco veces, sino que me había levantado. Me había levantado en la pieza helada y oscura para llegar hasta la puerta y adivinar sobre los mosaicos del patio si llovía o no. Para abrir incluso la puerta, aventurar un pie descalzo sobre el patio, y mirar el cielo buscando detectar alguna estrella que garantizara una mañana de sol. Sentir a través del zoquete de lana peluda, la inquietante humedad del suelo, que bien podía ser simplemente rocío, o la helada, o el testimonio guacho de una lluvia intensa y catastrófica, una lluvia solapeada que hubiera caído en silencio durante un sueño y hubiera puesto la cancha de Ocampo y Necochea hecha una bosta, con inmensos lamparones de agua donde no se podía jugar, donde el mariconazo de Rupertti no querría cambiarse por temor a ensuciar sus pantalones nuevos o esa

camiseta de Chacarita roñosa que cuidaba como si fuera un Príncipe de Gales.

Cuatro o cinco veces me había levantado arriesgando el pie derecho entre las duras patas de la cama, para mirar el cielo que era una sola mancha oscura sobre el partido contra Segundo Tercera, sobre la posibilidad de estrenar el par de medias amarillas, como las de Atlanta, de trotar despacito olfateando el olor a pasto mojado, los bracitos bien pegados al cuerpo, el aliento haciendo humo al salir de la boca, la camiseta de frisa blanca debajo de la de Ferro abrochada hasta el botón de arriba como Mandrake Lugo en la tapa de *El Gráfico*. No había podido dormir más de una hora, diciendo mucho. Temía despertarme con el ruido de los truenos, o la luz de los relámpagos, de la lluvia pegando contra los vidrios de la puerta. Pensaba que Marrone, cuando caían dos gotas locas, se borraba. Y si no iba Marrone estábamos cagados. Tendría que jugar el Colora Albertelli en medio campo y pasar el Chicato Zampusi a marcar la punta, eso siempre y cuando el Chicato Zampusi fuera, porque ya estábamos pensando seriamente en no ponerlo más desde que nos cagó contra Segundo Segunda. Pero el asunto estaba en que fuera Marrone. Si Marrone iba no había problemas. Marrone jugaba en las inferiores de Central Córdoba y hacía dos goles o tres por partido, por lo menos. Serían las cinco cuando me levanté por última vez y salí al patio tiritando. El suelo estaba mojado, pero al parecer no llovía. El cielo era puro plomo. Sentí en la cara, sobre la frente, la llovizna. Todo lo que tiene la Naturaleza de sabia lo tiene de hija de puta. Eso no le hacía nada a la cancha. A lo sumo, moja el pasto, o hay que cambiarse parado porque si no uno se moja el culo en los yuyos, y la pelota se pone pesada, es como de vidrio para el arquero. Más cuando el arquero es el gordo Grimoldi que ni llega al travesaño y ataja en defensa propia. Pero a la cancha no le hace nada y los de Segundo Tercera van seguro. Como va a ir seguro Podestá, que no habla mucho ni dice nada, pero siempre aparece con el bolsito,

caminando despacio, preguntando si están todos. ¿Cuándo me desperté por última vez?

A las siete tenía que estar cambiado, habría que dejar la cama a las seis y media. Nadie me vendría a despertar el sábado a la mañana. Durante la semana, mi vieja cruzaba el patio arrastrando las fatídicas chinelas y rigurosamente a las siete de todos los días abría la puerta y susurraba hacia la oscuridad tibia de la pieza "Negro, las siete". Pero el sábado no. El sábado podía aprovechar la vigilia para pensar si Aguirre habría pedido la cancha o si el boludo de González se acordaría de llevar la pelota. Cuando me desperté a las seis y media llovía torrencialmente. No había llovido en toda la semana. Ni para la prueba de Matemáticas ni cuando me llamaron al frente en Dibujo Técnico. Llovía torrencialmente. Me revolví en la cama, metí la cabeza debajo de la almohada y pegué con los puños sobre el colchón, mordí las sábanas y puteé con odio, ahogadamente. No quise pensar en las medias nuevas amarillas, ni en atarme los botines engrasados desde ayer sobre los tobillos, como Matosas, ni en trotar por el medio de la cancha mientras se me dilataban las fosas nasales con el aroma lejano del pasto, ni en el ruido de la pelota rebotando en el piso terroso, ni en esperar el comienzo del partido parado en el círculo central, al lado de Marrone, con los brazos cruzados sobre el pecho, ni en sentir los músculos que me resbalaban bajo la piel de las piernas o la puntada aguda del aire frío de la mañana en los primeros minutos. No quise pensar.

Después querían que estudiara. Que aprendiera por qué mierda la aceleración es el incremento de la velocidad en la unidad de tiempo. Que supiera qué sorete produce un punto en el espacio proyectado sobre un plano donde corta con la línea del horizonte y las pelotas de Mahoma.

Después querían que tuviera ganas de saber por qué el ácido sulfúrico se convierte en el permanganato de la bosta cuando se lo mezcla con el clorhidrato del carajo. O que me interesara en la vida

privada de Nabucodonosor, o supiera a la perfección quién era el oficial media cuchara que hizo las pirámides de Keóps, Kefrén y Micerino, que bien podrían haber sido la línea media de Egipto esos tres boludos. Después querían todo eso. Mientras, ese sábado a la mañana llovía torrencialmente.

La casa oscura

La casa, por dentro, estaba completamente a oscuras. Era un caserón enorme, de dos o tres plantas (no recuerdo bien) y, a juzgar por el aspecto, no había sido abierto por siglos. Sherlock Time y su amigo se habían metido allí por alguna caprichosa razón que, hoy, escapa a mi memoria. Tal vez para investigarlo, tal vez para comprarlo, no llego a precisar el motivo ni, mucho menos, el precio, máxime con tantos cambios de moneda. Lo cierto es que allí adentro estaba, en verdad, oscuro. Y la inquietud se advertía en el rostro del amigo, pero no tanto en la de Sherlock quien, como buen héroe, era más bien tirando a inexpresivo, a "cara de lata", como decía Alberto.

Se percibía (pese al límite estricto de los cuadritos) el olor a humedad y a encierro y un cierto aroma a circundante amenaza, como tienen todas las cosas desconocidas. Un dibujante debía ser muy pero muy valeroso para meterse en aquella casa. Fundamentalmente porque allí adentro había desaparecido cierta referencia espacial y habían desaparecido, más que nada, las líneas. Y eso es desconcertante para alguien que dibuja y que, fundamentalmente, como yo, se había quedado pegado con el estilo nítido y lineal de Roy Crane, por ejemplo.

El "Pepe Dinamita", de Crane, tenía ojos que eran apenas dos puntitos y su boca, a veces, un módico trazo descendente. O las cosas de Hugo, sin ir más lejos. Pratt cruzaba dos líneas que subían y se entrelazaban (como un biorritmo vertical) y lograba el humo de

una fogata. Metía una pequeñísima nubecita frente a la boca de los indios Mungos, y era el aliento en ese bosque congelado.

Pero allí adentro, en la densa oscuridad de la casa, no había líneas. Solo una colisión de blancos y negros. De delgadas franjas de luz que se filtraban por las rendijas de los ventanales cerrados e iban a chocar contra los polvorientos muebles, modelando las formas. Para colmo, la casa estaba llena de adornos, de jarrones, de candelabros, de objetos de arte. Y a todos los corporizaba Alberto contrastando los volúmenes. Algo así como lo que hacía Arturo Del Castillo, en "Randall, the Killer", salvo que Del Castillo insinuaba los planos con un plumeado de miles de rayitas. Pero tampoco había líneas, líneas que marcaran el contorno de una pared o la división entre la luz y la sombra. Daba la impresión de que podía venir un viento (de esos vientos fuertes del desierto, que hacen rodar esas pelotas de arbustos) y llevarse el rancho, los graneros y hasta los caballos, desarmando con enorme facilidad ese hojaldre de tinta china. Pero lo de Alberto era pincel, trazo grueso, solución vigorosa. Me admiré muchísimo del estilo, pero supe (yo era adolescente aún, y algo vago) que no tendría capacidad ni paciencia para ese dibujo que se acercaba, por momentos, más a la escultura que al cómic. Supe que no encontraría a Alberto Breccia en esa casa.

Encontré a Alberto, sin embargo, en el año 72, en el Salón de Córdoba, y me pareció raro poder hablar con él, compartir cosas. Porque el asombro no venía de haber acompañado a Sherlock Time en la casona. Venía de antes. Venía de más atrás, incluso de "Vito Nervio", que había salvado a la humanidad en más de una oportunidad, cuando yo era chico, de la amenaza apátrida del "Triángulo Verde", desde las páginas del *Patoruzito*. Pero Vito Nervio (¡qué fantástico nombre!) hablaba en forma un tanto acartonada ("¡Arremete, fiel Alí –ordenaba a su asistente negro–, como toro en un bazar!"), y yo no lo percibía muy real o muy cercano, al menos. Y, además, una cosa es releer una historieta, un cuadrito tras otro,

tirado sobre los mosaicos del patio de mi casa y otra, muy diferente, es hablar con el propio autor, en el departamentito del Crist, flanqueados por Quino y Lino Palacios.

De aquel encuentro, legendario ya, me quedó una foto maravillosa. Somos un grupo grande, unos treinta casi, desplegado frente a la cámara. Uno de los primeros, de pie, sobre la izquierda, es Oesterheld. Después, entre otros, están Quino, Caloi, el Turco Salomón, el Lolo Amengual, Cognigni, Lino Palacios, Kalondi (levantando los brazos), el gordo Bróccoli, el Menchi Sábat, Pequeña, Coquito Feldman. Parados, últimos sobre la derecha, están Breccia y el Negro Crist. Alberto, un poco a lo guapo, la mano izquierda en la cintura, el pucho en la otra, quizás debido a las reminiscencias de su pasado en los corrales de Mataderos. Es el mediodía, tal vez después de almorzar, estamos en una especie de parque y hay una luz bárbara. Y yo me pregunto: ¿qué llevó a Oesterheld y a Alberto a meterse en esa casa oscura? ¿Qué desafío impulsa a un dibujante a zambullirse junto a sus dibujados en un ámbito donde todo debe ser solucionado, tan solo, con luces y sombras, con algunos dosificados blancos y agobiantes masas de negro? Para colmo, cuando el amigo de Sherlock estira la mano hacia un picaporte para abrir una puerta, una gota oscura y pesada, desprendida del techo, le cae en la mano. Y es sangre.

Diez años después, estábamos en “Cocoyoc”, un hotel hacienda en las afueras de la ciudad de México (si es que la ciudad de México sigue teniendo afueras). Alberto daba una charla para dibujantes mejicanos, argentinos y españoles. En las primeras filas, más atentos y concentrados que ninguno, estaban Leopoldo Durañona y José Muñoz. Paradójicamente, dos de sus alumnos más aventajados y profesionales reconocidos ya, en aquel momento. Es que, para ese entonces, el maestro se había metido, además, en muchas otras casas oscuras. Había salido, también, y, por ejemplo, a las enceguecedoras amplitudes del Ártico para luchar contra una

criatura antecesora del Alien. Experimentaba día a día con los sobresaltos del *collage* y, en suma, era muy difícil seguirle el tren. Por eso, cuando ya todos nos habíamos habituado a la oscuridad de esa casa, cuando ya nuestros ojos empezaban a acostumbrarse a la negrura, cuando nuestros pasos vacilantes de lector lograban eludir la pesadez de los muebles, se hizo la luz. Porque Sherlock y su amigo habían visto repetirse la pesadilla, nuevas gotas de sangre habían seguido cayendo desde el cielo raso, primero desde el primer piso, luego desde el segundo y finalmente desde el tercero. Sherlock (más íntegro, héroe al fin) había desprendido las semipodridas tablas del piso de la buhardilla con una barreta y había encontrado, allí, una masa humanoide quizás y delicuescente, espantosa. Y su amigo había corrido, preso del pánico, hacia cualquier lado. Fue cuando se hizo aquella luz brillante, desmesurada, que no nos permitió ver el final. Final que luego nos contaría Sherlock, ya más tranquilo. La torre del caserón, la vieja torre cubierta de enredaderas, no era otra cosa que una nave espacial, que había echado vuelo ante la cercanía de los visitantes. Y así quedamos, con el amigo de Sherlock Time, con José Muñoz, con Durañona, deslumbrados, mirando hacia arriba, atisbando el lejano fulgor de la nave. Habíamos creído entender los trazos oscuros del pincel, cuando se encendió todo. Alberto lo seguiría haciendo. Nunca se quedó, por cierto, en la tibieza del mediodía, después del almuerzo.

Caminaba

Caminaba.
Lentamente, y a veces apenas.
Lo hacía siempre, como con miedo,
como si no fuera de él el camino.
Le llegaba, tierno, elemental y ajeno
ese vibrar pequeño que tiene el aire de la siesta,
cuando no llega a ser algo más que el paisaje,
cuando es acaso un callado parpadeo caluroso.
Tenía, siempre tenía
aquel respeto blando
y un poco tonto,
pensaba,
por todo aquello tan sutil y primario
como era la tarde.
Consideraba
que hurgar el tiempo,
variar las cosas
e, incluso,
recepcionar la cordial y tímida brisa por momentos
no era justo,
no estaba bien,
no le correspondía.
En suma
a él,

que solo tenía el capricho
austero, inútil, informal y tibio
(informal y tibio)
de caminar.
Porque me quedó,
no sé,
algo que es difícil de explicar,
tal vez por tonto,
aunque no creas,
pero es difícil de explicar por tonto.
Me quedó, acaso,
esa pena tenaz
y casi dulce,
no sé,
que no te llega a doler
pero te moja,
te deja
tan blando por dentro,
tan caído.
Quisiera poder decirlo de otra forma,
pero es difícil saber que tiene uno,
que tiene uno adentro
y, además,
y, además, explicárselo a un amigo.

Poema 2

Había caído en el fondo mismo de la tarde ese sopor tibio
y húmedo de la pena.
De la pena.
Había trepado por las paredes tersas de la tarde ese rumor
ahogado de la sombra.
De la sombra.
Había empapado el vientre mismo de la tarde ese vaho espeso
y grumoso del cansancio.
Del cansancio.

Y había quedado, apenas quieto, apenas solo, ese resplandor
pequeño, fugaz, desdichado y triste, de la luz.
De la luz.

Louis Armstrong

Me van a decir, seguramente, que Louis Armstrong ha muerto.
Por ejemplo. Y yo lo creeré. Seguro que lo creeré.
Nadie me negará, no obstante,
que algun día, me vendrá a buscar,
un poco más atrás del sonido,
un poco más allá de lo que puede escucharse,
una vibración casi musical y rítmica, en el aire.
Y será él.
O que, si, tal vez, algún día,
me sorprenda en los labios
una canción negra,
penetradamente triste y negra,
casi sin sentirla,
quién sabe.
O que alguna tarde,
o mejor, algún atardecer,
parado en la esquina de Santa Fe y Mitre,
esperando algo o alguien,
en la fisura quebrada del sonido neumático del 200
y la bocina algo aguda de un Citröen,
se deslice, de perfil,
un pequeño trozo de melodía oscura,
pegajosa,
húmeda,

apenas un trozo,
no más.
Y será él.
Pero si me dicen que ha muerto,
lo creeré,
claro que lo creeré.
Ha muerto.

En el siglo XVIII

En el siglo XVIII (siglo más, siglo menos) algún artesano perfeccionista fabricó la máquina. Desde aquel entonces, según se sabe, la máquina, desagradecida, no fabricó ningún artesano. Estos fueron raleando, incluso en avanzados centros de la manufactura, como en las palaciegas cortes italianas.

En la corte de los Borgia, no obstante, se mantuvo una pléyade de artesanos, luchando contra la incomprensión del ambiente que no solo ignoraba lo que era la artesanía, sino que incluso ignoraba lo que era una pléyade. Los *condottieri* se hallaban dedicados a la producción en serie, como Ícaro di Provenza, quien con su esposa por dos veces tuvo cuatrillizos.

Es historia que, en la corte de Bizancio, durante 90 años, tres generaciones de siervos artesanos fabricaron un bellísimo corcel en madera repujada, hierro forjado y ágata galiffi. Sus ojos eran incrustaciones de madrépora y sus crines finas hierbas de cristal tornasolado. Finalizada la hermosa obra, se la obsequiaron a Vincenzo VII, *il principe nero*, quien dedicó inmediatamente el corcel a la reproducción, y le rompió la cuerda.

El último bastión de bizantinismo fue el taller de Lucrecia Borgia, de donde surgió el barroco y sus hermanos, en los hábiles dedos de Tiberio Garloppiano, inventor de la garlopa centrífuga, quien hacía molduras en las molduras de las molduras y fileteaba con filetes los filetes.

Muerta Lucrecia Borgia por haber ingerido cianuro en mal estado, Paola Borgia tomó su lugar. Paola Borgia era prima de Lucrecia, siendo más conocida por la “ópera prima” no solo por sus condiciones líricas sino por las veces que había sido operada de su pierna de madera (de ébano libanés) para extirparle várices y termitas. Ante el ocaso de la artesanía, el taller de los Borgia marchó al fracaso debiendo sus artesanos dedicarse a otros trabajos manuales, como estrangular a sus patrones, por ejemplo. Ante esta asfixiante evidencia, Paola Borgia se embarcó en una jangada que hacía el *tour* Génova, Ciudad del Cabo, Río y Rosario, y donde fue aceptada dada la flotabilidad de su pierna de madera. Compartía la tripulación con su tío Carlos María Borgia, individuo altamente exquisito, tan exquisito que fue el primero en ser devorado por los salvajes del Amazonas.

Sola en un continente desconocido, llevando al hombro su jangada, Paola Borgia aceptó la propuesta de un caballero francés quien le propuso trabajar en Rosario, República Argentina, en una santería de nombre Pichincha. Ya en Rosario, conoció muchos señores influyentes con los que compartió largas horas de sobrecama. Comprendió que la ciudad necesitaba en materia mobiliaria un retorno a las fuentes, de las cuales había sido alejada por influencias nórdicas, el complejo industrial y el complejo de inferioridad. Desarmando su fiel jangada y ayudada por un formón, un serrucho con tres dientes de leche y una lisa lija de agua bendita construyó un hermosísimo sillón turco.

Y fue justamente el 3 de octubre de 1970 que, en la calle principal de Rosario, Córdoba 106, se abrieron las puertas de Borgia Decoraciones, restaurando en la ciudad y alrededores el buen gusto clásico y la artesanía sensitiva.

Hoy, a veinte años de tan fausto acontecimiento, Borgia invita a usted a la recepción que dará a sus amigos en el local de La

Cornamusa para celebrar entre el tañir de las guzlas y los laúdes los halagos que le ha dado tan bella profesión.

Que ya lo dijo el Conde Giaccomo di Luppara: “El mismo Jesús hubiera vivido más años si en vez de dedicarse al socialismo hubiera seguido en la carpintería del padre”.

La mala

Pero es al pedo, viejo, cuando viene la mala viene la mala. Cuando la mano viene cambiada no hay vuelta que darle. Y yo estuve hablando con el Papita un par de días antes del partido y me decía “ando para la mierda, Negro, para la mierda”.

Me contaba que hacía como siete partidos que no embocaba una pepa ni por joda, que la hinchada lo reputeaba desde que aparecía por el túnel, que ya pedían que pusieran a un pendejo de las inferiores que parece que la hace de trapo y todas esas cosas.

Vos viste cómo son las hinchadas, son unos hijos de mil putas, mirá si les habrá ganado partidos el Papita a esos guachos. El campeonato del 69 me acuerdo que se los ganó él solo. Y después una mala racha la tiene cualquiera, porque no me vas a decir que no la tiene cualquiera.

El jugador es un ser humano viejo, un ser humano como cualquier otro. Y ahora salen conque el Papita es un viejo choto, que no le sabe pegar, que panzonea en la cancha, que anda de re joda. ¡Que no le sabe pegar, fijate vos el coraje para hablar al divino pedo! ¡Que el Papita no le sabe pegar!

Mirá, yo jugué con el Papita en San Martín de Ramallo, dos años jugué con el Papita en San Martín de Ramallo. ¿Viste esas pelotas que vienen silbando, así, dando vueltitas? ¡Unos balazos sacaba el hijo de puta! Y no al bulto, te la colocaba, te juro que te la colocaba. A veces, cuando ya terminábamos la práctica, nos quedábamos los dos, a veces se quedaba también el Mono Tissera, el que jugó con

vos en la Liga Corralense, al que quebraron en la final con Timbúes. Bueno, nos quedabámos los tres y el Papita me lo cantaba “arriba a tu derecha, Negro” y pum, la ponía ahí. “Abajo, a la ratonera” y pim, sacaba un guachazo seco el desgraciado, porque le pegaba cortito y andá a agarrarla.

Me hacía acordar a Peloso, el que jugó en Ñuls, ¿te acordás?, y no sé quién patearía mejor, no sé, eh, no sé.

Y ahora estos culorrotos salen con que no le sabe pegar. Hay que joderse. Que anda mal, sí, anda mal, y bueno, ¿qué mierda quieren? Es verdad, anda mal. Pero antes de empezar el partido me dijo, se acercó a saludarme y me dijo “hoy te desvirgo, Grone”, y me jodía el hijo de puta. Y eso que se estaba jugando las bolas en ese partido, una final con nosotros para colmo y él sabía positivamente que si ahí no le renovaban el contrato, no sé dónde mierda iba a ir a jugar. Porque esa es la verdad, el Papita no será un viejo choto, pero tampoco es un pendejo de esos que los cuelgan en un lado y se pueden ir tranquilamente a otro. El Papita ya no está para esas cosas. Y me decía eso porque era la oportunidad para reivindicarse, como quien dice, frente a los hinchas, vos viste como es la hinchada de Maciel. Además, no te perdonan una.

O sea, yo venía con el arco invicto, trece partidos sin goles en contra y ahí nos esperaban para hacernos refucilar el orto como pudieran. A los cinco minutos, yo ya dije “cagamos”, se vinieron arriba como desesperados y nos entraron a cagar a pelotazos. La defensa nuestra era un quilombo, no agarrábamos a nadie. El Pata García, que es un mariscal, vos lo viste, no cazaba un tipo ni con un gancho. Los marcadores de punta eran un desastre. ¡Dios querido, lo que era eso! Yo no sé en esos primeros diez minutos cómo no nos enchufaron dos o tres pepas. Y eso que la defensa nuestra es una señora defensa, pero yo no sé qué mierda pasaba que no parábamos ni el colectivo. Hasta que, a eso de los quince minutos, el más chico de los Grafigna, ¿viste que son tres hermanos?, el más

chico de los Grafigna, al diez de ellos lo levantó como sorete en pala. ¡Una estrolada le metió el hijo de puta, mirá, que lo levantó como veinte metros y lo reventó contra el alambrado! ¡Qué quilombo se armó! La hinchada se quería meter a la cancha, por ahí medio se cagaron a trompadas el Pelado Suardi con el cinco de ellos, un quilombo.

Después se calmaron las cosas y ahí cambió el partido. El diez de ellos, que la pisa que da calambre, se fue al mazo, ellos entraron a dar, nosotros empezamos a repartir como en la guerra. Y en ese juego, a la defensa nuestra, viejo, cuando le llega el momento de poner gamba, los muchachos están felices y contentos. Termina el primer tiempo y cero a cero.

A todo esto, el Papita si había tocado dos bolas era mucho y cuando salió lo putearon, lo gayearon, de todo. Yo creí que en el segundo tiempo no lo ponían, pero salió de nuevo.

Bueno, a eso de los diez minutos, un contragolpe nuestro, gol. Si vos vieras cómo se quedaron. De nuevo se nos vinieron al humo, nos cagaron a pelotazos y por ahí le dan un fulbo al Papita. El wing izquierdo se la pone corta, el Papita hace que la va a buscar, la deja correr y lo hace pasar a uno nuestro, entonces agarra y mira a la punta derecha como para meter el cambio al wing derecho o al cuatro que subía, y así, sin mirar, saca un chanfle impresionante, pero al arco. Te juro, yo la vi venir y dije “gol”, para colmo estaba adelantado y seguro que este hijo de puta me había relojeado antes de recibir la pelota. Pero mirá lo que es la mala leche de un tipo cuando anda con los botines cambiados, la guacha pegó justo en donde se juntan el palo con el travesaño. Pegó ahí, mansita, porque ni pateó el Papita, la puso, y te juro que hubiera sido un gol como para que el Papita le mostrara las bolas a toda la tribuna, como un duque, porque después de eso, basta. Pero dio en el palo. Sobre el pucho, se pianta el once de ellos, se cierra y me fusiló desde medio metro. Creo que me dio en el pecho y rebota para la derecha. El

Papita llegaba solo, solo, eh, le pega mordida y la manda afuera. Me cago. Me dio una pena, viejo. Después lo miraba y veía que sacudía solo la cabeza, sin estar en juego, solo puteaba en voz baja, y se pegaba con la palma de la mano en el muslo, así, se puteaba. Faltaban dos minutos y nosotros ya estábamos clasificados. En realidad, con empatar nos clasificábamos, así que íbamos fácil. Pero no sé qué cagada se mandó el Pata, quiso cancherear una pelota fácil, se la robaron y penal. Bueno, te imaginás, se lo dieron a patear al Papita. La hinchada no quería, puteaba de lo lindo, pero el otro negrito que podía patearlo, el once, era al que le habían hecho el penal, y poco menos que lo habían sacado en cuatro pedazos. Para colmo, los muchachos lo jodían al Papita para ponerlo nervioso, ¿viste?, como siempre. Y yo me dije, ganar, empatar, acá es lo mismo. Me le acerco al Papita y medio con la excusa de sacar a los muchachos para que no lo jodieran, un poco como si yo fuera a cargarlo también, así, sonriendo, le bato “me tiro a mi derecha, Papita”. Y me voy para el arco. Cuando toma carrera, me corro a la derecha, él la pone despacito al otro lado, la pelota toca el palo y se va afuera.

Sin embargo

(entremeses para un relato radiofónico)

Sin embargo, ¿qué podía esperarse de todo eso? A veces detestaba su imaginación de aquella soga o piola o hilo sizal o zisal (como mierda se escriba) o más bien hilo peludo como la pata derecha de una araña pollito zurda y la dejaba correr por el patio de baldosas flojas y una rota en la esquina o en la punta, porque en la esquina lo que estaba roto era el farol. Pero, ¿quién sino él podría hacerlo, si supiera (que aún dentro de su alma conservaba aquel cariño que tuvo para él) aun cuando más coser y bordar o abrir la puerta para ir a juzgar, como su padre que fuera juez y parte, mas nunca testigo?

Resumiendo, entonces, las manos quietas como piedras quietas sobre el teclado de la máquina de escribir como que era una mentira falaz y sucia eso de máquina de escribir porque sola no escribía nada, pero nada de nada. Resumiendo, digo, y ya es decir demasiado, Carmelo se atusó el cabello rubio y fino como el de una muñeca que habla, camina y pide pis, y se oprimió las sienes que tenía a ambos lados de la frente sobre los pómulos bajo una transpiración copiosa, húmeda, tangible, pegajosa y molesta. Pero poco quedaba ya por lamentar, de nada valía llorar o gemir, ni siquiera ocultarse bajo el escritorio de madera oscura como la sangre de un toro, morcilla de pellejo negro y tirante, y taparse los oídos, los dos oídos, para no escuchar, cubrirse los ojos con las rodillas, lógicamente flexionados con ese dolor ritual en la ingle. De

nada valía siquiera procurar meterse en el segundo cajón empezando de arriba pues, más sería el tiempo perdido en sacar los biblioratos, los papeles, las gomitas, el jabón pegoteado de papel higiénico amarillo patito y la toalla o tuaya mugrienta y peluda como la misma pata derecha de aquella araña que supimos mencionar renglones arriba. No, más arriba, casi en la otra hoja.

Para Carmelo, solo el reloj estúpido y criterioso, monótono y boludo y para colmo grande en la pared del fondo, arriba, podía traerle la retirada que no era deshonrosa porque huir no es de cobardes, no, ¡no!, que el general Quiroga fue en coche al muere si es por eso y eso no era escapar, no. En suma. No.

Pero tampoco podría levantarse así, como un resorte de la silla, como un muñeco de la caja de sorpresas, como un tiovivo, sí, eso, un tiovivo si acaso así se llamaran y antes que el silbato penetrante y agudo, largo como un camino del desierto de Negep o de más allá, del Gran Mogol, tal vez, le dijera, le indicara, al Carmelo, ya te podés ir, tomatelás pronto antes de que aparezca Vanzino por esa puerta, no, por esa, que es la de la calle y te grite, te relaje, te putee, te pegue, te cague a trompadas, hijo de una gran puta, por eso que le escribiste en la nota de ayer cuando la ibas de machito, de dueño de la verdad, de paladín de la pluma y la palabra y hoy estás esperando el pito final como el atleta clavado al piso de granza con los timbos claveteados, los dedos en el suelo, la boca seca, el corazón al máximo, los oídos en sangre viva para captar el tiro de largada, para saltar para adelante como un lanzazo, como una puteada contenida, como un gomerazo de pendejo sucio y pendenciero. Carmelo no quiere parecer apurado, no quiere parecer que está esperando que suene el pito, ese pito, y tomó las carpetas, todas, las amarillas también, los puchos, el encendedor y camino hacia la puerta donde ahí mismo, parado, quieto, negro, duro y serio, estaba Vanzino. Vanzino, con la mano bajo el saco, bajo el sobaco. Vanzino. Porque también la cosa está en los nombres, en cómo suenen, en las

palabras, pero más, más en los nombres. Porque se puede estar transmitiendo agarrando el micrófono con las dos manos casi pegado el fierro a la boca, y la camisa abierta transpirada y abierta, los auriculares ciñendo las orejas y las sienes como un dolor de cabeza y ahí valen los nombres, tienen que venir de abajo, carraspeados, desde el fondo mismo del esternón, tienen que llegar como un jadeo, lastimarse a gritos en el fierro, tienen que ser llenos, digamos, macizos, nutridos, eso, nutridos. Tienen que llenar la boca, carajo, atragantarla, que se los pueda masticar, escupir, como puede ser digamos Marrapodi, viejo, Marrapodi: "¡Volooó Marrapodi y echó al córner!". Marrapodi llena la garganta, sube y se puede arrastrar, no queda encía, muela, paladar sin Marrapodi para deletrear casi con asco, con afonía. No, Marrapodi además volaba y se quedaba colgado en el aire con la pelota suya como un dirigible. ¿Remate? "¡Vuela Marrapodi y atrapa!".

¡Roque Marrapodi!, para colmo, nombre para reventarse las venas del cuello y que lloren los ojos por un solazo bárbaro de domingo a la tarde, lleno de gente porque entró Masantonio o quien sea y "tiraaa y allá sale disparado Marrapodi como un lanzazo", la boca abierta, más abierta, los ojos casi en blanco, el pelo exagerado en el aire, un pie aquí y el otro allá, un manchón verde, uno gris, ese golpe en la punta de los dedos como quien puede manotear un pájaro, una gaviota, caer hecho un manojo en el aire, los bigotes misturados de césped, el olor, relojear por debajo de un brazo y la ingle dónde fue a parar esa bola y gritar sintiendo la garganta afiebrada de flema "volooó Marrapodi", medio arrastrando los dientes y la lengua, la doble erre, porque ya estaba el flaco con el fulbo bajo el brazo yendo a buscar la gorra que quedó en el otro palo. O quizás Camaratta, pero un poquito menos, ya que siempre debía jugar en cancha de Atlanta donde es puro tierra y cada entrevero era una polvareda tremenda, donde catorce hinchas se morían de calor y odio y miles pero miles de argentinos escuchaban succionados por el

radio la voz porteña del balonpié, pasión de multitudes “¡CA – MA – RA – TTA!”, que salvó su arco de segura caída. Camaratta, carajo, no Blazina, por ejemplo, porque decir Blazina es como decir felino o colina, algo plástico, estético. Otro, Mirko, volaba en treintaitrés revoluciones: ahora un brazo, después el otro, flexionar la rodilla, el pelo ahora extendido en el aire, una cosa blanca blanca, pero todo como en cámara lenta, muda, como un vacío que se hubiera chupado el rugido de la tribuna. Solo Blazina planeando, en blanco y negro para colmo, que eso no es para hinchas, es para artes visuales. No, no se puede transmitir sin esos nombres. Ojalá estuviera Marrapodi o Camaratta o Marracatta o Camarrodi, Macarratta, “¡se tiiiira Macarratta!”, “¡Volooó, Camarrodi!”. El micrófono hecho un puñal, un puñetazo sudoroso. ¿Cómo puede haber un arquero García, por ejemplo? García. ¿Qué se va a decir, “volooó García? Si queda en la boca esa sensación desierta y adormecida de cuando uno come pastillas de menta, carajo. Nada. “Voloó García”, qué mierda va a volar ese boludo. Que se quede parado para eso.

Dios es argentino (siete reflexiones sobre el Ser Nacional)

1

Cualquier criollo nacido en esta bendita tierra sabe que Dios es argentino. Por algo dotó al país de ubérrima riqueza y todos los climas. Es cierto que en Brasil dicen que Dios es brasileño, pero ya conocemos lo fantasiosos que son los hermanos del norte e, incluso, su manía posesiva. Bastante tenemos con discutir, aún, si Gardel era argentino o uruguayo para que tengamos que iniciar una nueva controversia sobre propiedades. Lo cierto, lo evidente es que Dios es argentino. Tal vez sea hijo de italianos y haya sacado la doble nacionalidad por esa cuestión del pasaporte para moverse en la unificada Comunidad Europea.

Pero, de todos modos, el 17 de noviembre por la noche dio un nuevo testimonio de su ciudadanía. Ocurre que, en su infinito saber, nos pone permanentemente a prueba. Nos debe estar reservando una recompensa en verdad grande, porque a poco del arranque, no más, Diego la protege sobre la derecha, gira ante un par de grandotes y la eleva al medio (no son meros centros, son "proyectiles inteligentes", que buscan solos las cabezas de sus destinatarios). Batistuta, casi en el punto del penal, le pega con el parietal izquierdo y la tira afuera.

Después es Balbo, quien, tras recibir de Diego y luego de un rebote caprichoso, elude al arquero y cuando va a definir, se ve

despojado por la estirada postrera de un defensa. Entonces le toca el turno a Ruggeri. Le cae una pelota al Bati sobre la izquierda, le pega mordida y la bola deriva errática hacia la cabeza del Cabezón. Cerquita del arco, mete el frentazo a las manos del arquero. Después, otra vez Balbo mano a mano por la derecha, con Zabica, y tapa el 1. El destino, "empeñado en deshacer", como dice el tango, parece estar manipulando una clásica "Noche desgraciada". Una noche maléfica imaginada por Stephen King, donde nosotros erramos goles y ellos, en una sola llegada afortunada, nos roban todo. Pero el partido, hermanos, es, solamente una nueva encrucijada con la que nos está probando el Altísimo. A los 15 minutos del segundo tiempo se va al gol por la derecha, sin siquiera levantar la cabeza. Busca el centro abajo, la pelota pega en el pie de Tobin y toma vuelo describiendo una rara parábola (¿"la parábola del desierto", quizás?), dejando a medio camino al arquero australiano y yendo a caer sobre el segundo palo. Allí llega Balbo, y, con Balbo, yo, que me levanto de mi asiento haciendo volar un pedazo de pizza; mi madre, que en su casa mira y no mira el encuentro por temor al sufrimiento; Menem que, en Olivos, meza frenéticamente su nuevo peinado, y 30 millones de argentinos que nos abalanzamos para empujar esa pelota terca adentro del arco. Y no es necesario. La de cuero nos supera a todos, pica en la línea, golpea el poste y se mete arriba, donde la red hace pendiente.

2

Lo peor que hace Madonna cuando viene a la Argentina, no es corromper definitivamente los espíritus criollos. Tampoco agrietar, con su conducta equívoca, la moral patricia. Ni siquiera, podemos decirlo, despertar las iras del implacable monseñor Quarracino, que se ofusca al sorprenderse asaltado por malos pensamientos. Lo peor que hace Madonna en su visita a la Argentina es arruinar, como

arruina, el estado del campo de juego de la cancha de River. Que esa muchacha se mofe de las convicciones del monseñor puede aceptarse (es joven y alocada después de todo). Pero que atente contra la memoria de don Adolfo Pedernera ya es demasiado. La grama hirsuta e indisciplinada, los panes de césped desprendidos, los montículos de tierra diseminados por las áreas, no configuran un escenario apropiado para el toque corto, fundamento de la filosofía del fútbol rioplatense. Por donde pasa Madonna, sin duda alguna, no crece nunca más el pasto. Todavía no comprendo cómo el Altísimo perdona buenamente tamaña ofensa.

3

Los neurólogos llegan a una conclusión esclarecedora: el sistema nervioso de la sociedad argentina depende de un solo nervio. El nervio ciático de Diego Maradona, malamente afectado. En la madrugada del 1° de noviembre, Paul Wade, su rudo pero leal cancerbero, ubicado en la posición de *stopper* acupunturista, le aplica por fin la estocada final, el puntillazo definitivo. Diego, torpedeado debajo de su línea de flotación, advierte cómo su delicado sistema de equilibrio, el giróscopo interno que rige su balance, se hace trizas. Lo advertimos también nosotros, en las antípodas del planeta, viendo al ídolo aguantar por cabezadura y amor propio. Pero termina el partido arrastrando una pierna que parece entablillada. De allí en más, la vigilia. ¿Estará Diego para la revancha? ¿Estará Diego para el Mundial? ¿Volverá a jugar? ¿Volverá a bailar "y dale alegría, alegría, a mi corazón", la canción rockera que Fito Páez compusiera para él? Los hinchas de Ñuls (su actual equipo) sufren doblemente, comprobando que "el diez" no se calza la roja y negra por preservarse para la selección. Y la gente de Boca esperando que Diego diga algo sobre la tentativa del regreso. Para un club mediano (como Ñuls) tenerlo a Maradona es como

estar de novio con Kim Basinger. Hay que aguantar todas las insinuaciones, el coqueteo con la estrella, el acoso sexual.

4

Infinidad de intelectuales discuten sobre el fenómeno de la televisión y su función como propaladora de cultura. La “caja boba” llegan a llamarla, “la Cenicienta de los medios”. Sin embargo, si la televisión hubiese sido inventada tan solo para transmitir el fútbol, ya está justificada con amplitud. Uno, que ha escuchado Argentina–Checoslovaquia (el bien llamado “desastre de Suecia”, 1–6) en el Mundial del 58 por radio, a través de la voz de Joaquín Serantes Carvallo (“Fioravanti”), en una transmisión rayada por las descargas, estremecida por la estática, oscilante por los devaneos de las ondas sonoras en su azaroso cruce sobre los mares, sabe de qué se trata. Ahora es cosa de poner el despertador a las cinco de la mañana de un 1° de noviembre, servirse un café apenas cortado con leche, acomodar otro sillón frente al que uno se haya sentado (para apoyar los pies), preparar una pastillita de Valium, por cualquier cosa, y encender el televisor. Y allí, en la pantalla, en el otro extremo del globo, en las espaldas mismas del planeta Tierra, a miles de kilómetros de distancia, estallan los fuegos artificiales y el colorido del estadio australiano. En vivo y en directo. En el mismo momento en que uno bebe el primer trago de café y se frota las manos. Si alguien quiere discutir el buen o mal uso de la televisión, que lo haga. Es posible que yo también lo imite. Pero ahora déjeme que tengo que ver el partido.

5

“Maradona es un gato”, dice Valdano. “Se lastima, se lame y se cura”. Y es así nomás la cosa. Tras un paso sin demasiada gloria por el

Sevilla, con sus clásicas turbulencias ante los directivos, con su *dossier* secreto, documentando gráficamente sus escapadas nocturnas, con insultos a Bilardo incluidos, Diego vuelve a la lucha. Se interna en Uruguay con un dietólogo chino y aparece diez días después, más flaco que nunca. Tan flaco que asusta. Hasta los ojos parecen más grandes y las pestañas más largas. Le han aparecido pómulos y ciertos ángulos en la mandíbula que estaban ocultos. Para colmo, se ha cortado el pelo como un marine y está visualmente más cerca del "Pelusa" o el "Nene" (como también le dicen) que "del mejor jugador de todos los tiempos". Aparte, la dieta china parece haber incluido cuatro o cinco platos fuertes de filosofía oriental. Diego llega a Rosario envuelto en una placidez y una distensión casi mística. Está bueno, calmo, prudente y nada agresivo. Habla de sus nenas, del pueblo y de todos los que lo ayudan. Da la impresión de que, en cualquier momento, comenzará a teorizar sobre el yin y el yang. Entrena fuerte y afila su zurda mágica.

Sin embargo, luego del primer partido repechaje con Australia jugado en Sídney y terminado en empate, el árbitro húngaro Sándor Puhl declaró haberlo visto sin fuerza. "Maradona parecía totalmente fuera de forma", afirmó el impío. Después de tanto esfuerzo, resulta que el magyar añora los 12 kilos perdidos por el ídolo. "Pienso que rendía mejor cuando estaba más gordo", concluyó para aumentar el desconcierto general. ¿Quién conforma el pensamiento socialista? Así les va en la vida. Quizás, para atenuar el efecto de las declaraciones de Puhl, los australianos, generosos, regalen un par de osos koalas a Diego. "Ya que se llevan de vuelta tan solo un punto –le dicen los directores del zoológico– al menos llévese usted dos osos koalas". Diego agradecerá, congratulándose, asimismo, de no haberse detenido maravillado frente a la jaula de los hipopótamos. "Con un solo koala que se coma –insiste el tozudo Puhl– ya estará en forma". Finalmente, Diego deja a los pequeños marsupiales en

Australia. No puede someterlos a tamaña presión. En la revancha, los koalas deberían decidir entre alentar a los suyos o a los de su amo. Diego ha alcanzado la sabiduría de un lama.

6

La polémica se instala en la sociedad argentina: ¿ganar o gustar? ¿Jugar bien o conseguir los dos puntos a cualquier precio? ¿Hay una identidad nacional futbolera que puede definirse como “la nuestra” o no hay un corno? ¿El que pronosticó “el fin de la historia” fue Fukuyama o Valderrama? El país aguarda y se divide. Unos (frívolos) insisten en atribuir mayor importancia al esperado encuentro entre el presidente Menem y Raúl Alfonsín (acordando la reforma de la Constitución que posibilita la reelección) que a la tan ansiada reconciliación entre Maradona y Ruggeri luego de prolongados desencuentros y declaraciones altisonantes. La controversia amaga con no tener fin. Las dos grandes corrientes de pensamiento, Rosas/Sarmiento, Braden/Perón, Bilardo/Menotti, no abandonan sus líneas de trincheras. Hay, quizás, una sola resultante clara: dejar todo en la cancha. Reemplazar con sudor el talento esquivo. “Huevo, huevo, huevo”, sintetiza la hinchada con la simplicidad de los grandes asertos. Y el más fiel representante de dicha propuesta es Carlos Mac Allister, el pequeño, rabioso y colorado marcador de punta de la albiceleste. Lo demuestra en el vestuario, después del partido en Sídney. Aparece ante la entrometida cámara de televisión absolutamente desnudo, en toda la magnificencia de su salvaje belleza. El periodismo verdad lo capta para el mundo y se convierte, en un mágico instante, en el ídolo de las mujeres argentinas. Ha dejado todo en la cancha, indudablemente, y muestra ante la cámara el porqué de su despliegue viril en el campo de juego.

7

“El que no salta es un inglés”, brinca la hinchada en torno del Obelisco. Sin duda, la inspiración de José Hernández (autor del *Martín Fierro*), nuestro poeta mayor, no alcanza para lograr una rima aceptable en “el que no salta es un australiano”. Pese al mal tiempo y a la llovizna de la noche del 17, los cuerpos que festejan se empapan de sudor. Somos los ya famosos “espaldas mojadas”, los que entramos en los Estados Unidos, el país de las maravillas, la tierra de Disneylandia, ocultos en un vagón de carga, atravesando dificultosamente el desierto de Gila. No cierren la frontera todavía. No nos obliguen a casarnos con una norteamericana. Acá estamos los argentinos. Tenemos los papeles en regla. Acaban de concedernos la visa. No tenemos ningún cargamento ilegal. No nos hemos tragado nada raro para comerciar en la frontera. Y si nos detectan algo extraño cerca de la garganta, no se sorprendan. Créanme, es que todavía tenemos el corazón en la boca.

Escribir un *best seller*

La primera y esencial condición para escribir un *best seller*, mis queridos amigos, es proponérselo. Convencerse a uno mismo de que está en condiciones de conseguirlo y acometer sin demoras la empresa. Ustedes deberán tener la más absoluta convicción de que son capaces de escribir un libro que sacuda al mercado y les depare fama, poder y riqueza. Y para ello será imprescindible (exactamente como lo haría un atleta de alta competencia) alcanzar el mayor grado de concentración posible. Quizás no encuentren ustedes, absorbidos por los estudios y los amoríos juveniles, el tiempo necesario para abordar los ejercicios de concentración. Pero bastará, a título de inicio, con repetir cien veces, todas las mañanas, al levantarse, "Yo puedo hacerlo. Yo puedo hacerlo. Yo puedo hacerlo".

Parece sencillo, pero no lo es. Ha habido casos, el de un alumno mío de Harvard, sin ir más lejos, con quien este recurso falló ya que no lograba repetir más de 20 veces dichas palabras sin tentarse de la risa. O el de otro condiscípulo suyo que afirmaba que, el ritmo monótono y repetitivo que impone la frase, le daba sueño y volvía a dormirse hasta pasado el mediodía. Pero son casos aislados, sin duda alguna, que se dan en personas desprovistas del fuego sagrado del escritor de raza. Por otra parte, el recurso de repetirse a sí mismo, como una letanía, esta sentencia que afirma la convicción del triunfo, no es algo novedoso, surgido del ideario esnob de algún vendedor trasnochado. Exactamente esta misma frase "Tú puedes hacerlo. Tú puedes hacerlo" es la que repetían, paso a paso, los

hoplitas de Ciro El Joven cuando marchaban hacia la batalla de Gaugamela, en los albores de la conquista de Macedonia. Disminuidos en número, estragados por el escorbuto y la disentería, encontraron en dicha reiteración marcial el ánimo necesario para enfrentar a las huestes del bárbaro Teodoredo. Y de allí, precisamente, de aquella jornada histórica, sobrevivió un libro, *El Último de los Hoplitas*, de autor anónimo, que aún puede encontrarse en las buenas bibliotecas de Alejandría.

De cualquier forma, si todavía albergan dudas con respecto a la concentración, luego de mi charla podrán hacerme preguntas al respecto en el diálogo abierto que moderará, quien está aquí, a mi lado, la gentil señorita Hosenball.

Conseguida la convicción, la fe en nosotros mismos, nos será fácil abocarnos a la escritura de la obra que tendrá por objetivo estremecer los índices de ventas. Y como todo entra por los ojos, acordemos que nuestra primera preocupación debe cubrir el aspecto físico del volumen. Nada de libros minúsculos o delgados. Nada de cubiertas insípidas o carentes de color. Dejemos eso para los ensayos o la poesía. Ustedes deben comprender que vuestro libro deberá competir en los supermercados con miles de otros ejemplares similares y con multitud de envases multicolores ofreciendo leche condensada, arvejas partidas, salsa de tomate o cortadoras de césped. Exijan entonces a su editor una cubierta brillante, con el título grande, faja anunciando el tiraje de la edición y con la foto del autor en la contratapa. Esto último, solo si el editor se niega a colocar la foto en la cubierta.

Solucionado el problema de la tapa, es importante que hablemos de la letra. La letra en que esté escrito el texto del libro deberá ser grande, redonda y clara. Nítida, en una palabra. Que el interesado potencial adivine que podrá pasar esas páginas aterciopeladas fácil y velozmente en busca del momento más ansiado por cualquier lector: el de meter el libro, terminado, de una buena vez por todas, en

su biblioteca. Deberá recordarse, asimismo, que no es conveniente marginar sector alguno del público y, casualmente, uno de los que cuenta con mayor poder adquisitivo, es el del lector ya maduro, cincuentón. Este lector gusta de hojear los libros, quitándolos de sus estanterías y en muchos casos se siente frustrado al descubrir que las letras son muy pequeñas y él ¡no ha llevado sus lentes consigo! Nada de letras minúsculas o mezquinas, entonces, mis amigos, que inducen a pensar al potencial comprador en que pasará una eternidad hasta que pueda dar cuenta de la novela.

Otro punto relevante es el del papel que ha de elegirse para la impresión del libro. Nada de papel fino, tipo biblia. Dejemos eso para los literatos soviéticos que fatigaron, por siglos, generaciones y generaciones de moscovitas con los lamentables resultados ampliamente conocidos. El papel debe ser corpulento, para que brinde un aspecto robusto y saludable al volumen, pero no al punto de tornarlo exagerado. Algo que el lector pueda decir, al observarlo: "Yo puedo leerlo, yo puedo leerlo". Y que no le signifique un desafío desmedido. Que el comprador perciba que ha pagado por algo sustancioso, con tapas duras, con vivos colores, que abulta en la mano, pero que eso no le implica meter en su casa a un invasor que le robará cientos de miles de horas de sueño, que lo alejará del cariño de sus hijos, de la práctica de los deportes y del cabal aprovechamiento del ocio. Y, después de todo, ese hombre no tiene tanta confianza con el autor, no le ha dado tanta injerencia en su propia vida, como para que este se le meta en su propia cama hasta altísimas horas de la noche. Si no les ha quedado claro este asunto, luego, en el debate abierto moderado por la enérgica señorita Hosenball, presente aquí, a mi lado, podrán acercarme sus preguntas.

Otra cosa importante: debe haber diálogos. Diálogos, mis jóvenes amigos. ¿Por qué? Porque se componen de frases cortas que permiten la presencia de numerosos espacios en blanco en cada

página. ¡Nada más desalentador para el lector no entrenado que una página repleta de palabras, sin espacio entre unas y otras, apiñadas como hormigas sobre un carozo, sin permitir un solo claro en el bosque para tomar una bocanada de aire fresco, una inspiración vivificante! Capítulos cortos, además. Que el interesado sepa que, apenas pasadas unas páginas, el capítulo se termina y comienza otra cosa, otra situación, otro momento. ¡Cuántas veces nos hemos sorprendido a nosotros mismos leyendo un libro, y mientras con una mano sostenemos el volumen sobre nuestro pecho, con la otra ya estamos buscando en las hojas venideras el final de ese capítulo que nos permita, de una buena vez, ir hasta la heladera a buscar una fruta o la ansiada lata de cerveza! Ténganlo en cuenta, noveles escritores.

Pasemos entonces a otro detalle fundamental para el logro final de aquello que verdaderamente nos desvela: fama, mujeres y dinero. O amantes, digamos, para ser más abarcativos, ya que advierto en los rostros de algunas bellas señoritas ciertas expresiones de disgusto. La primera frase, mis amigos. La primera frase, el primer párrafo de un *best seller*, es definitorio. Debe atrapar al desprevenido viandante que se asoma, desaprensivo, a nuestro libro. El mecánico electricista; el odontólogo; el analista de sistemas que ha ido al supermercado por una maquinita de afeitar, una jalea de arándanos o un racimo de nabo, debe quedar pegado a esa primera frase como la mosca a la tela de araña. Si ya ha caído en la trampa de un buen título, si ya ha advertido que la trama es amable y llevadera, si no ha huido a escape por una superabundancia de texto, no lo espantemos justamente ahora con la intrascendencia de una primera frase francamente estúpida. Cientos de novelas, en la historia de la literatura, se recuerdan solo por sus primeras líneas. Miles de ciudadanos de todo el mundo procuran deslumbrar a sus pares repitiendo, en cuanta ocasión propicia encuentran: “Nunca permitiré a nadie decir que los 20 años son la mejor edad del hombre”. O bien,

“Ayer murió mi madre. O anteayer”. Sin duda alguna, si preguntamos a esos petulantes cómo continuaban *Aden, Arabia* o *El extranjero*, balbucearán como peleles y no acertarán ni siquiera a recordar los nombres de los autores de dichos libros. Un alumno mío, de Richmond, por ejemplo, creía que *El extranjero* era un manual sobre comportamiento cívico para los hispanoparlantes y que se vendía a los “espaldas–mojadas” en el estado de Sonora. Recurramos, entonces, sin vergüenza, a fórmulas ya probadas. Nadie se escandaliza por repetir “Sí, quiero” cuando el sacerdote formula la fatídica pregunta, aun conociendo que esa frase ha sido dicha y reiterada por infinidad de personas en cientos de miles de oportunidades. “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”. Así comienza el libro *Cien años de soledad*, del escritor Gabriel García Márquez, que tuvo cierta trascendencia en los años 60. Muy bien, he aquí un buen ejemplo para el comienzo de nuestro libro, queridos amigos. Empecemos, así, encerrando la frase con comillas: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”. Ponemos una coma, y seguimos: “Peter Smith dejó sobre la mesita de luz el libro *Cien años de soledad* y se encaminó hacia la cocina en busca de algo con lo cual enfriar su whisky”. Es una excelente triquiñuela para abrir el fuego, recurriendo a una siempre distinguida cita literaria e internarnos, de paso, en el problema de Peter Smith que ha percibido que su trago ya no sabe tan bien. Mi colega García Márquez no podría enojarse, asimismo, ya que, de una manera u otra, se lo estaría citando en la obra, y eso ya es mucho para cualquier escritor latinoamericano. Pueden ir escribiendo sus preguntas, mis jóvenes amigos, y alcanzárselas acá, a mi compañera de mesa, la severa señorita Hosenball.

Abordemos ahora el remanido tema del tema. La idea básica, la estructura que sostendrá nuestro éxito de ventas. Pese a lo que puedan afirmar algunos, el tema de un libro es importante. Hallarlo, detectarlo, localizarlo, es fundamental. De cara a este aspecto angular de la creación literaria, ustedes deberán repetirse mil veces, antes de acostarse o después de las comidas, "Tú puedes encontrarlo. Tú puedes encontrarlo". Así lo hicieron los hoplitas, aquellos mismos abnegados guerreros que ya les mencionara, en ocasión de marchar hacia la decisiva batalla de Gaugamela, hondamente preocupados dado que no encontraban por ninguna parte a Ciro El Joven, su general y líder. Pongamos por caso que el personaje central de nuestra historia es un violador. Un joven violador es un personaje atractivo que nos promete, desde su presentación, sexo y violencia, dos elementos imprescindibles para acceder al triunfo. Habrá que documentarse, entonces, sobre esta actividad que, bien lo saben ustedes, no se enseña en las escuelas. Conseguiremos, por lo tanto, el testimonio de un auténtico violador, un delincuente real y tangible. Alguien que, de ser posible, haya perpetrado alguna atrocidad conocida y de dominio público. Se lo localizará, entonces, en la cárcel donde resida, se lo entrevistará con regular frecuencia y se recogerá de él un relato de sus mejores momentos. El libro, de esta manera, tendrá una faja en tapa, o una solapa, donde se resalte el aporte del indeseable y se haga hincapié en la importancia que adquiere su narración como documento y denuncia. ¡El mismo violador puede escribir el prólogo! Lo que obviará el habitual problema de cartel que suele acarrear el hecho de trabajar con un equipo numeroso de informantes. Mi gran amigo Elton Rivello, autor de *Homosexual II*, sufrió un buen dolor de cabeza por esa causa. Dispuso premiar a cada uno de sus quince ayudantes permitiéndoles escribir quince prólogos diferentes, decisión que, al mismo tiempo, abultaba un tanto el espesor del libro que le había quedado inesperadamente delgado. Sucedió lo temido. Se suscitó

una lucha de rivalidades entre sus leales ayudantes, lo que indujo a uno de ellos, el último, a revelar en su prólogo el final de la obra de Rivello. De cualquier forma, el escándalo que rodeó a la presentación del libro, con pugilismo incluido y caída de un elefante en una piscina, impulsó a *Homosexual II* hacia el Olimpo de las ventas. Y este es otro aspecto que no debe descuidarse. Una pizca de escándalo favorecerá la distribución. Puede trascender a la prensa en forma, aparentemente, involuntaria, que el violador sobre cuyos testimonios se construye el relato, ha pedido participación en las ganancias. No solo eso. Que ha exigido, de ser el libro llevado al cine, representar él mismo su propio papel, aún en prisión, lo que significaría filmar todo en interiores. Trascenderá que el autor se niega a tal exigencia y que, exaltado por la negativa, el delincuente ha tratado de violarlo en una de sus visitas al presidio, o que lo ha violado, vamos, como para redondear el informe. Noticias como estas son la sal del mercado del libro y aseguran un tiraje inicial que no puede bajar de los 250.000 ejemplares.

Pero hay un detalle, un detalle de estilo que no quisiera que pasaran por alto pues resume muy claramente lo que yo ambiciono de ustedes, mis futuros éxitos de venta. El lector debe ser sorprendido. Línea a línea, hoja a hoja, carilla a carilla. Debemos depararle sorpresas y hechos inesperados a cada momento. Abofetearlo, sacudirlo, zamarrearlo, cachetearlo. El lector, deben ustedes saberlo, es un ser pusilánime al que le agrada ser vejado, de ahí mi predilección por el tema del violador. Y entonces desea ser movilizado por el libro, alterado, estremecido. Se encontrarán luego ustedes, en alguna presentación literaria, con señores de lentes que les solicitarán un autógrafo con voz temblorosa confesándoles: “Juro que me sorprendió usted en la página 238, viejo cabrón”. Me ha sucedido. Veamos, observen un ejemplo práctico que les enseño a título de novedad, en esta materia de sorprender al público. ¡Ya estoy escribiendo un libro sobre el violador! ¡Sí, yo, Christopher Foote, lo

estoy haciendo! ¡Ya estoy concurriendo a la prisión de Radcliffe para entrevistarme con un pobre equizofrénico que violó la friolera de 34 personas durante la administración Reagan! Es por eso que les puse este tema como ejemplo. Y una segunda sorpresa para ustedes, ya nomás, sin solución de continuidad: dicho tema está registrado. Desde hace un año está registrado. De lo contrario no se los estaría contando con tanta calma. Sepan comprenderme. Cuando yo entro en el pabellón 108 de violadores y convictos sexuales de la prisión de Radcliffe, sé positivamente con qué clase de gente voy a encontrarme. Si Robert Petroni, compañero de celda de mi entrevistado y convicto por mantener relaciones sadomasoquistas con un cocker spaniel en una sinagoga, me manosea la entrepierna, yo no puedo decirle: "¡Caramba Bob, no lo hubiese esperado de ti!". Y eso que, les confieso, la apariencia física de la mayoría de los presidiarios no es la que nos ha vendido el cine o la televisión. Juro que he encontrado en ellos a un grupo humano que, al menos en su catadura, en poco difiere al que ustedes componen. Mi mismo entrevistado no es el monstruo que procuró pintar la prensa. Por lo contrario, es un ser endeble, que no supera mi poca aventajada estatura ni mi peso y al que nadie podría sindicar como un criminal en potencia. Pero, conociendo sus antecedentes, yo sé dónde me meto cuando lo visito. Allí nada puede sorprenderme. Pero aquí no. En los claustros de esta universidad, no lo sé. Detrás de los rostros aparentemente nobles y juveniles de todos ustedes estará, sin duda, el plagiario en potencia, o el ladrón de ideas dispuesto a aventajarme en el tiempo y publicar a la brevedad posible un libro con idéntico nudo argumental. No deseo que se ofendan, pero así es este negocio y deberemos desconfiar hasta de nuestra propia madre si queremos conseguir el triunfo y el reconocimiento. A otra cosa, entonces.

El tratamiento del tema. Nada de pobreza y sordidez. El lector no desea eso. El lector desea brillo y acción. El lector está harto de su

propia vida, opaca y sin matices. Habría que brindarle, entonces, lugares lujosos y vidas trepidantes. El vértigo de los amores fáciles y la seducción del poder ¿Qué tiene esto que ver con un violador, se preguntarán ustedes, socarronamente, ante lo caprichoso de mi elección? Es verdad. Habitualmente sabemos, a través de la prensa, que los violadores son sujetos despreciables, escoria social, discapacitados mentales, equizofrénicos. O bien sucios viejos truculentos, pobres de solemnidad, que se llevan una gorda hacia un baldío, entre babeos jadeantes y manoseos apresurados. Idiotas de razas subalternas, asiáticos, hispanos sin educación ni roce que viven en verdaderas madrigueras o en sótanos. O entre tachos de basura. Personajes que en poco o nada contribuirían al éxito de un libro bien escrito. ¡Mas no será así, amigos míos! Está en cada uno de nosotros, en el escritor avispado, cambiar las reglas del juego, ya que podemos dotar a nuestro personaje de las condiciones que creamos convenientes. Allí está la habilidad, el genio del autor. Y les digo más, les revelo paso a paso mis secretos, les abro el arcón mismo de mis tesoros. ¡No ahorren golpes bajos! ¡No renieguen del efectismo! ¡La vida misma está llena de efectismos! ¿Era necesario, acaso, que los infantes de marina, amontonados como marranos en torno a la teta, clavasen aquella bandera en la cima del monte Saburu, en Iwo Jima, acción inmortalizada en la célebre foto? ¿Era realmente necesario? ¿No tenían otra cosa más útil para hacer que aquella insigne chiquilinada? ¿No había tanques que reparar, aviones que remendar, operaciones de limpieza que concluir, en lugar de posar como modelos de pasarela para hacer flamear las barras y las estrellas sobre esa podrida isla? Efectismo, mis muchachos. Simple y puro efectismo frente al ojo de una cámara preparada para recogerlo e inmortalizarlo. Ustedes son cachorros aún, dispuestos a ganarse un lugar en una sociedad inhóspita que premia con generosidad al ganador y al que llega. Ustedes son jóvenes boxeadores dispuestos a fajarse con cualquiera para

alcanzar el triunfo. ¡Ustedes asestarán golpes bajos, golpearán debajo del cinturón, abollarán el protector del rival, le atizarán en los genitales para dejarlo sin aire cuantas veces puedan hacerlo! No darán ninguna ventaja, en suma. Yo no les cuento mi idea del violador sin haberla patentado antes, por ejemplo. Habrá entonces, en la novela, muchachas pobres que se enamoren de millonarios. Habrá niños abandonados que encuentren a sus padres, habrá monjas que se embaracen aun antes de desposarse con Dios. Todo eso habrá para sacudir de rabia y pavor al pobre imbécil que ha pagado un sucio puñado de dólares por tu libro, muchacho. Y el violador no será un ser infecto y miserable. Tercera sorpresa, mis amigos. ¡Porque no fue eso lo que yo encontré en la celda número 1786 de la prisión de Radcliffe! Todo lo contrario. Hallé un joven nacido en una familia muy adinerada de Concord. Hijo de inmigrantes que hicieron su fortuna con uno de los más importantes derivados del petróleo: la guerra. ¡Y que, por tanto, no podía conseguir una satisfactoria relación sexual si no era bajo el signo de la violencia, mis amigos! Su padre multimillonario nunca había tenido mucho tiempo para él. Este hombre, el violador, N.N. llamémoslo, creció con la sola compañía de sus lecturas: recomendaciones en el envoltorio de la goma de mascar y *La Pequeña Lulú*. Recién a los 18 años, su padre, el fabricante de armas, se detuvo por un momento a reparar en su hijo, ya que le habían llegado inquietantes versiones de que N.N. se la pasaba confeccionando collares con piedras de Mauritania para ofrecer a las vendedoras de Macy's. El padre, entonces, buscó a una profesional para iniciar a su hijo en el sexo. Consiguió una pobre muchacha que alternaba su trabajo de prostituta con el boxeo femenino. Todas las noches se trenzaba con otras desgraciadas en un cabaret de mala muerte para conseguir un poco de dinero. Luego de los combates, se iba con el espectador que más la había alentado durante la lucha. ¡Esa mujer consiguió el padre millonario para N.N.! La muchacha, aquella noche, estaba muy

disgustada porque había perdido en el cuarto *round* por KO técnico contra una recia pegadora de Sandisfield. N.N., cohibido por la presencia de la mujer, amedrentado, quizás, por la rotunda contextura física de la joven, no consiguió una erección adecuada. Ella le dijo que no tenía tiempo para perder. Trató de reanimarlo echándole sales y agua helada con una esponja sobre la cabeza, pero todo fue en vano. Histérica, la muchacha la emprendió a golpes con N.N. hasta que este entró en calor y, desesperado, respondió gancho a gancho la golpiza. Y cayeron en el ansiado cuerpo a cuerpo. Pudo hacerlo, al fin y al cabo, pero aquella experiencia signó su vida. De allí en más, nunca obtuvo placer sexual sin mediar la violencia, amigos míos. Sumido ya en la rumbosa vida del millonario, le fueron presentadas mujeres maravillosas, modelos esculturales, actrices apetecidas, pero, llegado el momento, su libido se negaba a reaccionar. Comenzó a ser sospechado de homosexual. Las revistas del *jet set* se mofaban de él. Lo que nadie sabía era que N.N. salía, por las noches, a recorrer los barrios bajos en busca de sus víctimas. Las golpeaba para reducirlas y luego, saciados sus más bajos instintos, volvía a golpearlas hasta darles muerte. Pero una noche, mis buenos muchachos, cometió un error. Se trenzó con una fisicoculturista a quien no reconoció en la oscuridad de la calle. La golpeó tras consumar su atentado, sin poder darle muerte, ya que N.N. también había recibido lo suyo. Huyó, convencido de que la había matado. Meses después, en un diario, la fisicoculturista declaraba que se hallaba embarazada y que deseaba tener el niño. Que la relación con su violador había sido corta, pero intensa. Y que había gozado con ella más que en los ocho años de noviazgo con su prometido, un levantador de pesas de North Adams. Y N.N., enterado del caso, cometió un segundo error. Comenzó a enviarle a la joven, en secreto, dinero para afrontar el parto. A medida que se acercaba la fecha de nacimiento del niño, aportó también ropa de bebé y hasta juguetes. Su error fue llevar las cosas personalmente, simulando ser

un cadete de Schwarz. La policía lo reconoció por los hematomas que aún conservaba por la pelea. Terminó en la cárcel, entonces, y vivió la desesperación de saber que no estaría presente para el nacimiento de su hijo. Para ese entonces, apareció en su celda, interesado por su suerte, o por su historia, un escritor que le dijo estar escribiendo un *best seller* cuyo personaje central era un violador. Lo demás es historia conocida, pero... ¿Qué dirían ustedes si yo les contara que el violador aceptó el requerimiento con una condición? La condición era la de aprovechar que, tras las múltiples visitas del famoso literato, su presencia se haría familiar para los controles y los guardiacárceles. Que, por lo tanto, con el paso del tiempo, las revisaciones se harán más ligeras y poco rigurosas. Y que, en consecuencia, no les sería difícil, algún día, permutar los roles Y, cambiando de ropas, salir el violador de la cárcel en lugar del escritor y que fuera este el que se quedara en la celda. Acordemos que no era un mal trato ya que al escritor le vendría bien una experiencia personal en el presidio a fin de familiarizarse con el sitio, y el violador dispondría de un corto lapso de libertad, suficiente como para estar en el parto de su hijo y luego regresar tras los barrotes ¿Qué pensarían ustedes si yo les dijera que el escritor sugirió al convicto que, tal vez, N.N. también podría aprovechar su tiempo libre y, en retribución al favor dispensado, cumplimentar alguna firma de libros suplantando al escritor? ¿O, incluso, realizar alguna charla en alguna universidad para complacer a un público de jóvenes fatuos e insoportables, previa cobranza de los 2.000 dólares que suelen pagarse por esas actividades? ¿Se sentirían sorprendidos si ese fuese el final del libro? ¿Sería quizás la cuarta y última sorpresa? ¿Sería, quizás, el mayor golpe bajo de la novela, el más burdo paso de efectismo que jamás ustedes hayan conocido? ¿Se sorprendería, asimismo, la severa señorita Hosenball, aquí a mi lado, de la misma forma en que lo hace ahora cuando yo, aprieto con mi pierna la pulposa turgencia de su muslo derecho? ¿Podría, acaso...?

La publicidad

–La publicidad es así, viejo –dijo Palmucci–. Te pasás un año haciéndote bien la paja y de golpe tenés que trabajar tres días como una bestia.

–Así no se puede laburar bien. –Se cruzó de brazos Rubén.

–Sí, pero, además, Alberto no planteó bien la cosa. –Jubani volvió a cerrar el menú y quedó mirando un punto lejano–. No la planteó bien.

–¿Te parece?

–Sí. Él tenía que recalcar bien, bien recalcado, el asunto de la motivación Yo se lo había dicho mil veces. Lo de la motivación era fundamental. Y había que hacérselo entender a estos tipos.

–Estaba nervioso. Estaba cansado –se disculpó Palmucci.

–Estaba nervioso porque si no agarramos esto –dijo Rubén– el año que viene nos van a comer los piojos, eso es seguro. Yo no sé con qué carajo les voy a pagar el aguinaldo este año, ya.

–Los tipos parecían contentos.

–Sí, Palmu, parecían contentos, pero a estos tipos les tenés que abrir el melón. –Jubani repasaba nuevamente el menú–. Son tipos que están acostumbrados a bolichear, compran publicidad como quien compra beneficencia.

–Y tienen guita, eh.

–Puta si tienen. Toda esta zona es muy rica.

Se quedaron un rato en silencio. No había nadie en el salón, pero les habían dicho que no había problemas en comer algo, la cocina

todavía estaba abierta. Se escuchaba música funcional suave y, a veces, muy a lo lejos, un mozo cantando.

–¿Qué se come acá, che? –preguntó Palmucci, manoteando uno de los menús.

–Yo no sé para qué mierda miro si ya sé lo que voy a pedir –dijo Jubani y cerró con fuerza la carta, que sonó como una bofetada.

–¿Qué vas a pedir?

–Carne.

–No hay parrilla. Me parece que no hay parrilla.

–Un lomo habrá. Un peceto.

Palmucci se había quedado mirando los detalles del salón.

–La decoración se la deben haber encargado al estudio "Me cago en el buen gusto" –opinó, rascándose la nariz–. Es una mezcla…

–¿No te gusta? –se sorprendió Rubén.

–Mirá esas máscaras de cobre.

–A mí me gustan...

–El otro día hablábamos con Alberto –terció Jubani–, porque ¿viste que él es un esteta?, bueno, justamente sobre la decoración de este tipo de boliches hablábamos. Y claro, uno se siente tentado a cambiar todo, a hacerlo más armónico, porque vos fijate, ¿qué sorete tendrá que ver aquel póster de Portofino con esas máscaras de cobre? Una cosa indigenista mezclada con algo turístico de la Riviera italiana…

–Aquellas lámparas redondas allá…

–Las lámparas allá, todo eso. Y, sin embargo, sin embargo –prosiguió Jubani–, si vos te fijás bien, todo esto es coherente. Hay una unidad. Hay una cohesión. –Rubén miraba a su alrededor como buscando la mencionada cohesión.

–Claro, es como un poco pretencioso –dijo.

–Pero vas a ver que es coherente. –Golpeteó con el puño contra el mantel, Jubani–. Seguro que tiene que ver con la personalidad del patrón, con la comida que te sirven, con la gente que viene acá.

–A mí me gusta –redondeó Rubén y Jubani consideró criterioso no contradecirlo.

Otra vez cayeron en el silencio, cortado tan solo por algunas consideraciones o críticas de la reunión con el cliente.

–Pero Alberto no lo planteó bien –volvió a la carga Jubani.

–Estaba cansado.

–¿Por qué decís eso? –se molestó Rubén–. Para mí estuvo bien.

–No, no. Lo que pasa es que ahí hay un problema –dijo Jubani, y se señaló el pecho con el pulgar de la mano derecha.

–¿Vos?

–No. Yo no. Él, Alberto, conmigo...

Rubén lo miró.

–¿Qué clase de problema?

–Y… –Jubani estiró esa "Y" griega al mismo tiempo que se echaba hacia atrás como desperezándose, rascándose el pecho–. Es un asunto conmigo. Antes de que yo entrara, él hacía y deshacía. Ahora estoy yo, que le doy las pautas del laburo, los perfiles de las campañas, la motivación psicológica, entonces…

–Pero él te contrató para eso, justamente...

–Sí, pero le jode, que alguien maneje más que él ciertas cosas, que tenga que admitir que ciertas argumentaciones suyas no corren... Es jodido…

–Oíme –sonrió Rubén–, ¿a vos te parece que, si Alberto tiene que tirarse a agarrar una campaña como esta, se va a patear en contra, por el simple hecho de no darte la razón a vos? ¿A vos te parece?

–Dejalo ahí –condescendió Jubani–. Dejalo ahí.

Volvieron a permanecer en silencio un rato, tomando un poco de vino, algo más distendidos, cansados quizás.

–La cuestión es que nosotros ya la palmamos –sentenció otra vez Jubani.

–¿Por qué? –se enojó Rubén.

–¡Eh, loco! –dijo Palmucci–. No era tan malo lo que presentamos.

–No es eso, viejo, no es eso. Pero, no sé si ustedes se fijaron, ahí la cosa estaba muy clara. Estas son empresas que dependen de Buenos Aires, los tipos nos reciben acá, hablan con todo el mundo acá, pero las cosas se deciden allá en Buenos Aires, eso es al pedo. Y esto ya está entangado con alguna publicidad de allá, tenelo por seguro, ya lo tienen todo arreglado.

–¿Y por qué nos llaman a nosotros? –se enojó de nuevo Rubén.

–De forros nos llaman, Rubén, nos llaman de forros, para salvar las apariencias. Ellos no le pueden dar una campaña, incluso una campaña chica pero que en definitiva son unos buenos mangos, a una agencia determinada, sin hacer el circo de llamar a una especie de licitación, invitar a otras agencias y hacer creer a todo el mundo que las cosas son resueltas democráticamente por derecha.

–No creo.

–Ponele la firma, Rubén. Ponele la firma. Ahí ya debe haber algún tipo del directorio entongado con alguna agencia de allá para pasarle el laburó. ¿O te creés que nos van a dar el laburo a nosotros por la linda cara, con los tiburones que hay en Buenos Aires?

–Pero…, flaco, flaco. –Lo agarró del brazo Palmucci–. ¿Vos te creés que una agencia grande de Buenos Aires se va a calentar por esta campaña? Para nosotros es guita, pero para ellos son chirolas, es bosta...

–Son chirolas para ellos, flaco –apoyó Rubén.

–¡Tomá, chirolas! –El puño de Jubani percutió algo en el aire–. Que allá se cagan bien cagados de hambre. ¿O te creés que no se cagan de hambre allá también? Mirá que yo laburé un tiempo allá, son capaces de sacarte los ojos por cinco guitas.

Se abrió otro paréntesis

–Y no te extrañes... –rubricó Jubani–. Si no hay alguna multinacional detrás de todo esto. Dejá que yo averigue.

–¿Qué va a haber? –menospreció Rubén, pero sin mucho entusiasmo, casi vencido.

Cuando vino el mozo cada uno hizo su pedido, aunque Jubani no tuvo suerte. Al pedir carne, el mozo frunció la cara como si le hubiese alcanzado un proyectil sorpresivo y le advirtió que iba a ir a la cocina a ver si quedaba.

–Y…, es tarde, loco. Llegamos de última nosotros –explicó Palmucci.

–Te digo que en Rosario –Rubén informó– no encontrás muchos lugares abiertos a esta hora. En Rosario mismo.

–Antes estaba El Nacional por lo menos.

–¡Eh, en Buenos Aires, vas a las cuatro de la mañana y están así los boliches!

–Es otra cosa. Ya bastante culo haber encontrado este boliche abierto, querido...

Pero Jubani se había quedado mirando el infinito, cruzado de brazos, abstraído como si la data del mozo lo hubiese sumido en un estado catatónico.

–No –dijo finalmente–. No es casualidad, viejo, no te confundas.

–¿Qué no es casualidad? –respondió trabajosamente Rubén, con un trozo de miga de pan inconvenientemente grande en la boca.

–Lo de la carne no es casualidad, no seas ingenuo.

–¿Yo soy ingenuo? –La voz de Rubén tuvo, esta vez, una arista de bronca.

–Te digo que no seamos ingenuos –suavizó el flaco–. No te digo a vos, puntualmente, esto de la carne no es casualidad. Detrás de esto hay toda una cosa organizada, un plan muy preciso, muy bien instrumentado, no te creas que es joda, no te creas nomás que este gil del mozo va a preguntar a la cocina, el cocinero le contesta sí o no y la cosa se termina ahí. No es así.

Jubani meneó la cabeza, misteriosamente. Rubén detuvo el bocado en la boca mirándolo curioso. Palmucci también lo miraba a

Jubani.

–Acá hay todo un complot dirigido contra el país –asesoró el flaco, bajando el tono de voz–. Globalmente dirigido contra América latina, los países no alineados y más precisamente con la Argentina, y que apunta netamente a eliminar el consumo de carne vacuna entre nosotros. Esto es un intento que no arranca acá, te digo más, ni siquiera arranca en el Pentágono, cómo podría creerse, sino que proviene de la cabeza de varias multinacionales, las tres o cuatro corporaciones que conducen los hilos de la economía mundial.

Y, ¿cuál es la prédica, cuál es la consigna en este momento para…?

–Pero... –se solventó Rubén.

–Esperá, esperá que te explique. ¿Cuál es la consigna en este momento tendiente a sabotear las economías regionales de los países del Tercer Mundo?

–Pero escuchame –lo cortó sin más preámbulos Rubén–. ¿En qué les beneficia a ellos, a esas multinacionales que vos decís, que acá se coma menos carne?

–Pero querido… –Jubani estiró una sonrisa indulgente, como quien se encuentra ante la pregunta de un niño–. Hay dos razones fundamentales. Primero, que la carne de mejor calidad, la de exportación, vaya a los países subdesarrollados, primero. Vos sabés que acá nosotros comemos la bosta, el desecho, las sobras. Lo bueno bueno va para ellos, para los rubios, los anglosajones, no se queda acá. ¿Lo sabías, no?

Rubén admitió con la cabeza, ceñudo.

–No es tan mala la carne que comemos, che –alcanzó a meter Palmucci.

–¿Qué se logra con eso? –Jubani cerró el puño de su mano izquierda enarbolando el dedo pulgar en anuncio de que continuaba contabilizando–. Que los países desarrollados sigan manteniendo pueblos mejor alimentados, mejor comidos, más sanos y, por ende,

más inteligentes. En tanto nosotros nos vamos debilitando cada vez más, cada vez más sumidos en el raquitismo, la deformidad, el alcoholismo, la desnutrición infantil, la mortandad infantil... Andate al Chaco, por ahí ni hablemos de Bolivia y lo podés ver. La miseria, lo que les asegura una continuidad de raza superior sobre nosotros. Una superioridad que ya no se da en armamentos nucleares, ojivas atómicas ni las pelotas, se da de acá –se tocó el estómago– y de acá –se tocó la cabeza–. Querido, Harvard ha dado 632 premios Nobel, querido. Nosotros tocamos el cielo con las manos porque tenemos tres. Eso, por la carne, porque, no te engrupás, ahora hay una serie de dietas, de recetarios, de ondas, de modas, que te meten en la cabeza de que la carne hace mal, que te caga la salud, que te trae el colesterol, la arterioesclerosis y no sé qué otras cagadas más. ¡Tomá! –El puño del flaco volvió a remachar el aire–. Esos son todos versos que salen del Pentágono, de los truhanes economistas de la escuela de Chicago para que nosotros, los boluditos, no morfemos más carne y se la mandemos a ellos. Y segundo, ¿qué pasa?

Jubani, aún con el pulgar levantado, miró, inquisidor, a sus amigos.

–¿Qué pasa? –inquirió Palmucci.

–¿Qué pasa si uno no come carne vacuna? –repitió Jubani. No le respondieron–. Come pescado, querido. ¿Come pescado o no come pescado?

–Sí…, come pescado.

–Pollo –arriesgó Palmucci.

–¡Pescado, pescado! –Golpeó sobre la mesa Jubani–. ¿Y quiénes sacan el pescado, quiénes tienen el pescado? –Jubani esta vez no esperó respuesta consciente de que era un intervalo inútil–. ¡Ellos! Ellos sacan el pescado, no vamos a ser nosotros que somos unos pobres giles que tenemos cuatro buques de mierda que no sirven para un carajo. Y ellos sacan el pescado… –Jubani se inclinó sobre la mesa, bajó la voz y miró velozmente hacia los costados–. De

nuestros mares territoriales. De nuestros propios mares territoriales. –Golpeteó con la punta del dedo índice sobre el mantel rubricando cada palabra–. ¿O vos te creés el verso de que, cada tanto, una cañonera nuestra, un buque de guerra, atrapa un pesquero japonés, uno coreano, un pesquero ruso, le requisan la carga y le hacen garpar todo lo que afanaron? ¿O vos te creés eso? Verso, puro verso.

–Ahora... –seguía ceñudo Rubén–, cuando vos decís "ellos", ¿a quién te referís?

–Los yanquis –se anotó Palmucci.

–Los yanquis... –aceptó Jubani–, los rusos, los japoneses y guarda al hilo con los checoslovacos. Acá los checoslovacos juegan un papel muy importante... O, ¿a ver si no tuvieron nada que ver con el asesinato de Banchero, en el Perú? Ojo, guarda al hilo, guarda al hilo. Entonces, ¿qué pasa? Ellos, que en muchas cosas están peleados, cuando se trata de intereses hegemónicos no vacilan en darse la mano, se llevan el pescado de acá, de toda la costa nuestra, lo procesan allá, te lo arreglan, te lo adornan, y nos lo vuelven a vender con un nudo en la punta. Nos abrochan bien abrochados, querido. Es así…

Rubén soltó el aire que estaba reteniendo en un suspiro prolongado y limpió de migas su sector de mantel.

–No sé... no sé... me suena...

–Es así querido, ponele la firma...

–Me suena un poco fantasioso.

El mozo se acercó, enarcó las cejas, se inclinó hacia Jubani y se disculpó.

–Carne no nos queda.

–¿Qué tiene?

–Pescado. –Los tres se miraron, Jubani entornó los párpados, sabio–. Tenemos dorado, hay buena boga, algo de surubí…

–Boga. Tráigame boga. –El flaco parecía querer terminar pronto con el trámite.

El mozo se retiró. Ellos quedaron en silencio.

–Quédense piolas. Háganse los boludos –recomendó Jubani. De pronto se levantó.

–¿Adónde se fue? –preguntó Rubén, un instante después.

–Habrá ido a mear.

–No, si salió...

Palmucci se encogió de hombros. Al rato volvió el flaco, apurado.

–Vení –le ordenó a Rubén–. Vení un cachito.

–¿Yo también? –dijo Palmucci.

–No. No vengan los dos que no quiero levantar la perdiz.

Salieron y Palmucci se quedó algo inquieto, comiendo un grisín. Pronto volvieron, pero antes Palmucci escuchó que cerraban la puerta del auto. Jubani llegó a sentarse de vuelta excitado, nervioso, con la carpeta de la agencia debajo del brazo. Rubén también se sentó de nuevo, serio.

–Esa antena no es de televisión, querido –le dijo el flaco.

–Parece muy grande…

–¿Dónde viste una antena así? Esa antena es dos veces, tres veces una de televisión común.

–Puede ser un radioaficionado...

–¿Radioaficionado? ¿Y qué, quiere comunicarse con Marte el radioaficionado con semejante antena? Tiene unos tensores gruesos como esta botella…

–¿Qué pasa? ¿Hay una antena? –se interesó Palmucci.

–En el techo. Enorme –dijo Rubén.

–Y, ahora... Vení, Palmucci –ordenó Jubani, parándose.

–¿Yo también voy para afuera?

–No. ¿Vos fuiste al baño?

–Sí, cuando llegamos. Me estuve aguantando de mear en toda esa presentación.

–¿Queda al lado de la cocina?

–Sí, debe ser porque hacía un calor de la puta madre.

–Vení.

Esta vez el que se quedó solo fue Rubén, golpeando suavemente con el extremo de un medio grisín sobre la mesa. Al poco tiempo, los otros dos volvieron.

–Contale qué escuchamos –le indicó Jubani a Palmucci apenas se sentaron.

–Hablaban en...

–Despacio –recomendó Jubani. Palmucci bajó la voz.

–Hablaban en inglés…

–¿Quiénes? –se alarmó Rubén.

–Los mozos –aseveró Palmucci–. Los mozos, en la cocina. El que nos atiende a nosotros y los otros que no vimos. El cocinero debe ser.

–¿Cómo le decían al mozo nuestro? –le incitó Jubani.

–Jerry.

–Jerry –repitió Jubani, mirando a Rubén. En eso llegó el mozo con el pedido y ellos dejaron de hablar. Palmucci canturreaba, Jubani se frotó una ceja y Rubén fruncía los labios como para besar a alguien.

–Y esperá que te muestro algo –dijo el flaco apenas el mozo se retiró. Abrió la carpeta de la agencia, sacó otra pequeña carpeta flexible de plástico translúcido marrón y de allí tomó dos hojas de papel fotocopiado. Jubani pegó una ojeada hacia la puerta de la cocina y puso las dos hojas sobre la mesa.

–"Quién es quién en la CIA en América latina" –recitó, traduciendo un título en inglés. Había textos y tres fotos, no muy bien reproducidas, pero uno de los rostros era claramente identificable.

–Jerry Stophulos Venables –leyó Jubani, en voz baja–. 62 años, nacido en…

–¡El mozo!

–¡Este es el que nos atendió!

Jubani guardó las hojas en la carpeta rápidamente y luego puso la carpeta dentro de la más grande.

–Pero… –dudó Rubén–, ¿vos pensás que ellos sabían que nosotros veníamos acá?

–Los satélites, viejo. Ven todo.

Comieron un momento, en silencio.

–Te digo más... –tragó dificultosamente Jubani–, acá la cosa ya no es simplemente un complot perfectamente orquestado contra el país –bajó aún más la voz–. La cosa es conmigo...

Rubén inquirió con un gesto de la cara, módicamente.

–Yo milité, viejo... –explicó Jubani. Rubén asintió con la cabeza, había entendido.

–Oíme... –dijo Palmucci–, hablemos en voz un poco más alta. No sea cosa que los tipos se apiolen...

–¿Qué tal está el pescado? –elevó considerablemente su voz Rubén.

–Bueno. Muy bueno –casi gritó Jubani.

La tarde en que los gitanos robaron a mi hermano

En aquella época, al menos, era sabido que los gitanos robaban criaturas. Mi madre se lo había dicho mil veces a Blas, de la misma forma en que me lo repetía a mí, pero Blas, quizás por ser el menor, era más atrevido y desobediente. Lo cierto es que, pese a las advertencias de que no se asomara a la calle, Blas insistía en hacerlo. Salía al patio donde mi padre guardaba el carro y, por el agujero de la cerradura del portón, espiaba hacia afuera.

Blas tenía ojos azules y, de más está decirlo, para los gitanos unos ojos azules eran gemas, piedras preciosas que descontrolaban la rapiña y la codicia de aquellos húngaros. Sin duda, alguno de ellos espió hacia nuestro patio al mismo tiempo que mi hermano lo hacía hacia afuera y así fue como lo descubrieron. O, tal vez, uno de los zíngaros lo detectó desde lejos, por el relumbrón que producían los ojos de mi hermano al mirar. Ellos eran como indios para esas cosas y estaban siempre atentos a todo aquello que brillase, como podían estarlo las grullas o los lustrines.

El barrio entero sabía de la amenaza de los gitanos, pero no era fácil reconocerlos, ya que solo se los individualizaba por las ropas o el oso que siempre llevaban consigo. El olor del oso era fuerte, como el de todo animal rústico, y daba cuenta de su presencia desde varias cuadras antes, pero esa tarde supongo que no lo llevaron. Tampoco era de desechar la teoría del viejo Francesco, un vecino

que se pasaba los días atisbando tras los visillos de su ventana, en un altillo, quien sostenía que, aquel día, los gitanos habían cambiado su ropa para que no los identificasen y habían actuado vestidos de alabarderos de la Guardia Suiza Vaticana. Pero no podía creérsele mucho al viejo Francesco, no solo por su conocida afición al alcohol sino también porque un grupo de personas vestidas con el uniforme de dicho cuerpo militar hubiese originado mayor repulsa que los mismos gitanos, ya que, el nuestro era un barrio de itálicos que aún guardaba rencor por la demora por parte de la cúpula papal en beatificar a Salvatore Giuliano.

Lo cierto es que los gitanos atrajeron a Blas con promesas, o le ofrecieron leerle las líneas de la mano, o algo similar, y lo atraparon con un lazo que tiraron por sobre el portón de mi casa, en horas de la siesta. Todavía no me explico cómo ninguno de nosotros escuchó nada, aun considerando que teníamos el sueño pesado de 105 trabajadores portuarios y aquel era un sofocante día de verano. Pero es que, no solo los gitanos enlazaron a mi pequeño hermano, sino que, en el intento, capturaron también a Cormorán, el caballo de tiro de mi padre. Cormorán era un amable percherón de edad avanzada que debería pesar sus buenos 300 kilos. Desde la calle y ante lo elevado del portón, los zíngaros no debieron saber con exactitud qué era lo que estaban enlazando. Yo supongo que serían más de 20 o 30 los ladrones para poder elevar, mediante la cuerda, el peso combinado de Blas, aun considerando que era flacucho, el de Cormorán y, más todavía, el del carro de reparto, ya que mi padre no había desprendido el animal de sus arneses. En las siestas, mi padre dejaba, frecuentemente, el carro preparado. Los tiempos eran duros y papá había decidido ofrecer a sus clientes, como servicio extra, una provisión de urgencia de leche, por si alguien la solicitaba en forma desesperada. Había muchas fundiciones de acero y plomo en la zona y, en ellas, la leche era vital para la salud de los operarios. El saturnismo, la intoxicación con plomo, era un azote para la barriada

y, muy a menudo, se veía salir a mi padre a escape, en pijama, saltando sobre el carro, como bien podría haberle hecho Ben Hur sobre la cuadriga ante el azote huno. Mi madre, en tanto, abría el portón con la premura de un atleta.

Lo que sí estaba amurado contra la pared del fondo era el carro, ya que mi padre lo sujetaba con una cadena para que Cormorán, sorprendentemente nervioso para ser un animal entrado en años, no lo moviese constantemente, perturbando nuestro sueño y el de los vecinos con el entrechocar de los tarros de leche. De esta forma, durante años, mi madre, mi padre, mi tío Edalberto y yo, nos rompimos la cabeza pensando cómo había hecho aquella banda de delincuentes para lograr despegar de la tierra, elevar y hacer pasar por sobre ese portón de hierro herrumbrado de casi tres metros de altura, a mi pequeño hermano Blas, el percherón de tiro, el carro cargado de tarros de leche y la pared del fondo que se desprendió entera detrás de la cadena que inmovilizaba el carro. Y no solo eso, en casa había una parra y esa bella enredadera, a la vez que nos prodigaba sombra en abundancia, unía la pared del fondo con la pared lateral de la cocina, dando a nuestra humilde casa una continuidad visual que suavizaba, en parte, su inarmónico aspecto. Se trataba de una disímil construcción donde confluían lo rural y lo urbano en desparejos porcentajes.

Tampoco nunca pudimos explicarnos cómo ninguno de nuestros vecinos, por lo general curiosos en grado sumo y ávidos de todo lo que fuese enterarse de nuestras intimidades, escuchó al menos un rumor, un sonido sospechoso, un eco inusual, dentro de una comunidad rutinaria y habituada a escuchar siempre la misma clase de sonidos.

Nadie oyó los presumibles gritos de mi hermano, ni el jadeo lógico de los delincuentes, ni el bufar brutal de nuestro caballo, ni la previsible caída estrepitosa de los enormes tarros de leche, ni el despedazarse de la pared al dar contra el suelo, ni el desgarrarse de

la enmarañada parra con la explosión perceptible de las uvas chinche, como tampoco el crujir de los muros de la cocina, la total destrucción de nuestra modesta vajilla, el desmembramiento de la cocina económica y los angustiosos alaridos del abuelo Babbo quien se vio, de pronto, hundiéndose en el pozo negro, sorprendido, según era su costumbre, acechando la heladera de hielo para dar cuenta de los orejones.

El comisario Treviso arriesgó en la triste mañana del día siguiente y en el destrozado predio donde se levantaba nuestro comedor, que, quizás los vecinos guardaban cierto resentimiento contra mi hermano, dadas sus frecuentes travesuras que habían deparado, entre otros males, la ceguera del padre del almacenero y la hemiplejia de la señora Agustina. Pero mi padre se opuso con énfasis a tal argumento. Defendió encarnizadamente la pesadez del sueño del pueblo trabajador, rescató una frase de Kalinin sobre el derecho al reposo del proletariado y terminó declarándose anarquista, a viva voz y asumiendo la total responsabilidad del sangriento atentado contra el tren El Serrano, ocurrido quince años atrás. Por aquel rapto de verbalismo, por aquella encendida defensa del “Impuesto a la almohada”, como él lo llamaba, purga aún su condena en una gélida prisión del sur.

En un momento, dos semanas después del robo, pensamos que estábamos a un paso de rescatarlo. Junto con el comisario Treviso, llegamos de sorpresa al campamento que los gitanos habían levantado cerca de la vía. Si la policía no lo había requisado antes, nos explicó el comisario, era porque lo habían confundido con un circo, diversión popular muy difundida por aquellos años.

Los gitanos, con desconfiada amabilidad, nos hicieron entrar a sus caóticas carpas y, en una de ellas, yo advertí la presencia de un niño, rubio como mi hermano, de ojos azules como él, de su misma altura, su mismo rostro y su misma voz. Pero, pronto, nuestra esperanza se apagó como la luz de un candil ante la enjundia de una

ventisca. Los zíngaros nos explicaron que, aquel niño, estaba con ellos desde su nacimiento, que pertenecía a la tribu y que, además, no se trataba de un niño, sino que era un oso. Nos confiaron, a título de secreto, y juro que yo no lo sabía, que los osos, de pequeños, eran así. Nos marchamos, entonces, con la congoja apretando nuestros corazones.

De mi hermano, no volvimos a tener noticias hasta pasados 27 años.

Ya grande, convertido yo en contador público nacional, papá en el sur por las razones anteriormente apuntadas, muerta mi madre quien nunca se recuperó de la destrucción de la parra, di con mi hermano en una actuación de Paco de Lucía. Se lo veía hermoso y desenvuelto, rodeado de gitanas esbeltas, alegres y multicolores. Se había convertido, sin duda, en el Rey de los Gitanos, y aquella condición parecía ensoberbecerlo y ufanarlo. En el hall del teatro, por un instante, nuestras miradas se cruzaron. Fue un segundo apenas, antes de que él girase el rostro de inmediato. Pero yo sé que me reconoció. Quedó en mi recuerdo su imagen altiva imponente, el manchón de su pelo rubio abanicando el aire, y el olor del oso que, a su lado, fingía leer, adusto, el programa de la noche.

Esas son preguntas

Hay preguntas para antropólogos o historiadores. Yo intento contestarlas en base a cosas que he escuchado o leído, sumadas a algunas que he visto. Entiendo que sí, hubo (o hay) un estilo argentino. Que no radica tanto en las tácticas o en cómo puede pararse un equipo en la cancha (eso varía con el tiempo) sino en la técnica individual. Siempre se individualizó al jugador argentino (o rioplatense) por privilegiar la habilidad sobre la fuerza y por una gran riqueza técnica en el manejo de la pelota. Si un jugador europeo mostraba habilidad y técnica se decía: "Parece un argentino". ¿Por qué se daba esta particularidad? Supongo que por tres razones: el hábito de jugar en campitos y potreros donde el pique imprevisible de la pelota obligaba a un mayor control sobre ella; las largas horas que el jugador de antaño convivía con el balón, dado que, generalmente, desde chico, era su único juguete, y el sentido imitativo de los chicos que trataban de copiar la habilidad de los mayores. Por lo tanto, al parecer, el manejo de pelota se daba por descontado.

Después vendría la disciplina táctica, el coraje, el ordenamiento y todos los demás atributos que forman o deforman a un jugador. Así como se supone que los paraguayos son buenos cabeceadores (siguiendo el modelo de Arsenio Erico), que los ingleses gustan de los pelotazos o que los alemanes son fuertes, al argentino siempre se lo destacó por su técnica individual. Por supuesto que siempre ha habido habilidosos en otras partes del planeta (Overath, Šekularak, Mijeíl Mesji, etc.) pero eran, casi, excepciones. De todas formas, uno

puede constatar cosas a través de los emergentes. El Flaco Menotti dijo en alguna oportunidad que es muy difícil que salga un Pelé del Principado de Mónaco. Pelé puede darse en Brasil y Maradona en la Argentina. Y, sin duda, Maradona es la punta de un iceberg de una cultura de habilidad.

No sé si ese es un estilo en decadencia. Ocurre que se ha dado paso a los jugadores utilitarios. Se ha achicado la cancha con este asunto de los equipos "cortos", donde todo se decide en treinta metros. Y allí pueden ser útiles los jugadores combativos, metedores, los conocidos picapiedras. Útiles, por supuesto, en el orden destructivo. Pero al aumentar en estas épocas el temor a perder, este prevalece sobre las posibilidades de creación. Sin embargo, parece estar resurgiendo, en los equipos apuntados a ganar, una revalorización de los jugadores creativos, de los habilidosos.

El Mundial de Suecia fue un golpe muy grande y demostró que no se podía permanecer ajenos a la competencia internacional ni tener mayor información sobre lo que pasaba afuera. Y dejó en claro otra cosa: había que abandonar la tradicional parsimonia del fútbol argentino. Había que dotarlo de velocidad. Tal vez Menotti es el primero que entendió esto, procurando conjugar la técnica con la velocidad. Otros optaron simplemente por la velocidad y la fuerza y relegaron a la técnica. También hubo otro cambio, si se quiere, filosófico: los equipos débiles se cansaron de ser meros *partenaires* y de salir a la cancha a jugar de igual a igual con los poderosos, pensando solamente en el espectáculo y sin preocuparse mayormente si los goleaban. Empezaron a meterse desfachatadamente atrás y a tirarla para arriba. Recibían un gol y no salían. Tal vez en los últimos minutos arriesgaban en busca del empate (aún hoy se hace). Se afeó el espectáculo, es cierto, pero los débiles empezaron a robar puntos importantes.

A mi juicio, el escándalo del Mundial del 66 fue una exageración. Incentivó la cosa el hecho de que estuvieran los ingleses de por

medio y, por cierto, las sospechas de parcialidad engrosaron con el dudoso gol de Geoffrey Hurst en la final contra Alemania. Pero aquel equipo argentino, compuesto por algunos grandes jugadores, era bastante mezquino. Hizo poco, en aquel partido contra Inglaterra, para llevarse el triunfo. Nos dio una excusa, eso sí, una vez más, para argumentar eso de los "campeones morales".

Entiendo que entre argentinos, uruguayos y brasileños hay matices. Casi caricaturizando se diría que los uruguayos tienen su fama de ásperos y corajudos, lentos también, y una especial manera de cubrir y defender la pelota con el cuerpo (léase Cubillas, el Pepe Sasia). Y que los brasileños le pegan generalmente bien a la pelota, habiendo revertido últimamente su fama de endebles, o de que arrugan. En lo táctico todo está sujeto a cambios.

Coincido en lo que dice Libertella sobre que Ermindo Onega era lujoso. Lo de ineficiente es muy discutible. Yo fui un gran admirador de Ermindo. Especialmente en sus comienzos, cuando solía jugar de punta y tenía un arranque y una potencia demoledores. Después se tiró atrás. Pero no puede decirse de él que nunca haya convertido un gol ni que no haya puesto una pelota de gol. No era, para nada, un "calesitero" ni un habilidoso inútil. Le pegaba a la pelota, además, como los dioses. Ningún ineficiente logra ser figura durante tanto tiempo en un fútbol como el argentino y frente a un público conocedor como el argentino.

Entiendo que la sociedad se refleja, lógicamente, en el fútbol. El negocio ha crecido desmesuradamente y cada vez más gente trata de vivir de él. Pero, por otra parte, pienso que el fútbol sigue siendo una suerte de reservorio de cosas genuinamente argentinas, que sigue resistiendo, en alguna medida, a la penetración de la "aldea global". Porque creo que donde hay orgullo no hay copia. Y nosotros solemos enorgullecernos de nuestros jugadores. Si un argentino (hasta hace poco, Maradona) era el mejor del mundo, no había por qué buscar modelos en el exterior.

Y hasta los apodos respetan una cierta tradición. Simeone es el Cholo Simeone por Carmelo, el que fuera de Boca. Y Ayala es el Ratón, por el otro Ratón. El fútbol no es un invento reciente en la Argentina. No es Halloween. Pese a que en muchos otros sentidos acompañe la vertiginosa comercialización y la codicia económica de la sociedad en que vivimos.

Faltan cinco
(aquel día fatídico)

Faltan cinco minutos para comenzar el partido y, parafraseando a otro líder negro (trágicamente desaparecido), le confieso a los muchachos: “Anoche tuve un sueño. Perdíamos dos a cero con los colombianos con goles de Valencia y Asprilla a los diez y once minutos del primer tiempo”.

“Entonces, ¿para qué vamos a ver el partido?”, me reprocha el Ale. “Pero –duda el Colo–, ¿el partido terminaba así o levantábamos en el segundo tiempo?”.

“No sé –le digo–. Con dos a cero desde el arranque, ¿para qué iba a quedarme a verlo entero? Me fui del sueño”.

No obstante, coincidimos en que será sencillo verificar si el sueño había sido una vigorosa premonición o, tan solo, otra falacia del subconsciente.

“Si a los diez minutos no nos han metido una pepa –tranquiliza Fernando–, quiere decir que eran todas macanas”.

Admito que sufrimos mucho ese primer cuarto de hora, en tanto nos preguntábamos cuál sería la evaluación de un psicoanalista ante esta clase de sueños. ¿Una concepción derrotista producto de alguna defección en la infancia? ¿O un mero desajuste de los zagueros centrales?

Lo cierto es que, dos horas después, todos acordábamos en que, aquel, había sido un buen sueño, casi generoso, cargado de ternura,

y para nada una pesadilla. Pero que se manifestaría, luego, recurrente: la noche del domingo, volví a soñar con los colombianos. Y anoche también. “No tome tanto café”, me dijo el médico.

Rincón ha metido el derechazo de pique, al suelo. Roza en alguien, se va a la red por tercera vez, y la sensación entre nosotros casi no es de amargura. Es de estupor. Como si hubiésemos abierto la azucarera y hubiese estallado una garrafa. Nos cuesta severamente recuperar el lenguaje. Se escapa Asprilla, la pone de emboquillada sobre la cabeza del Goyco y ya no nos preguntamos “¿dónde está la defensa?”. No. “¿Dónde está Defensa Civil?”, ululamos. Esto es un desastre histórico. Una catástrofe nacional. Algo parecido a cuando nevó en Rosario o al terremoto de Caucete.

“Yo estaba bañándome cuando Valencia metió el quinto”, rememorará alguien, dentro de veinte años. “Yo había ido a despedir a mi tía, que se iba a Arequito, cuando Asprilla metió el segundo”, retrucará otro. Creo que nos asombramos de que no se corte la transmisión y aparezca el escudo nacional.

Asprilla corre y parece que se va a desarmar. Bracea y mete unas zancadas de jirafa negra. Cuerpea con Borelli (que es rápido), corriendo por un pasillito mínimo entre las piernas del Cacho y la línea de toque. Cuando parece que Borelli va a voltearlo o lo va a enganchar con un brazo, Asprilla acelera sobre su propia aceleración y, como el Correcaminos, le saca dos metros al marcador doblando en un vértigo por la línea de córner. Rincón es, incluso, más grandote y parece de hormigón armado. Podría ser un acompañante negro de Bruce Willis o de Mel Gibson. Mete la tranca y la pelota se oblonga. Salta a buscarla arriba y parece hecho en otra escala. Cuando lo ve al Pibe traerla, Freddy huele la brisa y olfatea el hueco que le ha hecho Asprilla viniéndose para el medio. El Pibe parece decidirse por la izquierda, pero, como en el empate del Mundial contra Alemania, sabe que Freddy llega tocando pito por la derecha. Rincón encara el pase y todos sabemos que ya no hay quien lo pare. Se ha puesto las

botas de las siete leguas y gana ocho metros donde solo hay uno. Se da tiempo para mirarlo al Goyco, abrirse sobre su diestra y luego cruzarla baja, sin alharaca.

El Tren Valencia se alfombró una faja de la cabeza. Un modelo mohicano, pero más ancho. Impresiona más, quizás, porque aquí ya no hay ferrocarriles. Se escapa Asprilla como once pero parece estar solo. Mete el freno, aguarda un segundo y pone la globa, de refilón, bien finita, por un huequito lubricado entre los zagueros. Desde el fondo mismo de la pantalla, llega Valencia, a mil y ni siquiera patea. Ofrece el empeine y la deja adentro. Nenín se pregunta: "¿Cuánto faltará para que los jugadores de fútbol sean todos negros, como los basquetbolistas de la NBA?". Nigeria le acaba de ganar la final de los pibes a Ghana. Uno sintoniza fútbol holandés y, entre los rubios payos que abundan en la zona, nunca faltan cinco o seis negritos que la hacen de trapo. Cuando llegue ese día, ¿volverá Michael Jackson a ser el de antes?

Retomando, es el medio tiempo y se viene la noche. Decidimos que es imperioso un intercambio posicional. Yo voy a donde estaba sentado Alejandro. Alejandro a mi puesto. El Colo se corre junto a Chiquito y Fernando deja su ubicación a Nenín. "¿Quién toma al Pibe?", pregunta alguien. Pero eso no es todo. "¡La vela!", reclamamos a grito. Aparece Liliana con la venerada vela que permitiese el milagroso segundo puesto en el Mundial de Italia. Se enciende como si fuese la apertura de las Olimpiadas. Una hora después hay amargos reproches contra la vela. Ya no queda ni ese fuego sagrado. Alejandro la reivindica. "No permitió el tercero de Paraguay", defiende. Estamos de acuerdo. Tendrá otra oportunidad contra los tanques australianos.

Pienso en la alegría de mis amigos colombianos. Daniel Samper (tiene la elegancia bogotana de no llamarme desde Madrid, al final del partido), la "Chiva" Cortez, Alberto Casas. Pero no me conforma. Ocurre que nos habían engañado. Nos habían dicho que el fútbol

que gusta a la gente no gana. Pero, está demostrado, a veces, eso pasa. Como ocurre, extrañamente, con el San Pablo, el Milan, el Barcelona. Sin embargo ¿quién ha dicho que todo está perdido? Entraremos al Mundial de los Estados Unidos, aunque sea por la puerta de servicio. Y cuando estemos de nuevo todos juntos, vela y sueño incluidos, esperando la salida de la Argentina al verde césped del estadio de los Dodgers, ni nos acordaremos de este lacerante atardecer, oscuro como la piel de Faustino Asprilla.

Cosas que te deseo

Cosas que te deseo para el año que viene:
que vivas,
que llores alguna vez,
que te rías, sí, que te rías,
que te encuentres en la mano el aliento
de algún perro,
que te sorprenda el frío, que te duela,
que te crezca en el fondo de tu casa
una flor, pero una sola,
que camines por una calle de tierra,
que te sientes en el banco de una plaza,
que te moje la lluvia un día domingo,
que conozcas un viejo o una vieja,
que te pida un pibe pobre una moneda,
que te ensucies los dedos con cocoa,
que te acuerdes de mí casi al descuido,
que te despiertes una mañana muy contenta,
que comas mandarinas a la siesta
y tal vez, no digo siempre, alguna tarde,
te tientes de la risa
sin motivo.

Definiciones y frases

REVISIONISMO
Si bien es sabido que al comienzo de su larga marcha de liberación los hombres de Mao-Tsé-Tung eran solo once, lo que nunca se supo es que en realidad la única intención era jugar un desafío al fútbol en un poblado vecino.

VERDAD
Si como es de uso corriente en algunos paquebotes actuales, en el Arca de Noé no se hubiese permitido llevar animales, ahora nos estaríamos comiendo entre nosotros.
(Pensamiento uruguayo)

ERROR ICTÍCOLA
La falta de conocimientos naturales de Noé hizo que intentara llevar un casalito de peces en cubierta, y se le murieron.

ORIGEN
La conocida factura que lleva por nombre “Bola de fraile” tiene su origen cuando en 1814 al monje Ezequiel de Orbarín le sucedió algo horrible.

LECTURA RÁPIDA
En Alemania Oriental, el Instituto de Hermenéutica ha descubierto un sensacional sistema de lectura rápida. Consiste en comenzar la

numeración de las páginas de los libros en el número 25. O sea que con solo leer tres páginas ya se está en la 28.

TERMINOLOGÍA
Cometen genocidio todas aquellas personas que asesinan a Geno Díaz.

PUSILÁNIMES
Ningún pez sobrevive más de dos semanas fuera del agua, por más agallas que tenga.

FRACASO EDILICIO
Cálculos de innegable seriedad informan que, de no ser por los sucesos por todos conocidos, en 1968 hubiera quedado terminada la Torre de Babel.

POBREZA
El templo de Gañapirra (Perú) es tan angosto que el Cristo está con los brazos cruzados.

ERROR HISTÓRICO
Contra lo que se supone, el famoso cantante negro Otis Redding murió en un accidente aéreo y no al precipitarse a tierra un ascensor.

CAPILARES
Para mucha gente, la caída del cabello es un verdadero calvario.

PLAGUICIDAS
En la feria de Fluchessbenssen (Alemania Oriental) fue presentado al público un fenómeno que se cree obedece a los efectos de nocivos plaguicidas. Se trata de una zanahoria de solo tres patas.

DESGRACIA
En el desierto de Ngep es obligatorio el uso de antiparras desde el 10 de enero de 1914 cuando a Erwind Doole, al levantarse viento, se le metió un camello en el ojo.

DISMINUCIÓN
Es sabido que el Monte Everest se hunde dos centímetros cada tres años. De acuerdo a esto, se calcula que para el año 3524 será solo un tapialcito.

LEYENDA
El famoso “cuento del Tío” se atribuye a Héctor J. Cámpora.

PERFECCIONISMO
El insecto llamado “Juanita” lleva ese nombre en honor a Juanita Larrauri quien la importó de Escocia con la pretensión de mejorar la cría de cascarudos.

“Así como el que no llora no mama, el que no ríe no papa”. (Juan XXIII)

El Diablo pasó frente a un rancho y escuchó los lamentos de una anciana. Se acercó a la puerta y miró hacia adentro.
–Me han dejado sola –gimió la vieja.
–Todos estamos solos –dijo el Diablo. Y se fue.

Llantollant

–¿Hay un libro que empieza así, no? “Ayer murió mi madre. O fue anteayer”.

–Sí. Algo así. “Ayer murió mi madre. O anteayer” –asintió Leonardo, algo sorprendido porque no imaginaba que ese tipo que estaba sentado frente a él fuera un tipo leído.

–Camus, posiblemente. Uno de esos.

–Camus. En *El extranjero*. ¿O en *La náusea*? –dudó Leonardo.

–Uno de esos –afirmó el otro, girando un poco la cabeza, como aflojándose el cuello de la camisa, el nudo de la corbata–. Pero era de otro autor.

Leo aprovechó para mirarlo. De traje, el maletín apoyado sobre los muslos. Le debía molestar, pero parecía acostumbrado. Por ahí era un vendedor de libros, a juzgar por eso de lo del “era de otro autor”.

En realidad, lo veía casi todos los días en el café, y de tanto verlo comenzó a saludarlo. Pero no habían cruzado nunca ni una palabra. Leo no se explicaba muy bien cómo habían ido a parar a la misma mesa, pero lo atribuía a que aún se sentía shockeado, confuso, como desplazándose en un vacío donde no había casi ruidos, algo distante, flojo. Raro.

–Pero en mi caso fue la semana pasada –torció un remedo de sonrisa, Leo–. De eso estoy seguro. Jueves de la semana pasada.

–¿El jueves pasado murió tu mamá?

–El jueves pasado murió la vieja.

Se quedaron un poco en silencio. Leo sintió que el otro lo miraba.

–¿Y cómo andás?

–Raro –dijo Leo.

–Son golpes.

–Son golpes fuertes.

–Sacudones.

–Sí.

–¿Estaba enferma?

–No. Eso fue lo más jodido. Estaba bien, muy bien. Se murió de un día para el otro.

El otro tipo se tiró hacia atrás en la silla, sosteniendo el pocillo de café en la mano derecha, y resopló largo y fuerte. Parecía que la conversación no daba para más. El mozo pasó por atrás de Leo y le apretó un brazo.

–Leo –lo reconfortó.

–Miguel –aceptó Leo. Quizás eso lo animó a seguir. Se extrañaba de ponerse a hablar de esas cosas con alguien a quien apenas conocía. Pero, tal vez lo necesitaba.

–¿Y sabés qué es lo raro? –dijo Leo. El otro lo miró callado–. Que todavía no pude llorar. Mirá qué cosa. No pude.

–Bueno… Eso depende de cada uno. De los autocontroles de cada uno. ¿Vos sos de lágrima fácil?

–No. En realidad, no. Pero… pienso que en este caso debería dar…

–Es una cosa muy importante. Una pérdida muy importante.

–Fundamental. ¿Qué otra cosa puede ser más importante?

–Un hijo –estimó el otro, cortante.

–Un hijo. De acuerdo. No tengo hijos. Por lo tanto, para mí…

–Es tu vieja. O tu viejo, lógico.

–Lógico… Pienso que me vendría bien… Porque siento una cosa acá… –Leo se apoyó los cinco dedos de su mano izquierda, como una araña, sobre el pecho.

–Una opresión, es claro.

–Podría ser un desahogo.

–Sería un desahogo, no tengas ninguna duda.

Leo siguió mirando hacia la calle, la cara fruncida, aprobando con la cabeza aquella idea de que sería un desahogo.

–¿Sabés que hay pastillas para eso, no? –preguntó el otro. Leo lo miró, el ceño fruncido.

–¿Para qué? ¿Para la opresión?

–Para llorar.

–Vos me estás jodiendo.

–Mirá –el otro se empezó a limpiar los dedos, minuciosamente, con una servilletita–, yo podré ser un hijo de puta, podré ser un tipo que por ahí me cago en las formalidades, pero nunca te voy a joder con un tema así…

–No quise decir eso –se disculpó Leo–. Lo que pasa es que…

–Hay pastillas para llorar. Yo soy visitador médico –abrió su maletín y comenzó a revisar el interior, buscando–, y estas pastillas son nuevas… En realidad, no son nuevas. Son de Medex y vinieron hace poco a reemplazar a otras, anteriores, que eran las Lacrimen… ¿Dónde carajo las metí? –Sacó una cajita amarilla, la miró y la volvió a tirar adentro–. Claro... uno dice "pastillas para llorar, pastillas para llorar". En definitiva, son desinhibitorias. Eso son…

–Aflojan…

–Aflojan… –El tipo levantó cuatro pequeñas plantillas de papel metalizado, unas sobre otras, unidas por una banda elástica–, relajan un poco.

–Como un sedante.

–Sí. Pero estas tienen un efecto directo sobre el lagrimal y las glándulas endocrinas. No es solo un sedante. Tomá. –Le alargó a Leo el montoncito de pastillas.

–No. Pará –se echó atrás Leo–. No me las vas a regalar…

–Son muestras gratis. Yo las vengo trabajando de hace mucho. Agarralas.

Leo las tomó y las hizo girar entre las manos, observando las indicaciones chiquitas.

–Ahí tienen la posología –señaló el otro, que había dejado, por fin, el maletín en el suelo, al lado de su silla–. Pero no vas a entender un carajo. Yo te digo…

–De todas maneras, no veo una mierda sin los lentes.

–Tomate una esta noche, antes de cenar.

–¿Son de efecto inmediato?

–Bastante. Por eso te digo. Son fuertonas. Incluso, antes, tenían una contraindicación para los casos de epilepsia. ¿A vos no te pasa nada de eso, no?

–Por suerte…

–Provocaban alguna deficiencia auditiva. Pero estas son mejores. El efecto es casi inmediato. Por eso no te digo que la tomes acá…

–No –se alarmó Leo, apretando las tabletitas plateadas contra su pecho y mirando a todos lados, repentinamente avergonzado de poder llegar a llorar frente a terceros.

–Los médicos las recetan mucho –dijo el otro–. Porque no es bueno no llorar por mucho tiempo. ¿Sabías?

–No. No sabía. En absoluto. Es más, me parece raro llorar a menudo. O, al menos, a mí no me pasa…

–Pero es una necesidad fisiológica, como cualquier otra. De lo contrario hay una retención de excedente que te puede joder. La urea, por ejemplo ¿de dónde sale? ¿La gota? ¿El codo de tenista?

Leo miraba las pastillas como si se trataran de un CD, haciéndolas girar para estudiarlas.

–Lo que pasa –siguió el otro– es que nosotros, los argentinos, tenemos esa pelotudez de que “los hombres no lloran” y toda esa sanata ridícula. Es una cultura machista equivocada. Hay pueblos que no son así. Los nórdicos, por ejemplo.

–No sabía.

–Pero ellos chupan. Con eso les basta. Te imaginás, siempre de noche.

–La depresión.

–La tristeza.

–¿Con una sola da resultado? –Leo apuntó al otro con el vértice de las tabletas.

–Eso no te lo puedo asegurar. –Chasqueó los labios el visitador–. Eso no te lo puedo asegurar porque todo depende de la personalidad del consumidor. ¿Vos sos un tipo muy controlado, muy medido?

–Muchísimo.

El otro sacudió la cabeza un par de veces, bajando la vista. Se estaba quedando pelado en la parte superior de la cabeza, advirtió Leo.

–Entonces por ahí vas a necesitar un tratamiento un poco más largo. Esto es acumulativo.

–¿Cuántas hay acá? –preguntó Leo empezando a contarlas.

–Seis. Apenas dos en cada una de esas cosas. Son muestras gratis.

–Pero, oíme –dijo Leo–, si tenés más, vendémelas. Así me aseguro.

–¿Sabés qué pasa? –El otro volvió a tomar el maletín, lo puso sobre sus muslos, lo abrió y casi sumergió la cabeza allí dentro–. No sé si tengo y… y son muy caras…

–¿Caras?

–Caras.

–Pero, ¿cuánto?

El tipo emergió, triunfal, desde la oscuridad del interior de su maletín, con una cajita chata, verdosa.

–Cuatro mil mangos. –La mostró en el aire–. Esta cuesta cuatro mil mangos.

–Y dámela.

–No te puedo hacer descuento porque en el laboratorio…

–Ni se te ocurra –desestimó Leo contando la plata que había sacado del bolsillo del pantalón–. Ya bastante conque me diste las muestras gratis… Bah… –dudó, interrogante, deteniendo la cuenta–, ¿me las puedo quedar, no?

–Por supuesto. Ni hablar. –El otro volvió a dejar el maletín en el suelo. Se acomodó el saco, algo ladeado por los movimientos–. Y creo que hacés bien. Con esas dosis seguro que te va a hacer efecto. Si no es esta misma noche a más tardar mañana al mediodía. Y eso te va a aliviar mucho. Seguro que te va a aliviar mucho. Porque, ojo, el contener el llanto prolongadamente no solo te jode acá, en el pecho, sino que te perjudica también la garganta. ¿No te dolió mucho la garganta?

Leo se tomó la garganta como si fuera a estrangularse.

–Ufff… –pareció congraciarse por el acierto de su interlocutor–. Ni te cuento. Un dolor bien profundo, interno.

–Eso puede derivar en anginas, adenoides, deterioro de las cuerdas vocales…

El otro se metió el dinero en el bolsillo de su pantalón, se puso de pie, maletín en mano, y le estiró la derecha para saludarlo.

–Te veo en estos días y me contás –le dijo.

Leo ni se levantó –después se iba a reprochar esa falta de galantería– y le dio la mano. El visitador era más alto de lo que le había parecido.

Se quedó solo y una especie de bruma densa pareció cubrirlo nuevamente. Se cruzó de brazos. Había estado moderadamente entretenido, pensó, durante la charla. Pero ahora volvía a acordarse. Miró fijamente el pequeño vaso de soda que le había traído Miguel acompañando el café. Pero prefirió dejar la pastilla para la noche.

Al día siguiente, a la mañana, volvió al bar casi por inercia. No había nadie. Pero, a poco de sentarse, llegó Ricardo. Ricardo era médico. Leo, sorprendido de su propia locuacidad, le contó lo de las

pastillas y el visitador médico. Quizás, suponía, un golpe como el recibido lo había abierto un poco hacia los demás, lo había hecho apoyarse en sus amigos, o simples conocidos.

Ricardo lo miró, agudo y concentrado.

–Esas pastillas no existen, Leo –le dijo, encogiéndose de hombros.

–¿Cómo "no existen"?

–No existen. Nunca existió nada así. Relajantes hay, por supuesto. Pero no pastillas para llorar.

Leo se quedó en silencio.

–¿Las tenés allí? –dijo Ricardo.

Leo buscó dentro del bolsillo interno de su saco. Le mostró una de las tabletas plateadas de la muestra gratis.

–Acá están. Son totalmente reales. –Le alcanzó a Ricardo, despechado–. Se pueden tocar. Se pueden oler.

Ricardo se puso los lentes y leyó el reverso de la plaqueta.

–¿Cuánto te cobró por esto? –preguntó luego, golpeteando con el plano de la plaqueta sobre la palma de su mano.

–Cuatro mil.

–¿Cuatro mil pesos? Esto es un regenerador de la flora intestinal. Te engañó como a una sirvienta.

–¿Cómo…?

–Un regenerador de la flora intestinal. ¿Leíste lo que dice?

–No. Y aunque lo leyera no entendería. Es todo muy técnico.

–Te cagó. ¿Lo tomaste?

Leo aprobó con la cabeza.

–¿Te produjo algo?

–Una especie de urticaria acá, en la parte del pubis.

–Es una de las contraindicaciones. Pero no es nada.

Ricardo se quedó mirándolo, siempre golpeteando con los remedios sobre su mano. Leo parecía haberse achicado en su silla, echado hacia atrás.

–¿Lo conocés al tipo? Hay que ser muy hijo de puta para aprovecharse de alguien que…

–Esperá. –Frunció la cara, Leo, tomándose la boca del estómago–. Voy al baño.

Se levantó y se fue al baño. Ricardo pidió un café. Esperó un rato. Cuando pasaron quince minutos y Leo no venía empezó a preocuparse. Se acomodó un par de veces, inquieto, en su silla. Y, finalmente, se levantó y entró al baño. Desde adentro de uno de los cubículos de los inodoros, escuchó un llanto fuerte y sostenido. No supo qué hacer.

–Ehhh… –vaciló–. ¿Estás bien? ¿Estás bien? –preguntó.

El llanto se cortó un poco para reanudarse más sofocado. Ricardo fue hacia la puerta del cubículo, casi en puntas de pies. Pero se volvió junto a las piletitas.

–Parece que te hizo efecto –dijo, en voz alta–, Leo, parece que te hizo efecto.

Leo tampoco contestó. Seguía llorando. Ricardo salió del baño, fue hasta la mesa y se sentó. Esperó un poquito por si volvía su amigo. Pero luego dejó la plata de su café sobre la mesa y salió a la calle.

Un hombre de respeto

Cuando Edmundo volvió de Catanzaro ya había cambiado. No era el mismo. Lo encontré bien vestido, más atildado y con los puños de las camisas no tan deshilachados. No era, en suma, el chico sombrío que yo había conocido unos seis o siete años atrás, a poco de regresar del pueblo de sus abuelos, en Italia, cuando me vino a ver. Y eso no era habitual en él. Siempre había sido un pibe hosco y solitario, con el que uno se encontraba por azar, en la calle o por algún acontecimiento familiar como cumpleaños y casamientos. Pero en aquella ocasión pasó a verme, sin aviso previo eso sí, como cuadra a alguien no demasiado acostumbrado a las formalidades. Me encontró en casa de casualidad y estuvimos un rato charlando en el vestíbulo. Me contó que había estado en Catanzaro y que allí había escuchado por primera vez que los de su familia, los Sciabica, quizás podían estar relacionados con la mafia. Esa información, era notorio, lo exaltaba. Le brillaban los ojos cuando barajaba la posibilidad de estar en contacto con aquellos personajes de Rosario que, por aquel entonces, manejaban el negocio de la prostitución en Pichincha.

–Los Minitello, los Pietrantuono, los Ambrosetti, los Casalicchio –me dijo, ufano, pero bajando la voz, como temiendo que mi madre, o Rosalba, pudieran escuchar.

Me quedé un rato en silencio. Yo era dos o tres años menor que él, y no conocía demasiado sobre la mafia, por lo tanto, no lograba aquilatar si un contacto con esa organización era importante o no. No

sabía, tampoco, cuál era el motivo de la visita de mi primo lejano, salvo el simple hecho de saludarme, verme o notificarme de que había vuelto, si es que eso tenía alguna utilidad.

Hacía un tiempo, casi un año atrás, Edmundo me había sorprendido con otra de sus visitas inesperadas. “En la puerta hay un muchacho que te busca”, me había anunciado Rosalba esa tarde. Fui hasta allí, curioso, y estaba Edmundo. Con su apariencia habitual, sombrío, torvo, el pelo negro caído sobre la frente, un saco oscuro perteneciente a un traje y pantalones, también oscuros, pertenecientes a otro, camisa blanca cerrada hasta el botón de arriba. Rosalba no había reconocido a Edmundo, pero eso era entendible porque salvo un par de veces que había venido para las fiestas, nunca más había estado en casa. Edmundo, en aquella oportunidad me dijo que andaba vendiendo Biblias, me ofreció una sin mayor convicción y luego de quedarse callado largamente –como si el vendedor hubiese sido yo– dejó saludos para mis padres y se marchó. En definitiva, mis pocos encuentros con él, desde su llegada de Italia, habían sido así.

La primera vez que supe de él, me acuerdo, fue por mi viejo. Un día, a la hora del almuerzo, me notificó a mí y a Nora, mi hermana, que estaban por llegar unos parientes lejanos desde Europa. La prima de una prima de una prima, con su hijo, un poco mayor que yo. Que debíamos tratarlo bien, que debíamos hacernos amigos, porque era gente que venía de sufrir mucho por los avatares de la guerra. Los fuimos a esperar una mañana a Rosario Norte. Habían llegado a Buenos Aires en barco y desde allí se vinieron para Rosario. Me impresionó Edmundo porque era bastante alto para su edad, algo encorvado, pálido y, en esa ocasión, casi no pronunció palabra. Era comprensible, de todos modos, ya que conocía poco el idioma y se enfrentaba con un país extraño. Milva, su madre, por el contrario, era jovial y simpática y no dejaba de hablar ni medio minuto. Los llevamos en el auto de mi padre a una pensión de calle Laprida y allí

los dejamos. No supe más de ellos por un tiempo, lo que me tranquilizó porque me sonaba tarea poco gratificante hacerme amigo de ese chico italiano de aspecto poco amigable y que olía mal. Un par de veces escuché hablar, en la mesa, a mis padres, sobre los inmigrantes, medianamente preocupados.

–Que se ocupe Maruca, que es un familiar más directo –oí decir a mi madre. Mi viejo resoplaba.

–Entendé que no es una situación fácil para ellos –argumentaba.

–Para nosotros tampoco es fácil –decía mi madre.

–Ya vamos a ver, ya vamos a ver… Por lo pronto van a venir a casa para Navidad…

Mi madre movía la cabeza de un lado a otro, frunciendo los labios, mientras pelaba una manzana.

Esa Navidad fue una de las veces en que más hablé con Edmundo. Sin embargo, él, de entrada, ni se acercó a mí y a mis primos. Milva lo empujó un par de veces hacia nosotros, pero él se resistió.

–No le insistas, no le insistas –dijo el tío Negro, afable–. Vos sabés cómo son los chicos. Ya se van a hacer amigos solos.

Lo dijo adelante nuestro, con esa falta de recato con la que se habla de los menores enfrente de ellos. Yo me desentendí entonces de Edmundo, que comió en la mesa nuestra, la de los chicos, en una punta, mirando largamente las molduras del techo, sin hablar.

–¿Dónde está Edmundo? –preguntó, en un momento, mi tía Clelia, cuando estaban por dar los regalos. “Edmundo, Edmundo”, llamaron. Alguien dijo que creía que Edmundo había ido a la terraza con Marcelo y Sergio, dos de mis primos, a tirar cañitas voladoras.

–Andá a buscarlo –me indicó mi madre–. Y traé a los otros, también.

Subí a la terraza y allí estaban. Marcelo y Sergio tiraban cañitas voladoras desde una botella de sidra, apartando cuidadosamente a María Eugenia. Más allá (la terraza era muy grande porque era

común a todos los departamentos), Edmundo estaba sentado en uno de los bancos de madera, las manos en los bolsillos, cerrado el saco, como si tuviera frío en esa noche de verano.

–Hay que bajar –le dije. Me miró sin contestar. Luego perdió la vista tras una cañita voladora de las cientas que se elevaban sobre la ciudad. No hizo ademán de levantarse.

–Parecen bengalas –dijo, de pronto, en un muy aceptable castellano. No supe qué decir. Me senté al lado de él–. Bengalas marinas.

–¿Viniste en barco? –recordé. Aprobó con la cabeza–. ¿Es lindo el viaje en barco?

–A no ser por los submarinos –musitó. Y se quedó callado de nuevo por un rato.

–¿Había submarinos? –atiné a preguntar. Me observó, como quien se enfrenta con un ser humano de increíble ignorancia.

–Miles –dijo–. Uno nos torpedeó.

Lo miré, incrédulo.

–Por suerte –prosiguió, animado–, el torpedo entró por un lado del barco y salió por el otro. Entonces, el agua entraba por uno de los agujeros y salía por el otro. Eso impidió que se hundiera el barco.

Lo miré en silencio. Tenía la inequívoca sensación de que me estaba tomando para la joda. Me levanté del banco. “Me dijeron que bajáramos”, le repetí. Pero él bajó como diez minutos después.

–Te agarró para la joda –se rió mi viejo, al día siguiente, cuando le conté la charla–. Te agarró para la joda. Si a un barco le aciertan con un torpedo se hunde. Y el agua no entra por un agujero y sale por el otro. Entra por los dos agujeros y se hunde más rápido todavía.

Me quedó una mala impresión de Edmundo. No era divertido, olía mal y mentía. Por suerte no lo veía mucho. Recién volví a encontrarlo un día, cuando por orden de mi madre fui al negocio del señor Rodríguez y Andrade a comprar jabones. Rodríguez y Andrade era el depósito mayorista donde trabajaba mi tío Mario, y solíamos tener la

franquicia de comprar allí algunas cosas a buen precio. Cuando mi tío me atendió en el mostrador, atrás, pasando con unos paquetes enormes, lo vi a Edmundo. Solo lo saludé con un movimiento de cabeza, que él retribuyó. Al salir, cuando ya me habían entregado una caja de jabones de tocador La Toja, él acertó a salir casi junto a mí, cargando un paquete.

–¿Seguís…? –le pregunté, por decir algo–. ¿Seguís vendiendo Biblias?

–No vendía Biblias –se sonrió, casi con un reproche–. Esparcía la palabra de Dios.

–Pero... Vendías Biblias…

–Sí… Pero ya no. Ya no… Fue un trabajo que agarré para hacer algo antes de viajar.

–¿Ahora trabajás acá? –le pregunté. Edmundo se detuvo, dejó el paquete en el suelo y agitó la mano derecha en el aire.

–Mirá cómo me queda –mostró. En la palma de la mano tenía los surcos rojos del hilo zizal del paquete–. Tengo que llevarlo como quince cuadras.

No atiné a decir nada. Me impresionaba. Era el primer amigo o conocido de mi edad al que veía trabajando en algo pesado.

–¿Necesitás jabones? –me dijo, de pronto, muy serio.

–Tengo –le mostré–. Recién compré.

–¿Compraste? ¿Cuánto te cobraron?

–No sé… Creo que lo paga después mi vieja, en casa.

Edmundo me miró largamente. Aprobó luego con la cabeza.

–¿Trapos de piso necesitás? –preguntó, tomando de nuevo el paquete–. ¿O queso?

–No… No…

Meneó la cabeza como aprobando, fastidiado.

–¿No te conviene ponerte un pañuelo? –Le señalé con mi mentón la mano castigada por el hilo zizal.

–Chau, chau –me dijo. Y cruzó la calle.

Supe de la muerte de Milva porque mi viejo se negó a que yo fuera al entierro.

–Es grande, tiene que ir –dijo mi vieja, mientras comíamos–. ¿Vos querés ir?

Yo me encogí de hombros.

–Tengo que estudiar.

–Tiene que estudiar. Dejalo.

Un par de noches antes había escuchado a mis padres cuchicheando en el patiecito, casi en la puerta de mi pieza. Hablaban de que la madre de Edmundo estaba muy mal, una cosa fulminante, que Morocha decía que era asunto de días. "¿El chico sabe?", escuché preguntar a mi viejo. Las respuestas de mi madre eran más difusas, nebulosas por su tono de voz muy bajo. Lo que decía mi padre era más nítido, su voz era más estentórea y cada tanto mi madre le indicaba que hablara más bajo.

La última vez que lo encontré a Edmundo, antes de que viajara a Catanzaro, fue en un tranvía, volviendo yo de no sé dónde. Estaba sentado del lado de pasillo y el tranvía iba lleno. Era invierno y llevaba una bufanda gruesa y ordinaria en el cuello. Me saludó sin ninguna sonrisa. Me contó que se iba a Italia. Que la madre, al morir, le había dejado dinero para el pasaje a la tierra de sus antepasados.

–Todos estos años había estado juntando dinero para este viaje –me dijo.

–Pero… ¿vas y volvés, o vas a quedarte?

–No lo sé… Según… Mi idea es quedarme acá… Ya me he hecho de muchos amigos acá…

La frase me sorprendió. Nunca había imaginado a Edmundo con amigos, nunca parecía buscar amigos, nunca supe que fuese socio de un club o que practicase algún deporte. Observé que la persona que estaba sentada junto a Edmundo me miraba largamente, como sintiéndose habilitada para participar de la conversación. Era un

hombre de unos treinta años, algo rechoncho, modestamente vestido.

–Orlando… –me lo presentó Edmundo–. Un amigo.

Orlando no extendió la mano, pero hizo una corta reverencia con la cabeza.

–Castel Gandolfo, ¿dónde queda? –preguntó mi madre, a la hora del almuerzo.

–Calabria. Gente de respeto. Zona de la mafia calabresa –dijo mi padre.

–Eso me dijo –continué informando sobre mi conversación de la tarde anterior con Edmundo, cuando él vino a saludarme a su llegada de Italia y estuvimos charlando en el vestíbulo–. Que tal vez su familia tuviese conexiones con la mafia…

–¿Allá? –preguntó mi viejo.

–Acá. Me dijo acá. Con la mafia que maneja Pichincha. Le dijeron que su padre, el padre de Edmundo, habría estado conectado con la mafia, allá en Italia. Pero que esos contactos podían continuarse, quizás, acá, con gente que estuviera cercana a Chicho Grande… ¿Puede ser?

–Chicho Grande y Chicho Chico –aseveró mi padre, conocedor.

–Y con la otra mujer…

–Ágatha… –dijo mi viejo.

–Ágatha Galiffi –completó mi madre, algo trémula.

–¿Y qué más te dijo? –preguntó mi padre–. ¿Que se iba a contactar con ellos?

–No. No me dijo nada más. Simplemente eso. Es más, ni siquiera sé para qué vino. No viene nunca.

–Es un chico raro –dijo mi madre.

–Es un idiota –dijo Nora–. Se hace el raro.

–Bueno… –terció mi viejo–. Te trajo un cenicero de regalo.

–Sí, que se lo robó del barco. –Mi madre no transaba.

–¿El que dice “Comte Rosso”? –preguntó Nora.

–Sí. Me dijo que lo había comprado –apunté.

–Por ahí lo compró.

–Es raro. Es un chico raro –siguió mi madre.

La siguiente ocasión en que lo encontré me estaba esperando en la esquina de San Lorenzo y Paraguay, donde yo me bajaba del tranvía.

–¿Qué hacés? –me saludó. Había consolidado su cambio de aspecto y de carácter. Sonreía más, con una sonrisa estirada y no demasiado simpática, pero sonrisa al fin. Estaba mejor vestido, con ropa de mejor calidad y ya no se movía como un marginal.

–Hola –me sorprendí.

–¿Vos me habías dicho que te gustaban las tapas de *La Domenica del Corriere*? –me preguntó, sin dilaciones. Asentí con la cabeza.

–Tengo un montón para darte. Las recibí la semana pasada de Italia, me las mandaron de Catanzaro.

–Ah, bueno… –me alegré. Me gustaban de verdad esas ilustraciones siempre sensacionalistas con imágenes de choques, de catástrofes, de accidentes singulares, dibujadas con un realismo impresionante.

–Podés hacer cuadritos con cada una –me indicó Edmundo–. Vení que te las doy.

–¿Adónde? –Me quedé parado en la esquina, el tablero de dibujo bajo el brazo.

–A mi casa. Vivo acá nomás. A dos cuadras.

–¿No vivías por la calle Laprida? –pregunté para ganar tiempo.

–No. Me mudé hace tres meses. Vení que te las preparé en un paquete.

–¿Sabés qué pasa…?

–¿Qué te pasa? ¿Tenés miedo de venir? –desafió Edmundo, con una sonrisa cínica–. Son dos minutos, tu vieja no te va a retar.

–Sí… Porque tengo que… –No redondeé la idea. Serían dos minutos, después de todo. Fuimos hasta la pieza de Edmundo. Porque no era una casa ni un departamento. Era una pieza, apenas, en una pensión algo más alegre que la que yo había conocido a su llegada. En el poco tiempo que estuvimos allí, Edmundo me hizo saber que se había convertido en un cultor de su nacionalidad. Puso en una vitrola unos discos de Enrico Caruso, a quien acompañó en el canto durante varias estrofas con dudoso acierto. Me mostró postales de Catanzaro, del golfo de Calabria, fotos de sus tías de Cosenza, de su abuela en la plaza Della Gondolfieri, de los amigos de su padre sentados a las puertas del restaurante La Maresca.

–¿Y de tu viejo? –tuve la impronta de preguntar.

–Poco se sabe –admitió–. Creo que mi madre se acordaba de su nombre… Cosas de la guerra.

No me insistió en que me quedara más tiempo. Me dio las revistas y comenzamos a bajar las escaleras. Se detuvo en medio de ellas.

–¿Olés? –me preguntó, ufano. Olfateé el aire. Olía a salsa de tomate.

–La vieja de la pensión –me acotó, gozoso– me prepara los *tagliatelli* como se preparan en La Magdalena, con *pepperoncini*, con olivas… Alcaparras, ají molido, orégano.

Me acompañó hasta la puerta. Yo le estaba sinceramente agradecido, porque había sido rápido, había sido amable y no había sido invasivo.

–¿Fuiste alguna vez a Pichincha? –me preguntó, de pronto. Negué con la cabeza.

–Pasé –le dije–. Yendo a la cancha. En el tranvía.

Temí que me preguntara por las mujeres, por mi relación con ellas.

–El sábado tengo que ir a entrevistarme con el señor Montefiori –me reveló, imprevistamente severo–. Es un hombre de respeto.

Recordé que había escuchado aquella definición, en boca de mi padre, con relación a la mafia.

–Es el tipo que regentea el hotel Las Lilas –prosiguió, severo, Edmundo–. Pero no regentea solo ese. Tiene a su cargo también el París y el Americana. Es un hombre poderoso. –Me miró fijamente luego de observar hacia ambos lados–. Montefiori me va a decir, lisa y llanamente, si mi padre pertenecía a la mafia, que es casi seguro, me lo dijeron en Castel Gandolfo. Con seguridad me va a dar algún empleo en sus negocios… –Hizo un silencio, esperando que pasara una gorda que entraba a la pensión, a la que saludó con una corta reverencia–. Manejar, en una de esas, alguna casa de citas no muy importante, algo de eso… ¿Viste alguna vez las señoritas que trabajan ahí? ¿Las polacas, las francesas, las portuguesas?

Negué con la cabeza, muy pero muy alterado. La sola mención de aquellas mujeres fabulosas me subía la temperatura.

–En caso de que yo me haga cargo de uno de esos hoteles –siguió cuchicheando Edmundo–, vos podrías visitarlo sin ningún problema. Te imaginás. Yo podría destinarte la mejor habitación, las mejores mujeres y, por supuesto, dentro de la mayor de las discreciones…

Yo me reí, nervioso.

–Bueno, te agradezco, la verdad que sería… –admití.

–Vos siempre me has tratado muy bien –me dijo–. Y eso es algo que un inmigrante nunca olvida.

–Sería fantástico –completé, con la garganta seca ante la posibilidad de acceder a un mundo de maravillas–. Pero… no sé… –Yo era consciente de que nunca lo había tratado demasiado bien a mi primo lejano. Quizás él entendió mi habitual parquedad y timidez como un signo de cercanía.

–¿Por qué no me acompañás mañana? –ofertó Edmundo, de pronto. Lo miré, incrédulo–. ¿Por qué no te venís conmigo a ver a Montefiori? –Me encogí de hombros, nervioso.

–No sé… Es un asunto privado tuyo…

–¿Tenés algo que hacer?

Vacilé. El día siguiente era sábado. Podía acomodar mis cosas como para acompañar a Edmundo sin dar en casa mayores justificativos.

–No, pero…

–No creas que mañana va a haber mujeres –se rio Edmundo–. O… bueno… puede haber mujeres, pero estarán en otra cosa. Nosotros iremos simplemente a charlar con este hombre. Lo de las mujeres puede ser después, si dentro de, no sé, un mes, dos meses, yo me hago cargo de algún hotel. Pero mañana ya podemos ir haciéndonos amigos…

–Pero… ¿Para qué querés que vaya yo?

Edmundo resopló. Aspiró hondo. Y por primera vez abandonó su actitud de autosuficiencia y desenvoltura.

–Porque no me animo a ir solo –me dijo. Y me desarmó–. Prefiero ir con alguien. Alguien que tenga más educación que yo. Más conocimiento de las cosas. No sé…

–Pero, ¿este hombre lo permitirá?

–¿Qué vayas vos conmigo? –pareció alterarse Edmundo–. Por supuesto que lo permitirá. Vos no sos un cualquiera. Sos alguien de mi familia. Y la familia es fundamental para esta gente. No habrá problemas.

Me quedé un minuto en silencio. Después le pregunté a qué hora nos encontraríamos al día siguiente.

El sábado a la tarde pasé por la pensión de Edmundo y tomamos un tranvía hasta Pichincha. Todavía era temprano y no había mucha animación en la zona. Tocamos al timbre de una casa elegante de calle Pueyrredón, tipo petit hotel, de dos pisos, con balcones amplios. Nos atendió una mucama y dijo que esperáramos un poco. Diez minutos después nos hizo pasar a una gran sala de la planta baja, adonde nos aguardaba el señor Montefiori. Era un hombre de

mediana estatura, de unos sesenta años, calvo, de prolijos bigotitos oscuros, que vestía con afectación. Edmundo se presentó y me presentó a mí, como a un primo de sangre. Montefiori nos hizo sentar. Se magnificaba el silencio excesivo y molesto de la casa al ninguno de los tres tomar la palabra.

–Porporatto, Porporatto, Porporatto… –repitió Montefiori el apellido de Edmundo en tanto se sentaba detrás de un amplio escritorio de madera oscura–. Me dijeron de Castel Gandolfo que averiguara sus conexiones con la Familia… –Edmundo aprobó con la cabeza. Montefiori abrió uno de los cajones laterales de su escritorio y sacó una carpeta–. Acá tenemos… –anunció. Edmundo aspiró hondo y se adelantó en su silla. Montefiori abrió la carpeta y pasó un par de páginas frunciendo el ceño y formando un pico con los labios. Luego miró fijo a Edmundo a los ojos–. Este era su padre, joven Porporatto –dijo. Tomó una foto y la elevó en el aire para que nosotros la viéramos.

Se veía un robusto caballero japonés, la cabeza totalmente rasurada hasta la mitad del cráneo y de allí hasta la nuca cubierta por un oscuro cabello largo ceñido por una trenza casi en la espalda. Sus ojos eran inequívocamente oblicuos y el kimono que cubría su pecho amplio estaba cubierto de bordados en hilos de oro.

Edmundo miró al señor Montefiori, casi airado.

–¿Es… es una broma? –aventuró.

Montefiori movió la cabeza lentamente a ambos lados, negando. Dejó la fotografía sobre el escritorio y tomó un sobre con papeles.

–Acá están todos los datos de su padre… Era, en efecto, un miembro de la mafia, pero de la mafia japonesa, de Osaka, la Yakuza…

Edmundo no podía articular palabra.

–Cosas de la guerra, joven Porporatto –explicó Montefiori, elevando las cejas–. Sabrá usted que siempre hubo una particular relación entre japoneses e italianos. Hoy por hoy, justamente, habrá

leído que se avecina una alianza entre japoneses, italianos y alemanes…

Edmundo me miró. Yo asentí con la cabeza. Había leído algo de eso en *La Capital*.

–Respetamos mucho a la Yakuza, obviamente –elevó su voz el señor Montefiori dando a entender que la conversación estaba llegando a su fin–. Pero no podemos cometer la imprudencia de inmiscuirnos en sus asuntos. Por lo tanto… es todo lo que le puedo informar…

Montefiori se puso de pie, nosotros lo imitamos.

–¿Quiere llevarse la foto de su padre, Porporatto? –preguntó Montefiori, cauto.

–No… Bueno, sí… –se contradijo Edmundo, consternado. No atinaba a moverse demasiado, pese a que Montefiori ya abandonaba su lugar tras el escritorio y yo me acercaba hacia la puerta. Montefiori le alargó la fotografía.

–Es una bella foto –estimó.

–Sí.

–Tal vez pueda darle un nombre para que usted vaya a ver –se condolió Montefiori ante el desamparo de mi primo. Sin esperar ningún gesto de Edmundo, tomó una lapicera y, con presteza de hombre acostumbrado al mando, garabateó un par de líneas en un papelito ínfimo–. Tome –le alcanzó a Edmundo–, le será útil.

Salimos al sol de la tarde y allí quedamos, en la puerta. Edmundo, la foto de su padre bajo el brazo, miró por primera vez el papel.

–Taido Shira –leyó–. Zeballos 1347.

Tomamos el tranvía. Edmundo no habló en todo el trayecto y se bajó en su casa, cuatro cuadras antes que yo.

La última vez que lo encontré por la calle, él iba en una bicicleta de reparto. Había perdido el particular fulgor que trajo de Castel Gandolfo pero su ropa blanca lucía muy limpia. En realidad, casi me atropella cuando yo me disponía a cruzar la calle y él venía con la

bicicleta de reparto, de contramano, junto a los autos estacionados. Frenó de golpe y conversamos un poco. Me dijo que Taido Shira era el dueño de la tintorería “El Nuevo Japón” y que se ocupaba de lavar las sábanas de los hoteles del señor Montefiori. Que él, Edmundo, pedaleaba todos los días por los hoteles del barrio Pichincha, y que se estaba haciendo amigo de muchas de las chicas. Que cualquier día de esos me podía invitar a ir a conocerlas. Pero no le creí demasiado. Se fue pedaleando con la bicicleta y hasta el día de hoy, no lo he vuelto a ver.

Rosario debe tener su propio torneo mundial de fútbol

A nuestra mesa de trabajo (segunda contando desde la derecha) llegó una sugerencia del señor Edmundo Pozobón (43) conserje titular de la Comisión Pro Tesorería Provincial, la cual consideramos interesante dar a publicidad.

"Rosario debe dejar de mendigar ser subsede para el mundial del 78 –atruena Pozobón–. Lo que debemos hacer nosotros, los rosarinos, es organizar nuestro propio certamen mundial de fútbol. Armarlo con aquellos equipos no clasificados, países algunos de fútbol excelso como Tailandia, Mónaco, Tanzania con su juego de pases cortos y delantera en V. La prosapia del fútbol rosarino –asesora el notable estudioso–, que ha tenido un Potro, un Guzmán, un Cagnotti, un Perucca, mi amigo, obliga a realizar un Mundial paralelo que supere al original. Si no nos quieren dar la subsede, que se la guarden. Ya van a llorar para venir a ver el seleccionado de Groenlandia, con su fútbol frío y cerebral o el *scrach* de Uganda, *team* de pigmeos endemoniados, al que los excita el olor del cuero. Allá, cuando se dice que un *foward* se come la pelota, tenga por seguro que en verdad se la come.

"Lo que ocurre con esos equipos es que no han entrado en la comercial, no están promocionados. No me van a comparar a Beckenbauer –se enfervoriza Pozobón– con Ralah Lama, interior derecho del Tíbet, al que le he visto cada viaje astral que ríanse de

las ‘palomitas’ de Pinino Mas. Por eso Rosario debe mantener su dignidad y orgullo, caramba. Y además preparar la infraestructura. “Reacondicionar la cancha de Ocampo y Necochea. Por ejemplo, el problema de la iluminación se resuelve fácilmente jugando de día. Vender la televisación a un circuito cerrado de Puerto Borghi, por ejemplo. Hacer un estadio de 35 pisos con la cancha en el sótano que todos sabemos que es más fresco y la humedad preserva la gramilla. La Dirección de Turismo puede acondicionar catres en el parque Independencia o en la cámara frigorífica del Swift para la hinchada esquimal, bullanguera y tumultuosa, que saluda a su equipo con una lluvia de cubitos de hielo y pingüinos picados. Creo que ya debemos terminar de rogar –finaliza Pozobón–. Cuando tengamos nuestro propio torneo Mundial van a llorar.

“Van a llorar.”